

# Revista teórica y política del partido comunista de España

Revista teórica y política del partido comunista de España

número 83 — enero - febrero 1976





MINISTERIO  
DE CULTURA



# SUMARIO

**Comité de Redacción**

**Director:**  
S. Carrillo

★

**Redactor-jefe:**  
Jesús Izcaray

★

Santiago Alvarez  
Manuel Azcárate  
Ignacio Gallego  
Juan Gómez  
A. Elvira  
Federico Melchor  
E. Martí  
Jaime Encinas  
Nuria Pla

<b>Editorial: Sólo por la ruptura democrática habrá democracia en España</b> .....	3
<b>La Amnistía una exigencia nacional. Marcos Ana</b> .....	13
Una entrevista de «La Stampa» de Turín al camarada Santiago Carrillo .....	20
<b>El Ejército, en la encrucijada. Fabio Espinosa</b> ..	24
<b>Los que no hicimos la guerra... J. Encinas</b> .....	29
<b>Acentuación de la línea «bunkerista» en la política económica. X.X.</b> .....	34
<b>El 80 aniversario de Dolores Ibárruri. F. Melchor</b>	38
<b>Movimiento y organización. Luis Alvarez</b> .....	43
<b>El agónico mester de clerecía. Sergio Vences</b> ..	58
<b>La lucha del pueblo saharauí por su independencia. Miguel Cocol</b> .....	64

**Nº 83**

**MADRID**

**ENERO · FEBRERO 1976**



# MINISTERIO DE CULTURA

Director  
S. Carrillo

Director-adjunto  
J. Carrillo

Director-adjunto  
J. Carrillo

Directores-adjuntos:  
Santiago Aizcorbe  
Manuel Azaña  
Luis Calvo  
Juan Ramón  
A. Elías  
Vicente Foxador  
E. Martí  
Joaquín Martínez  
Rosa Piz







# Sólo por la ruptura

---

democrática habrá

---

democracia en España

**L**A reciente declaración —mes de enero— del Comité Ejecutivo de nuestro Partido nos ofrece importantes análisis de los aspectos principales de la actual situación española que facilitarán el trabajo de los comunistas en este período. Por ello requiere de todos nosotros un cuidadoso estudio, sin conformarnos con la primera lectura.

¿Qué es este Gobierno? ¿Cuál su carácter?

«Las modificaciones habidas a nivel de Gobierno —nos responde la declaración— no cambian la naturaleza del régimen político, que sigue siendo el heredero del general Franco. El actual Gobierno es un compromiso entre los «ultras» y los «aperturistas» del franquismo, encajonado en las instituciones y leyes de éste, que constituyen un obstáculo a todo paso adelante».

Este carácter del Gobierno se expresa en numerosos hechos:

En su negativa a la amnistía.

En la subsistencia —sin que se les haya tocado un pelo— de las instituciones del franquismo: Cortes, Consejo Nacional del Movimiento, Consejo del Reino, sindicatos verticales etc. (Las actuales Cortes, heredadas de Franco y opuestas, en su inmensa mayoría, a todo cambio democrático, han sido prolongadas por un año).

En la ausencia de libertades y derechos cívicos (salvo los que la clase obrera y los demócratas españoles se están tomando por su mano).



En la permanencia de la ley llamada antiterrorista.

En los vagos anuncios de reformas constitucionales a plazos muy largos.

En los anuncios —éstos más concretos— de llegar, a lo sumo, a una especie de «minidemocracia» o de «democracia» sin democracia, de la que serían excluidos nuestro Partido, el movimiento obrero, los partidos autonomistas y, en realidad, cuantos no se sometieron a un Poder que, en definitiva, seguiría siendo antidemocrático.

El clamor nacional en demanda de la amnistía y del fin de la represión, la amplitud de las acciones obreras y democráticas que se desarrollan en todo el país son los factores principales que han forzado a la política represiva a perder dureza. No siempre, pero sí en repetidas ocasiones. Es cierto y sería un hecho positivo si esta actitud persistiera. Desgraciadamente, nuevas violencias contra manifestantes indican lo contrario. Mas **«la solución real de los problemas de España —se advierte en la declaración— no reside en un MAYOR TOLERANCIA hacia las demandas de muy diversos y amplios sectores sociales, sino en la INSTITUCIONALIZACION CLARA E INEQUIVOCA DE LOS DERECHOS POLITICOS DEMOCRATICOS de todos los españoles sin exclusiones ni discriminaciones.**

**«LA «MAYOR TOLERANCIA» puede ser sólo una táctica circunstancial del Poder si la sociedad no la desborda imponiendo la INSTITUCIONALIZACION DEMOCRATICA; puede ser un artilugio para estabilizar una especie de «CAETANISMO» a la española».**

La solución real de los problemas de España está en la democracia.

## Lo que de verdad ha cambiado

Sin embargo, desde la muerte del dictador acá, ha habido un cambio, un cambio considerable. Este cambio reside en las libertades que los españoles se han tomado por su mano, en la eclosión pública de las ansias de vivir en democracia que alentaban en los más variados sectores sociales. **«La esencia de este cambio —precisa la declaración del Ejecutivo— consiste en que las «zonas de libertad», conquistadas en los últimos años por la presión de las fuerzas más dinámicas de la sociedad, se han extendido aceleradamente a toda la geografía política del país».**

Expresión de este cambio es la repentina magnitud alcanzada por la campaña pro amnistía, con la variedad y notabilidad de sus participantes, tanto en lo que se refiere a sectores sociales, entidades y organismos —hasta varios Ayuntamientos— como a personalidades. Campaña que, en el fondo, y muchas veces en la literal formula-



ción de resoluciones y demandas, es una exigencia, a la vez, de las libertades democráticas.

Expresión de este cambio lo es también, en su más profundo sentido, el formidable movimiento de huelgas que se extiende y amplía sin cesar por todo el país. Transportes, metalurgia, construcción, Seguros, Correos, minería, ferrocarriles... Solamente en Madrid más de 150.000 huelguistas en los días que escribimos este comentario; centenares de miles en toda España.

Cierto que las huelgas tienen por motivo inmediato el rechazo de la congelación de salarios —primera medida «social» dictada bajo Juan Carlos— mientras el coste de la vida ha aumentado al menos en un 15% en 1975. Pero es igualmente cierto que en las huelgas, en las manifestaciones de sus protagonistas, en su grito y en sus pancartas, se unen a las reivindicaciones profesionales las de amnistía, democracia, libertad sindical.

El cambio se expresa, asimismo, en la persistente presencia de las masas en la calle en manifestaciones por la amnistía y las libertades, contra la carestía y contra el paro. Alguna, como la del 20 de enero en Madrid, convocada por la Junta Democrática y la Plataforma, con decenas de millares de manifestantes pese al enorme despliegue de fuerza pública.

Se expresa, con fuerte impacto, en la pública aparición —reuniones, conferencias de Prensa, documentos firmados con sus nombres y apellidos— de destacados representantes de los Partidos y organismos unitarios de la oposición, que así comienzan a imponer la realidad de su existencia y de su audiencia en la opinión frente a la ilegalidad oficial que aún pesa sobre ellos.

Otra demostración, y de primera importancia, de esta conquista de «zonas de libertad» es la realizada en buena parte de la Prensa. Redactores y directores de numerosas revistas, e incluso de diarios, fuerzan todos los días las estrechas normas que quiere imponerles el régimen y publican, uno tras otro, comentarios e informaciones opuestas a la política del Gobierno. En esa Prensa aparecen entrevistas con personalidades de la oposición, del movimiento obrero, y artículos que piden amnistía y una democratización verdadera. Esa zona de la Prensa —zona de resonancias— es una de las avanzadas de la sociedad española en su pugna por la democracia.

Este forcejeo por la conquista de la democracia gana, en estas semanas nuevos sectores, nuevos medios sociales, o se intensifica en ellos. Así, en lo que atañe a organizaciones de mujeres, entre escritores y artistas, en profesiones liberales, en organismos muy variados, sin hablar de estudiantes y personal universitario cuya lucha es tan vieja y sostenida. Hasta en parte —parte que se ensancha— del aparato del Estado surgen voces de signo democrático más o menos explícito. Algunas inequívocamente explícitas como la de esos 2.500 funcionarios que han reclamado en un documento las libertades



democráticas y la amnistía. Elevada significación tienen también en este sentido los documentos de la «**Plataforma de Justicia Democrática**», integrada por magistrados y destacados funcionarios de la justicia.

Subrayamos igualmente la evidente significación de la reciente nota dada por las autoridades militares declarando que si el Ejército ha intervenido en la huelga del Metro, lo ha hecho cumpliendo órdenes, pero que no se pronunciaba sobre el fondo del conflicto. Lo que equivale a explicar los límites y el sentido de su intervención a los obreros y a salvar su responsabilidad ante ellos.

Todos estos hechos y corrientes, a los que hay que añadir en lugar muy destacado los acuerdos de unidad de la oposición, a los que nos referiremos en seguida, **«han alcanzado unas dimensiones y abierto unas brechas tan amplias —se constata en la declaración— que todo da la impresión de que España está llegando a un punto de no retorno en su marcha hacia la democracia».**

## **Necesidad de la ruptura democrática**

Cambios, pues, importantes y prometedores, mas precarios si tenemos en cuenta que las estructuras fascistas del régimen siguen ahí y que éstas en lo esencial no han cambiado.

Para que en España haya democracia, para que sean posibles los cambios que la establezcan, es necesaria la ruptura democrática.

¿Cuáles son esos cambios sustanciales, indispensables? Las fuerzas de la oposición, en su más amplio abanico, los han expresado repetidamente en sus documentos. La declaración de nuestro Partido los resume así:

**«Se trata de CAMBIOS POLITICOS, de LIBERTADES POLITICAS que hagan del nuestro un país homologable a los del resto de Europa. Es decir, libertad para los partidos políticos —sin ninguna exclusión—, libertad sindical, libertad de prensa, libertad de palabra, reunión y asociación; autonomía para las nacionalidades que componen el Estado español; sufragio universal; elección de una asamblea constituyente para elaborar una Constitución que sirva de cuadro legal a las contiendas políticos-sociales. Lo que subentiende que la forma política definitiva del Estado tendrá que ser sometida a la decisión del sufragio popular».**

Es la evidencia misma que la ruptura democrática, que tiene por fin tales objetivos, solamente puede efectuarla un Gobierno provisional de reconciliación nacional. Un Gobierno de amplia coalición democrática en el que figuren los auténticos representantes de todas las clases sociales y grupos políticos interesados en el establecimiento de la democracia.



Los empecinados del continuismo y, en general, cuantos desean evitar que en España haya democracia —democracia de verdad y no una apariencia limitada y caricatural de democracia— se esfuerzan por desacreditar la noción de ruptura democrática presentándola como un propósito de barrer por la violencia cuanto hoy existe. Es una de esas falsedades tan enormes y frecuentes a que nos tiene acostumbrados la reacción española. Ahí están para desmentirla las públicas posiciones, repetidamente manifestadas, de las fuerzas de oposición y de sus organismos unitarios —la Junta y la Plataforma— así como las expresadas en sus documentos conjuntos. En cuanto a los comunistas... Nuestro Partido propugna transformaciones democráticas; no violencias. Es el Partido que propuso a los españoles —el primero— la reconciliación nacional, que trabaja desde hace lustros por dar a la situación de España una salida pacífica, sin dejarse afectar por las delirantes críticas e injurias de los grupúsculos extremistas que ello nos ha acarreado.

Ni en los trabajadores ni en el pueblo existen tampoco deseos de violencias. Al contrario, desde hace mucho tiempo es ostensible que lo predominante en ellos es la aspiración a que el paso de España a la democracia se efectúe pacíficamente, sin choques.

Todos sabemos —los comunistas por repetida experiencia propia— cuantas violencias han sufrido, años y años, los obreros y los anti-franquistas en general por parte de la fuerza pública durante las manifestaciones de calle. Pues bien, en cuanto aquélla ha adoptado ante las manifestaciones una actitud de no agresión, como ha sucedido últimamente en algunas ocasiones, las masas no sólo no la han hostigado lo más mínimo, sino que... ¡la han aplaudido! Y en sólo algunas semanas esto se ha repetido varias veces en Madrid y en ciudades de provincia. Porque las masas llevaban años deseando eso: poder manifestarse en paz, sin violencias. ¿Se quiere prueba más palpable y hasta espectacular, podríamos decir, de que en el pueblo no hay deseos de revancha, sino de reconciliación? Completamente exacto nos parece el juicio que se emite en la declaración acerca de estos hechos:

**«Son síntomas de que en la libertad y la democracia puede reinar un orden mantenido por el consenso general y ser enterrados definitivamente los residuos de la guerra civil; pruebas de que nadie debe temer para su persona y para sus intereses legítimos ningún daño de un cambio democrático.»**

Sería la obstinación en cerrar el paso a la democracia, sería esa tentativa caetanista que se ensaya, lo que, por el contrario, comprometería peligrosamente el cambio pacífico que hoy es perfectamente opsible.

Pensar que la extraordinaria vitalidad democrática de la sociedad española pueda ser sofocada por una política opresiva, alicorta, a lo Caetano, es un sueño peligroso.



Pensar que los trabajadores se resignen a la congelación de salarios —a la congelación de sus estómagos—, y a la inexistencia de un sindicato propio sería puro delirio como las grandes huelgas actuales están demostrando. ¿Seguir militarizando a los huelguistas? Esos son expedientes momentáneos y que también se mellan.

Pensar que los campesinos y los empresarios pequeños y medios van a seguir aceptando una política que les arruina y los capitalistas dinámicos una competición desigual con formas arcaicas del capitalismo protegidas por el favoritismo político es, asimismo, irreal.

Pensar que pueda ser viable esa «**minidemocracia**» dibujada por algunos ministros, de la que sería excluido el Partido Comunista y seguramente los partidos autonomistas es, para decirlo con palabras de la declaración, «**un espejismo**», «**una pura mixtificación que persigue dividir y triturar más fácilmente a las fuerzas de la oposición democrática**». La España de hoy no es la Alemania que dejó Hitler.

«**Pensar que se puede debilitar al Partido Comunista de España, que ha estado siempre a la cabeza de la lucha por la libertad, prolongando nuestra clandestinidad, es una estupidez que no ha podido germinar más que en la mente de quienes quieren que todo siga igual**». Al contrario —aceptemos un instante la hipótesis irrealizable— se encontrarían con que la ilegalidad del Partido Comunista se convertiría en el problema nº 1 de la política española y con un Partido más poderoso y enraizado en las masas.

Con esos anuncios, el Gobierno pretende escamotear el verdadero problema de hoy, que no es Partido Comunista sí o Partido Comunista no, sino democracia sí o democracia no.

Y la democracia es indivisible.

Pensar, en suma, que esta grave y doble crisis que vive España —política y económica— «**puede resolverla la vieja clase política del franquismo, con el apoyo de los sectores más derechistas y conservadores del capitalismo español, carece de todo realismo**».

Esta situación encontrará sus soluciones en la democracia, una vez roto el anacrónico corsé franquista, en un juego político normal en el que participen todas las representaciones políticas de los diferentes sectores sociales. Así es como los problemas pueden hallar solución equitativa y eficaz y como los españoles se entregarán con ilusión y energía a la tarea de engrandecer el país, seguros de que ello significará elevar su propio nivel de vida.

«**La clase obrera y el conjunto de los trabajadores —se señala en la declaración— no tienen hoy otro medio de acción que la huelga y las manifestaciones; pero es indudable que, tras un cambio político, en el que la clase obrera alcanzase la posibilidad de participar directamente en la solución de los problemas nacionales, los trabajadores no rehuirían su responsabilidad y estarían dispuestos a contribuir a una solución progresista de la crisis que tuviera en cuenta el interés general del país.**»



## La unidad de la oposición.— La acción democrática nacional

Actualmente, la necesidad de democracia es común a la inmensa mayoría del país. Para las fuerzas del trabajo y la cultura porque son las que más sufren por la falta de libertades y porque necesitan la democracia para hacer progresar sus ideales. Para los sectores dinámicos del capitalismo porque la requieren sus necesidades de desarrollo. Por ello fuerzas sociales y políticas tan diversas y cada día más numerosas coinciden en propugnar la ruptura democrática. Que no afectará al sistema social existente, ni a las Fuerzas Armadas, ni a los funcionarios del Estado ni, en definitiva, a la seguridad de las personas ni a ningún interés legítimo.

Estos objetivos, exclusivamente democráticos, que la ruptura se propone, son los que han hecho posible la convergencia de fuerzas tan distintas como son las que la propugnan, la creación de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia y los acuerdos ya logrados entre ambos organismos.

¿De complicada ejecución la ruptura democrática? ¿Sólo posible a través de una gran perturbación nacional? No. Precisamente ese enorme consenso nacional que la apoya hace posible que como se indica en la declaración, la ruptura democrática pueda realizarse, **«con un simple decreto que anule las instituciones y leyes que actualmente impiden el ejercicio de los derechos ciudadanos y establezca el pleno ejercicio de éstos para todos los españoles»...**

Cada progreso que se da en la unidad de las fuerzas de oposición, es un paso hacia la realización de la ruptura democrática. Como tales considera y saluda nuestro Comité Ejecutivo la constitución del Consell de Forces Politiques de Catalunya y su colaboración con la Asamblea de Catalunya, así como la creación de la Asamblea Nacional de Euzkadi.

(También nos parece muy oportuno y justo el reciente documento conjunto de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia en apoyo de las huelgas).

Ha sido creado, como es sabido, un Comité de Coordinación entre la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia. Es un hecho importante. Poco después, el Pleno de la Junta Democrática de España, celebrado en París el 8 de enero pasado, aprobó por unanimidad la propuesta dirigida a la Plataforma de Convergencia de llegar a la creación, con ella, de un solo organismo de unidad democrática **«como medio indispensable para mantener la iniciativa política que conduzca al Estado democrático»** (Comunicado del Pleno).

Nuestro Partido apoya resueltamente este acuerdo de la Junta Democrática. La preparación y ejecución de la ruptura, la acción para llegar a ese Estado democrático, requieren una estrecha unidad operativa de la oposición, un solo organismo que agrupe y sume y



coordine los esfuerzos de todas las fuerzas de aquélla. Más aún a nuestro juicio: que esté abierto a todos los grupos que se pronuncien por el establecimiento de las libertades democráticas en nuestro país. Todas las contribuciones son necesarias en empresa de tal envergadura.

Condición de la ruptura democrática es el despliegue de crecientes acciones de masas, la realización de la gran acción democrática nacional.

**«De hecho —se hace observar en la declaración del Ejecutivo— el potente movimiento de opinión que se desarrolla en nuestro país es ya el comienzo de la acción democrática nacional que había propugnado la Junta Democrática de España a fin de lograr el cambio político».**

La afirmación responde a la realidad. Vemos centenares de miles de trabajadores en huelga; numerosos comerciantes que, en distintos lugares, los sostienen cerrando las puertas de sus establecimientos; grandes empresas con millares de obreros que van al paro en apoyo de los huelguistas; Cuerpos del Estado, como el de Correos, que van a la huelga; amplios y muy varios sectores sociales, colegios profesionales, entidades diversas, personalidades, que entran simultáneamente en acción, con sus medios y reivindicaciones propios, por la amnistía y por las libertades. Hasta Ayuntamientos —repitémoslo por su significación— intervienen reclamando la amnistía.

El camino de la acción democrática nacional es el de la ampliación y coordinación de estas acciones y de las masas de participantes, sin exclusión de ninguna colectividad, grupo o persona que quiera contribuir a ella. Para llegar a esa culminación de las grandes acciones actuales que será la acción democrática nacional, las organizaciones unitarias, el movimiento obrero, nuestro Partido y todos los organismos democráticos habrán de desplegar la máxima iniciativa, un audaz trabajo de estímulo, de impulsión, de coordinación.

A nadie puede asustar esta gran acción democrática nacional. Nadie la concibe como un despliegue de violencias. No es ningún complot ni entraña ninguna amenaza para las personas, ni para sus bienes, ni para la seguridad del país. Será un gran movimiento ciudadano en demanda de la amnistía y las libertades, una gran acción nacional, responsable y digna, que haga oír, serena más inapelablemente la voluntad democrática de la nación. Para ella, la oposición recaba la neutralidad del Ejército y del resto de las fuerzas armadas y su confraternización con la población si tal es la voluntad de los miembros de dichas fuerzas.

El curso pacífico de las grandes acciones que se desarrollan ya, los deseos de reconciliación que los trabajadores y el pueblo manifiestan en ellas, son anuncio cierto de ese carácter pacífico y sereno de la acción democrática nacional. Es en la continuación del caetianismo a la española donde residen los peligros de complicaciones, perturbaciones y estragos.



Trabajemos arduamente por llegar a esa gran acción. Como se dice en la declaración que comentamos:

«Del seno de la sociedad misma debe surgir el nuevo poder democrático, fruto, a la vez, de la acción popular y del más amplio pacto por la libertad».

## El Partido que necesitamos

Con todo vigor, el Comité Ejecutivo plantea a todos los militantes y cuadros del Partido una tarea que, si no es nueva, cobra en la situación presente multiplicada importancia y máxima urgencia: **LA DE CONVERTIR NUESTRO PARTIDO EN EL PARTIDO QUE HOY NECESITAMOS, EN UN PARTIDO DE CIENTOS DE MILES DE MILITANTES Y MILES Y MILES DE CUADROS.**

Las posibilidades para lograrlo están a la vista. En la huelgas, en las manifestaciones, en las demandas y pronunciamientos democráticos que hoy surgen en todos los sectores sociales, participan innumerables hombres, mujeres, jóvenes, que antes permanecían pasivos o sólo lucharon esporádicamente. Millones de españoles están adquiriendo conciencia de lo que se juega en esta hora y de la necesidad de intervenir en la edificación del porvenir nacional, de su propio porvenir. Las aspiraciones de muchos, de muchísimos de ellos, tienen una afinidad, en lo esencial, con los objetivos inmediatos y mediatos de nuestro Partido. De ahí su simpatía hacia él. En realidad están disponibles para engrosarlo.

«Los cuadros dirigentes y los militantes actuales del Partido —se dice en la declaración— tienen que considerar como una de sus tareas principales, como una parte esencial de su actividad política, la organización de estas nuevas fuerzas en el Partido».

Y esta tarea ya no admite esperas. Es el momento de acometerla con la mayor resolución. Pese a toda su fuerza, los efectivos actuales del Partido resultan insuficientes en relación con la vasta y múltiple acción que ha de desplegar en hora tan grave y compleja como ésta. Todos los Partidos políticos, y es lógico, dedican hoy una gran atención al reclutamiento. El Partido cometería un gravísimo error, cuyas consecuencias pagaría muy caras, si por su parte, descuidara este trabajo.

Con la discriminación anticomunista, voceada por el Gobierno todos los días, se pretende retrasar o aminorar el crecimiento del Partido intimidando a sus simpatizantes y a las masas en general. A eso hay que responder desde ahora mismo nutriendo más y más nuestras filas y llevando a todas partes nuestra actividad. Cuanto más fuerte sea el Partido, mejor será combatida y más pronto se



hundirá completamente esa maniobra tendente a marginarle. En esto, como en todo, lo que más cuenta es la correlación de fuerzas.

La declaración nos dice que para abordar esta tarea de fortalecimiento del Partido con el vigor y la eficacia que requiere, es necesario superar ciertas concepciones:

En primer lugar, la autosatisfacción de ser ya un gran Partido, el más numeroso y el más sólidamente organizado y que, en consecuencia, todo se nos dará por añadidura. Eso —la definición que de tal estado de ánimo da la declaración nos parece muy exacta— **«es una especie de opio que adormece a algunos camaradas».**

En segundo lugar, el sectarismo en materia de organización, igual que hemos superado, en gran medida, el político. Creer que muchos de los que luchan a nuestro lado **«no están todavía suficientemente maduros para ser miembros del Partido»** es una de las formas en que se manifiesta ese sectarismo de organización. En el fondo, se trata de una concepción «elitista» del Partido, ajena a la concepción marxista del mismo.

En tercer lugar hay que superar esa subestimación, más o menos pronunciada, en que incurren algunos camaradas, al considerar que basta con tener una línea política justa y aplicarla para que con ello se resuelvan los problemas del desarrollo orgánico del Partido.

A todos nos interesa detenernos en estos tres puntos —que en este comentario sólo resumimos, quizá demasiado— y reflexionar autocríticamente sobre ellos.

El Comité Ejecutivo incita a los hombres y mujeres del Partido a que, siguiendo los brillantes ejemplos que ya existen al respecto, se conviertan en dirigentes públicos del movimiento democrático, a enraizarse más y más en las masas, proponiendo soluciones a sus problemas, mostrándoles abiertamente la verdadera imagen del Partido y dejando solamente **«en el secreto de la ilegalidad aquellos aparatos de organización y propaganda que todavía es necesario preservar seriamente».**

El Comité Ejecutivo llama a los trabajadores de la ciudad y del campo, a la juventud, a las mujeres, a intelectuales y profesionales, a los comunistas veteranos que en otros períodos se vieron impelidos a apartarse de la acción organizada, a incorporarse al Partido Comunista de España, a hacer de él un instrumento, cada día más fuerte y eficaz, para la acción actual, junto a las demás fuerzas de la oposición, por la ruptura democrática y la instalación de un régimen democrático en España. Y para desarrollar mañana la democracia y avanzar, a través de ella, hacia el socialismo.





# LA AMNISTIA

---

## *una exigencia nacional*

---

La amnistía es un clamor que se extiende por todo el país. Jamás una reivindicación tuvo más razones políticas y humanas para ser exigida, ni ofreció tanta base de coincidencia a los diversos sectores de la vida nacional. Esa exigencia se hace cada vez más pública y patriótica. El pueblo, todos los estamentos de la sociedad se pronuncian. Los gobernantes son interpelados y tienen que responder con evasivas y plazos, con componendas y malas esperanzas. La prensa cada día habla de la amnistía, de su necesidad nacional y las personalidades más diversas de la oposición, de los aledaños del régimen o del régimen mismo, los colegios profesionales, los obispos...

Decenas de miles de personas se manifiestan en la calle, ante las cárceles, incluso en las ciudades más pequeñas. Una ola se une a otra ola, cada vez más altas y a ritmos más rápidos, formando una marea incontenible. El gobierno se resiste, dice y se desdice, palabras y palabras. Juan Carlos ha defraudado —o ha burlado— las esperanzas nacionales dos veces en su corto reinado: con el mezquino indulto de su coronación y con su inesperada omisión al problema de la amnistía, cuando la prensa lo «daba por hecho» y miles de hoga-

res y la mayoría de los españoles esperaban anhelantes en la pasada Navidad.

¿Por qué no se ha promulgado una amnistía, en este período de «apertura» y demagogia, cuando la historia y la sociedad han madurado esa necesidad hasta hacerla una cuestión nacional impostergable?

---

## CUARENTA AÑOS DE GUERRA CIVIL

---

España es el único país de Europa Occidental que en 40 años no ha conocido una verdadera amnistía. En los largos años de la dictadura de Franco, durante los cuales pasaron por las cárceles y fueron condenados centenares de miles de españoles, antiguos republicanos y nuevos demócratas, sólo se decretaron indultos parciales (doce o trece, si mal no recuerdo) y con tantas excepciones que sólo afectaron a una mínima parte de la población reclusa.

En octubre de 1945, después de la derrota del hitlerismo, se promulgó un indulto total, con el que, según se decía oficialmente, se cancelaban todas las responsabilidades contrai-



das hasta el primero de abril de 1939. La verdad fue bastante diferente. Aunque esas responsabilidades no se pueden cancelar con «indulgencias», sino con una amnistía general y completa, aquel indulto fue una burla sangrienta. Tenía tantísimas exclusiones que después de su promulgación siguieron los fusilamientos por hechos de guerra (Julián Grimau en 1963), muy pocos exiliados pudieron regresar y los que lo hicieron volvían a «tumba abierta», sin ninguna garantía —muchos fueron detenidos y condenados nada más llegar— y la mayoría de los presos políticos continuaron en la cárcel, 10, 12 y 15 años (sin tener que ir más lejos en el testimonio, yo mismo tuve que pasar, después de aquel «indulto total», todavía 16 años de mi vida encarcelado).

La única amnistía concedida por los franquistas fue la de 1939, para todos los delitos, incluidos los de sangre y algunos de una monstruosidad incalificable, cometidos contra los republicanos y que las leyes franquistas, con generosa fruición, calificaban de «exceso de patriotismo».

A nosotros, a los que habíamos defendido la legalidad republicana, durante una guerra que nos fue impuesta, y a los que se incorporaron después a la lucha para rescatar la libertad, jamás se nos devolvió enteramente el derecho de ciudadanos: unos continuábamos en las prisiones; otros, en el destierro y millares y millares, una verdadera legión, en libertad vigilada y el resto, todos «los rojos», marcados por el hierro de los vencedores. Ni el indulto llamado TOTAL, ni los once o doce posteriores abrieron las cárceles, ni modificaron el fondo político y moral de este gran problema de España y que sólo una auténtica amnistía puede comenzar a resolver.

Difícilmente encontraríamos en la historia contemporánea —en Europa no existe nada semejante— un caso de venganza y discriminación más

duradera y enconada, después de una guerra civil. Cuarenta años es un periodo importante en la vida de un pueblo y más de la mitad de la vida de un ser humano. Durante esos cuarenta años la tierra ha dado muchas vueltas. Se comenzó y terminó la guerra mundial. Regresaron a sus patrias y a sus hogares los combatientes, los perseguidos y deportados en los campos nazis. Hace años que volvieron a España los prisioneros de la División Azul, que fueron a luchar contra la Unión Soviética. Se promulgó la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, Pacem in Terra y Concilio Vaticano II. Se liberaron muchos pueblos y se acabaron otras guerras. Se abrieron rutas asombrosas en los espacios cósmicos y el Hombre llevó sus banderas a la Luna. Cambiaron muchas, muchísimas cosas... PERO EL FRANQUISMO CONTINUO COMO ESTABA, DIVIDIENDO A ESPAÑA EN VENCEDORES Y VENCIDOS, DISCRIMINANDO Y EXTENDIENDO SU REPRESION CONTRA EL PUEBLO, CONTRA LA MAYORIA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA, VIVIENDO DE LAS REN-



*Marcelino Camacho  
en los días de su salida  
de la cárcel*



TAS DE LA GUERRA CIVIL Y NEGAN-  
DOSE A CERRAR ESA CUENTA. Man-  
tener con odio irracional ese espíritu  
patricida y llevar a rastras del carro  
de los «triunfadores» a esa más de  
media España derrotada (aunque ja-  
más sometida) y a las nuevas gene-  
raciones que se incorporaron a la  
lucha por la libertad, fue y sigue  
siendo el ideario de su política.

---

## LA LUCHA POR LA LIBERTAD

---

Sin embargo aunque el franquismo no cambiaba ni quería cambiar y se esforzaba por congelar el meridiano de sangre que dividió a los españoles, la sociedad no podía detenerse. Pasaban los años, los combatientes de ayer iban viendo blanquear sus cabezas y otros desaparecían para siempre. Nuevas generaciones crecían y ponían su peso decisivo en la vida nacional, haciendo cada vez más anacrónicas e inaceptables las discriminaciones y las consecuencias de la guerra civil. Y esos combatientes, de uno y otro campo, las nuevas generaciones, hijas de unos y de otros, esas dos Españas artificialmente divididas, elegidas por la vida —que valoriza o invalida las ideas— comenzaron a conocerse, a dialogar entre sí, a sopesar nuevos horizontes en los que la razón y el ejercicio de la libertad suplieran a la violencia y a la intolerancia oficial, para contraponer cívicamente las diversas opciones al mejor futuro político y social de España.

El general Franco y la dictadura jamás aceptaron ese proceso que les aislaba de la sociedad y les ponía en trance de desaparecer. Y frente a esa España real, dinamizada por la clase obrera y sus intelectuales más conscientes, frente a esa patria que buscaba y realizaba en la práctica la reconciliación de sus hijos, que iba subiendo de sí misma y que, en estos

últimos años, se desbordaba hasta llenar la calle con su fuerza, ellos, los fascistas, empeñados en el poder y en el pasado, removían y soplaban los rescoldos de la guerra civil, desenterraban a sus muertos, alimentaban el odio y el temor al futuro y sostuvieron la más despiadada represión contra todos los que querían respirar o sacar una mano del hoyo para cambiar las cosas...

Ese ha sido el ideario permanente de su política. Y ese ideario incivil y patricida explica que en 40 años no hayan promulgado una amnistía, pese al clamor popular, las reiteradas peticiones de los más amplios sectores de la nación, comenzando por aquel histórico documento, encabezado por Don Ramón Menéndez Pidal en 1961 y firmado por numerosas personalidades, que inició en España y en el mundo la gran marcha hacia la amnistía general, por la solidaridad y la defensa de los presos políticos españoles.

En todo ese proceso de la sociedad, que fue acentuando el divorcio y las contradicciones entre la dictadura franquista y la sociedad española, la amnistía figuraba —y figura hoy— como el primer paso de la reconciliación nacional, como un umbral inevitable hacia todo régimen de libertades políticas y nacionales. Una amnistía que, basada en la necesidad y el interés del futuro de España, cancele sin exclusiones ni discriminaciones las responsabilidades contraídas en uno y otro campo durante la guerra civil y en su período consecuente. Esa amnistía hubiera tenido —y tiene hoy más que nunca— una trascendencia histórica y nacional: no sólo repararía las injusticias presentes, que sufrimos los demócratas de ayer y de hoy, sino que llevaría el sosiego a otras conciencias perturbadas por las responsabilidades del pasado, poniendo fin a todas las incertidumbres y facilitando la contribución de la mayoría a una solución incruenta y serena del problema político español.



---

## EL PARTO DE LOS MONTES

---

La desaparición del general Franco que, pese a todos los continuadores, ponía un fin irreversible a un período luctuoso de la historia de España, abrió las puertas a la esperanza y ésta penetró en las cárceles, en los hogares mutilados por la represión, en las lejanas tierras del exilio y en la mayoría de los españoles que ven en la amnistía una necesaria e inmediata reparación, no sólo para los que sufren, sino para la patria misma dividida y enfrentada. **LA PIEDRA DE TOQUE de la más tibia voluntad de cambio era —y sigue siendo— la amnistía general.** No se trataba de perdón, pues si de eso se tratara, habría que preguntarse quién tendría que perdonar a quién y con toda seguridad los términos moralmente cambiarían. **Esa amnistía es el interés de la España de hoy y de mañana y está por encima de las razones del pasado.**

Pero pese a que las campanas de la esperanza se habían lanzado al vuelo, Juan Carlos se «descolgó» con un indulto, que fue un sarcasmo y una burla ante las esperanzas nacionales. Ha sido una simple reducción de penas y con restricciones tan sustanciales que en nada se diferencia de los que el general Franco otorgó a lo largo de su dictadura. Al contrario, es una reafirmación de la política represiva seguida y sostenida durante cuarenta años de violencia e intolerancia. Nada ha cambiado. Nada nuevo hay en esta gracia soberana. Sólo el ocho por ciento de los presos políticos han sido afectados, pero aunque hubiera alcanzado el beneficio a todos, el fondo del problema quedaría —y ha quedado— sin resolver.

Acordar en estos momentos una medida de «clemencia» para hombres y mujeres condenados por actividades, reales o supuestas, que en cualquier país de Europa constituyen el ejercicio normal de los derechos y deberes

ciudadanos, significa que para Juan Carlos y su nuevo gobierno, como ayer para Franco, toda aspiración a la libertad es delito en España.

El silencio de Juan Carlos en la Navidad, las palabras al viento en el comienzo del año compostelano, las declaraciones contradictorias de algunos de los miembros del Gobierno y sus rectificaciones en relación con la amnistía, indican que el franquismo y su política esencial permanecen, que desarmar el espíritu de guerra civil será una tarea difícil, que hay demasiados intereses y raíces clavados como cuchillos roñosos en el cuerpo de España.

Lo cierto es que la represión continúa. No sólo para los que todavía permanecen encadenados a la prisión o al destierro, sino también para los que afectados por el indulto se incorporan a esa muchedumbre de «libertos» que, discriminados como ciudadanos de segunda clase, con los derechos disminuidos por las condenas anteriores, fichados en los registros de la policía, vigilados y molestados constantemente, viven o sobreviven en una precaria e insegura libertad.

Sólo la amnistía puede poner fin a esa situación. La amnistía y la abrogación de todas las leyes fascistas que reprimen el derecho a la libertad y la restauración plena de esas libertades.

---

### LA DIMENSION HISTORICA DE LA AMNISTIA GENERAL

---

Hacer triunfar la idea de la reconciliación nacional, exigir e imponer la amnistía general, derogar la ley anti-terrorista y todas las leyes de excepción que impiden y castigan el ejercicio de la libertad, es hoy la tarea de primer plano, la más urgente y movilizadora.

Amnistía para nosotros, los que



combatimos bajo las banderas de la República y todavía seguimos discriminados y perseguidos; para los que sufrieron o todavía sufren prisión o destierro; para los que no aceptaron la derrota y siguieron luchando o se incorporaron después a la lucha por las libertades democráticas.

Amnistía también para los que combatieron al lado de Franco y contrajeron responsabilidades punibles, en unos casos violentando sus sentimientos, en otros por el automatismo del deber o enceguecidos por las pasiones y exacerbadas desde arriba contra los vencidos, los «rojos» a quienes se representaba como malhechores, enemigos del orden, la religión y la patria...

No hay que olvidar que con esa desfiguración que se hizo de los republicanos y demócratas, en las altas temperaturas de la guerra civil y del triunfalismo de los años posteriores, en unos casos por fanatismo y en otros por no pasar por desafectos, Franco logró complicar y comprometer a media España en el engranaje represivo. Hay que tachar el miedo al porvenir, liberar a todos del peso del

pasado, amnistiar las responsabilidades pasadas y presentes, poner fin a la incertidumbre que en muchos casos condiciona y bloquea la evolución política de miles de españoles.

---

## LA VENGANZA NO ES UN IDEAL POLITICO

---

Nosotros, los máximos acreedores, los que más razones tendríamos para odiar, para esperar nuestro turno, desde hace tiempo y con la mayor responsabilidad, nos hemos pronunciado por la reconciliación de todos los españoles y por la amnistía general. Nosotros luchamos por un régimen democrático, no para pedir cuentas a nuestros adversarios de ayer —que en la mayoría de los casos ya no lo son hoy— sino para sacar a España al aire necesario de la libertad y no asfixiarnos, pudrirnos o degollarnos los unos a los otros, en esa atmósfera fratricida en la que Franco y sus cruzados quisieran dejar para siempre la historia y la vida de nuestro país.



*Simón Sánchez  
Montero y  
Nicolás Sartorius  
recientemente  
liberados.*



Nosotros, los comunistas, nuestro pueblo, no esperaremos a nadie tras la esquina democrática para ajustar la «venganza de los justos». La **venganza puede ser un sentimiento más o menos irracional o razonable, pero no es un ideal político, ni un fin revolucionario. Nuestro futuro no será el de la revancha, sino el de la libertad y la seguridad para todos los españoles.**

Frecuentemente, en mi constante bregar por la amnistía, suelen preguntarme: ¿Pero después de haber pasado 23 años de prisión no siente usted deseo de vengarse? Sí, respondo. Pero yo no quiero una venganza pequeña y me sentiría profundamente desgraciado si esperara satisfacerla con la sangre de los otros. Ni un muerto, ni mil, ni todos los muertos del mundo pueden recompensarme la vida que me asesinaron durante 23 años de cautiverio. Mi gran venganza, la que espero, es ver un día victoriosos los ideales por los que he sufrido y luchado, por los que tantos españoles perdieron su vida.

Y esto no es ni una renuncia ni una especulación. Claro que se podría pensar: **«es una generosidad obligada y gratuita, pues no es igual proponerla desde la situación de los vencidos que desde la posición de los vencedores.»** Quien así pensara no descifraría bien los signos de nuestro tiempo, ni la dirección en que sopla hoy el viento en España. ¿Quiénes son



*El padre Xirinacs  
y Marcelino Camacho.*

hoy los vencedores y quién los vencidos? Aunque se agarren desesperadamente al asa del pasado, el futuro pertenece a las fuerzas que luchan por la libertad y por la democracia, no a los fascistas que tienen hoy que disfrazar su nombre y su pasado. Es una generosidad plena, y en una perspectiva victoriosa, y aún más noble cuando unos hemos pagado ya —¡y a qué precio!— y otros no, las responsabilidades que pedimos hoy cancelar para todos.

---

### CON EXCEPCIONES NO HAY AMNISTIA VERDADERA

---

Las últimas precisiones de los gobernantes franquistas que se habían referido de alguna manera a la amnistía rectifican su palabrería. Se habla del estudio lento de medidas para evitar la improvisación. Es claro que se trata de las exclusiones a establecer. Se sigue hablando, como en 1940, de las manos manchadas de sangre, de actos terroristas, etc.

Para comenzar podríamos preguntar ¿qué delito han cometido Luis Lucio Lobato, Romero Marín, Fernández Inganzo y otros cientos de comunistas y demócratas acusados de asociación ilegal? ¿Y Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo, Rafael Alberti, los escritores Arrabal y Jesús Izcaray, el filósofo Manuel Ballester y otros miles de republicanos y eminentes demócratas, de ayer y de hoy, desterrados algunos desde hace más de 36 años? ¿De qué se acusa a Angela Grimau, a quien se le sigue negando el pasaporte simplemente por ser viuda de quien es?

La amnistía debe ser completa y general para todos y cada uno de los presos políticos y sociales, para todos los exiliados políticos. El mismo intento de excluir a los demócratas juzgados por supuestos delitos de



terrorismo no puede ser y no será admitido. Esos llamados delitos de «terror» fueron juzgados sin garantías, basados solamente en el expediente de la policía, sin verificación de pruebas, algunas conseguidas bajo el peso de torturas espantosas o sin la comprobación y defensa necesarias para los que no sucumbieron ante el martirio. Los tribunales, la policía política, tuvieron en muchísimas ocasiones que violar las propias leyes franquistas para allanar el camino de las sentencias.

Podríamos enumerar aquí miles de casos, nombres interminables, procesos ilegales que fueron denunciados no sólo por los abogados españoles, sino por la opinión pública internacional y por la Comisión de Juristas de Ginebra —nada sospechosa de comunismo. Además ¿cómo se atreven a hablar de terrorismo los que durante 40 años le han instaurado desde el poder? Podemos o no compartir ciertos procedimientos de lucha y sobradamente es conocida la posición de los comunistas, pero de cualquier forma **NO ES, MORALMENTE, IGUAL LUCHAR CONTRA LA LIBERTAD QUE DEFENDERLA.** ¿Terror? El terror franquista ha hecho historia y ha sido una de las vergüenzas de nuestro tiempo. Tendrían que ser ellos, los franquistas, los más interesados en echar siete llaves a ese período inexpiable y pronunciarse por una amnistía general sin excepciones, sin arriesgarse a quedarse excluidos ellos mismos.

Lo que está claro es que Juan Carlos y su gobierno no concederán la amnistía por su propia voluntad. Hay que imponérsela y se la impondremos. Este no es un gobierno de ruptura, sino un gobierno de compromiso entre **los que quieren continuar sin cambiar nada y los que quieren cambiar algo para poder continuar.** Una mano de guante blanco para hacer cabriolas en el aire y la otra todavía con la dura manopla de los cruzados. Sin embargo, pese a unos y a otros, la amnistía es el eslabón más débil del

continuismo franquista y hay que romper por ese punto volcando ahora, y sin darles respiro, toda la fuerza popular.

La amnistía significa, no solamente la salida de los presos políticos y la vuelta de los exiliados, sino una gran batalla política, y defenderán el terreno palmo a palmo y hablarán de liberación cada vez que les obliguemos a desalojarlo. Hay que luchar, seguir luchando sin perder el tiempo deshojando la margarita de las esperanzas. Juan Carlos es el Rey de los franquistas y su gobierno es el de los continuadores. Por eso no ceden en el terreno de la amnistía, que significaría un triunfo de la política de la reconciliación nacional frente al espíritu de guerra civil.

Hemos hecho muy bien en no darles un cheque en blanco y la tregua que el Rey pedía para su instalación. Al contrario, es necesario exigirle —a él y a su gobierno— una gran fianza antes de que se ajuste bien la corona sobre su cabeza: la amnistía general, la anulación de todas las leyes represivas, la restauración sin exclusiones, del derecho al ejercicio a la libertad para todos los españoles y pueblos de España.

Esperemos que Europa les exija esa misma fianza antes de sentarles a la mesa de la Comunidad democrática. Personalmente pienso que no podrán avanzar esa fianza. Su presupuesto político no da para tanto. Juan Carlos es un astro sin luz propia que puede gravitar en el sistema, pero sin salirse de él. Y su gobierno es un producto híbrido, trabado y comprometido con el pasado, del que quieren alejarse un poco pero sin romper el cordón umbilical; sin alejarse, peligrosamente, de sus bases. Además habría que recurrir a la genética política más sorprendente para pensar que unas criaturas de Franco puedan nacer con vocaciones democráticas.

Primer test: LA AMNISTIA GENERAL.



# Una interviú de «*la Stampa*» de Turín al camarada Santiago Carrillo

**Aldo Rizzo, redactor político de La Stampa de Turín, ha tenido una entrevista con Santiago Carrillo.**

**He aquí el texto de dicha interviú que el conocido periódico italiano publica en la primera página de su número del 14 de diciembre pasado:**

«No puede existir una línea común entre los PC de los países capitalistas y los Partidos-estados del Este europeo» me dice Santiago Carrillo, Secretario General del P.C.E.».

«No puede existir una estrategia global. Si existiese, se violaría el principio de la coexistencia, de la no ingerencia en los asuntos de otros partidos, porque se daría la posibilidad de entrometerse en nuestros propios asuntos, en nuestra estrategia no ya a otro Partido comunista, sino a otro Estado».

—¿Debe considerarse entonces que el proyecto de una conferencia de los PC europeos está enterrado?

—La conferencia podrá celebrarse, pero a condición de que no sea una conferencia ideológica.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—La ocasión de hacer un llamamiento a todas las fuerzas democráticas, no sólo comunistas, sobre los temas generales de la paz y de la cooperación.

Santiago Carrillo es, junto con E. Berlinguer, el exponente máximo, desde el punto de vista ideológico, del comunismo occidental o «euro-comunismo». Se encuentra en Roma para participar en una manifestación conjunta de los dos partidos en el 80º aniversario de Dolores Ibárruri, «Pasionaria». En nuestra conversación se tratan todos los temas de la estrategia comunista en esta parte del mundo, empezando evidentemente por España.



—La línea del PCE, me dice Santiago Carrillo, es la de favorecer el advenimiento más rápido posible «de una democracia auténtica de tipo occidental».

—¿Puede pensarse que el nuevo gobierno Arias, con elementos moderados como Fraga y Motrico, signifique un primer paso en ese camino?

—No. El liberalismo de Fraga está aún por demostrar, el de Motrico es menos aleatorio, pero en conjunto no hay nada que indique el que vaya a ser este gobierno el que organice la vuelta de la democracia a España. Este es todavía un gobierno franquista.

—¿Y cuándo empezará el cambio?

—Dentro de algunas semanas o algunos meses, cuando desaparezca la ilusión de que este gobierno pueda representar algo nuevo, esas mismas fuerzas que ahora han mostrado alguna confianza hacia Arias Navarro exigirán, ellas también, el cambio. Estas fuerzas quieren el ingreso de España en Europa y eso no podrán obtenerlo con este gobierno.

Dice aún Santiago Carrillo:

—El signo real de un cambio lo será el desmantelamiento de las estructuras formales actuales del poder, el Consejo del Reino, el Consejo del Movimiento, las Cortes. Esto no quiere decir que se negará el derecho a hacer política a los hombres que están actualmente dentro de esas estructuras, sino que las estructuras en sí deberán desaparecer. Serán las fuerzas reales de la sociedad española, incluidas las burguesas, las que van a exigirlo.

—Lo esencial, pues, es la necesidad que tiene España de entrar en Europa, en la CEE. ¿Está de acuerdo el PCE?

—Sí, sin ninguna reserva. Estamos por el ingreso de una España democratizada en la CEE. Por otra parte, existe ya de hecho un grado elevado de integración económica entre nuestro país y la Comunidad. Hace falta formalizarla y «concretar» las ventajas políticas.

—Vd. ha hablado de un bloque socialista latino (Italia, España, Francia y Portugal) que podría surgir en un cierto momento y convertirse en un polo político autónomo respecto a las superpotencias. ¿Es compatible este proyecto con el ingreso de España en la CEE?

—Yo he hablado de la posibilidad política de que en la Europa del Sur se establezcan gobiernos con participación comunista, socialista, católica y de otras fuerzas de izquierda, gobiernos capaces de iniciar un proceso de transformaciones sociales y de mantener una independencia estricta respecto de cualquier bloque o país hegemónico del tipo que sea; gobiernos en condiciones de oponerse a toda idea de satelización. Pero pensaba y pienso que esto debe suceder en el contexto europeo y con las formas políticas que correspondan a las tradiciones y al grado de desarrollo de Europa Occidental.



—Nos encontramos ahora de lleno en el terreno del «euro-comunismo» que algunos llaman también «comunismo blanco». ¿Qué piensa Santiago Carrillo de esta definición? El líder comunista español sonríe. Dice:

—No debemos tener miedo de reconocer que el comunismo en Europa en 1975, con toda la experiencia internacional acumulada y con todos los cambios de la sociedad en la que vivimos, plantea multitud de elementos nuevos. No podemos imitar aquello que triunfó en la Rusia de 1917 en unas circunstancias históricas excepcionales o lo que se ha establecido después en Asia.

Esto, en efecto, es el comunismo «pluralista» como se dice en la declaración conjunta del PCI-PCE y luego en la del PCI-PCF. Hago una pregunta corriente pero crucial;

—¿Pluralismo como presencia de varias fuerzas políticas o incluso como principio de alternancia en el poder?

Santiago Carrillo:

—Incluso en este segundo sentido, naturalmente.

—Comprendo esto como el derecho de una oposición no socialista a volver al poder si reconquista la mayoría.

—Claro, sí no no sería pluralismo.

En este punto, señalo.

—¿Se define Vd. todavía como leninista? ¿Y dónde está entonces la diferencia de fondo con los partidos socialistas?

—Hace falta que nos entendamos sobre el leninismo. Depende del tipo de lectura que uno haga de él. Si se transforman en dogmas todas las posiciones tácticas de Lenin, es una cosa. Otra cosa es si se redescubre toda la flexibilidad teórica del leninismo prescindiendo de las contingencias históricas —la Rusia de aquel período— que le llevan a determinados comportamientos políticos.

—¿Y los partidos socialistas?

—La diferencia está en que nosotros no aceptamos, como algunos dirigentes socialistas han hecho y hacen aún; el ser los gestores leales de la sociedad capitalista. Estamos dispuestos a abandonar el gobierno si esa es la voluntad popular, pero mientras podamos trataremos de transformar la sociedad en un sentido socialista.»

Santiago Carrillo prosigue:

—Pensamos, por el contrario, en una reestructuración del internacionalismo, basado realmente en una coordinación de nuestra acción con la del resto del movimiento obrero de Europa Occidental. Con los Partidos-Estados del Este, podrán quedar los contactos, las rela-



**ciones de cooperación, pero la prioridad es para el Occidente. Creo que el antiguo internacionalismo es un residuo histórico condenado a la desaparición.**

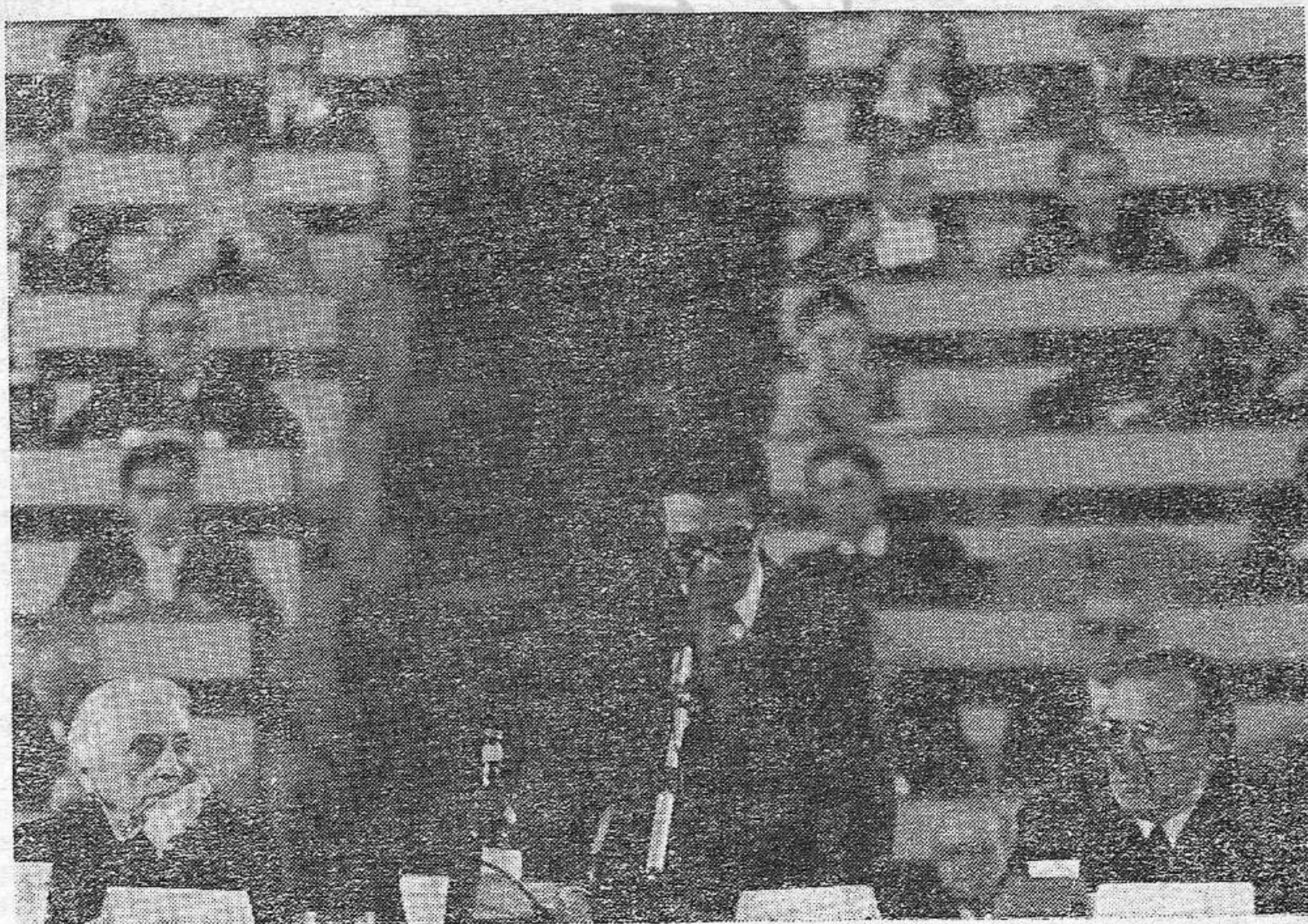
**Una última pregunta:**

**—Después de 36 años de dictadura franquista, 40 años después del comienzo de la guerra civil, empieza para Santiago Carrillo una nueva fase de su vida política: ¿Qué reflexiones fundamentales ha hecho durante este período? ¿Hasta qué punto se siente cambiado?**

**La respuesta es de tipo «historicista»:**

**—No soy yo quién ha cambiado, sino España y el mundo. España ha madurado y nuestra reflexión fundamental ahora es que España necesita un sistema auténticamente democrático, que necesita olvidar de una vez para siempre la guerra civil.»**

**ALDO RIZZO.**



*Dolores Ibárruri, Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo en uno de los actos celebrados en Roma con motivo del 80 aniversario de la Presidenta de nuestro Partido.*



# el Ejército, en la encrucijada

La muerte de Franco crea una situación nueva en las Fuerzas Armadas. Si para España la desaparición del dictador abre una nueva etapa histórica, su repercusión en la Institución Militar es aún mayor porque no se trata solamente del «generalísimo de los Ejércitos», sino del Jefe que, al frente de un sector importante de militares se levantó contra el poder democráticamente establecido y lo derrocó por la fuerza de las armas; el hombre que ha utilizado el Ejército como instrumento fundamental para mantener su poder despótico sobre los españoles durante cerca de cuarenta años. Su autoridad y prestigio habían disminuido enormemente entre los oficiales, sobre todo entre los que no han hecho la guerra. Su presencia no había podido impedir que el Ejército se distanciase crecientemente del Régimen y se resistiese, cada vez con más firmeza, a desempeñar el papel represivo que Franco y su Régimen le asignaban. En el último período, fundamentalmente, se había producido una politización acelerada del Ejército y un sector importante de oficiales, tomando conciencia de su situación como profesionales y como ciudadanos, habían pasado a defender organizadamente transformaciones en el Ejército y cambios democráticos en la estructura política del país. Pero para una parte considerable de las Fuerzas Armadas, principalmente para quienes participaron con él en la contienda, Franco era el «vencedor», el gran «mito», el personaje carismático que había sal-

vado durante tantos años todo tipo de dificultades y de vicisitudes; era para ellos la «seguridad» de que las cosas no cambiarían mientras viviera; era quien mantenía aún, con su autoridad, la obediencia y la unidad, aunque precarias en los últimos tiempos, entre los militares de alta graduación. Y era también entre ellos, sobre todo, el hombre cruel y sanguinario que no había vacilado en liquidar a todo el que le hacía sombra o no obedecía ciegamente sus órdenes.

Franco pasa a la historia como el hombre más nefasto para nuestro país que ha existido. Y eso mismo puede decirse en relación con el Ejército. En muy buena medida Franco ha hecho un Ejército a su imagen y semejanza. Ha hecho y deshecho lo que ha querido con él; lo ha utilizado para sus fines propios, en la defensa de intereses minoritarios y bastardos. Franco podría haber dicho, faltando poco a la verdad, «el Ejército soy yo». Su muerte va a dejar a la Institución Militar sin columna vertebral. A partir de ahora, la división y las tendencias disgregadoras, que ya existían últimamente en el seno del Ejército, se van a manifestar con gran virulencia.

## LA CRISIS EN EL EJERCITO Y EL CAMBIO POLITICO

El Ejército, como el país, se encuentra ante una encrucijada de enorme trascendencia. La solución a los problemas que le crea la desaparición del



dictador; la salida de la honda crisis por que atraviesa, crisis en la estructura, crisis en la orientación, pero también de fondo, de la identidad misma del Ejército; incluso la continuidad de la institución como tal, sin ahondar más las divisiones y llevarlas a extremos irreparables, sin destrozos, va a depender de cómo se resuelva la cuestión central para el país, la del cambio de régimen político, y de cómo el Ejército se sitúe ante él.

Y la muerte de Franco pone sobre el tapete de la vida política española con una extraordinaria acuidad la necesidad de terminar con el período de anormalidad abierto con el levantamiento militar de 1936, que privó al pueblo del poder de decisión. La normalidad no volverá en tanto ese derecho no le sea restituido plenamente. Y ello sólo es posible creando las condiciones para que el pueblo, libre y democráticamente, establezca el régimen político de su elección. Y decir poner fin al período de anormalidad no supone volver al punto de partida, ni mucho menos cualquier idea de revancha. Significa tomar cuenta de las realidades del país, para que todos los españoles, sin discriminación alguna, decidan de sus destinos. Es el momento de conseguir abrir un período de convivencia civilizada y pacífica, de orden, progreso y libertad. Esa es la salida que propugnan la Junta Democrática de España, la Convergencia Democrática y otras fuerzas.

La ruptura democrática, por ser una solución verdaderamente nacional, responde a los intereses de los militares en general, como profesionales y como ciudadanos, a los del Ejército como Institución.

Una cuestión fundamental a la hora de orientarse en estos momentos difíciles es el hecho de que desde las coordenadas del Régimen, con Franco o sin él, la salida no es posible. Ni el mantenimiento de las formas actuales, ni las reformas desde dentro del sistema, son solución real porque siempre en el fondo estará el vicio de origen de su imposición por la fuerza, y el momento de ruptura será inevitable en tanto el pueblo no sea plenamente soberano. Es una realidad de la España de hoy, de la que sería nefasto

no tomar conciencia. Porque ese momento de ruptura puede ser breve y sin traumas si se hace desde un abanico de fuerzas sociales y políticas que representen al conjunto del país. De ahí la necesidad de la unificación de la Junta Democrática, de la Plataforma de Convergencia y de las demás fuerzas democráticas para imponer el Gobierno Provisional de amplia coalición que organice el tránsito a la democracia. Para ese cambio, el apoyo al Gobierno Provisional del Ejército o de una parte fundamental del mismo, de oficiales, suboficiales y soldados, es determinante.

### LA SALIDA ULTRA

El mantenimiento de lo actual, de las mismas estructuras fascistas e incluso una vuelta atrás, es auspiciado por un grupo de nostálgicos del pasado, de grupos ultras, algunos de los cuales pertenecen al Ejército. Eso significaría que el Ejército tendría que tomar en sus manos directamente los asuntos de gobierno y participar mucho más directa y masivamente en la represión. Los avatares de la última operación ultra muestran que el grueso del Ejército está decidido a no dejarse arrastrar por esa vía y que dichos grupos tienen dentro de él un peso específico muy pequeño. La posibilidad de una salida en esa dirección es muy reducida. Pero no hay que desconocer los peligros de provocación y de aventuras que entraña la existencia todavía en puestos importantes en las Fuerzas Armadas de hombres dispuestos a que se hunda todo antes de que cambie nada. Por eso es necesario que en el Ejército se vean cada vez más aislados y reducidos a la impotencia. Esa es una tarea que debe plantearse todo oficial mínimamente sensato.

### LA SOLUCION JUANCARLISTA

Una solución más tentadora, porque aparentemente su viabilidad es mayor, se enmarca en la pretendida «legalidad vigente», y se presenta como capaz de asegurar una evolución sin conmocio-



nes para el país; es el continuismo juancarlista. Resulta evidente que, momentáneamente, esa salida atrae a un sector del Ejército, especialmente de los altos mandos.

Ya hemos dicho que no es una solución real porque viene marcada de muerte con el signo franquista y el pueblo no aceptará nada que no sea su pleno poder de decisión. No es, en cualquier caso, sino un aplazamiento plagado de peligros de todo tipo, de la verdadera y única solución real.

Y también para el Ejército es muy perjudicial una salida de ese género. En primer lugar, porque mantiene la situación generada con la guerra de hacer del Ejército el sostén fundamental de un régimen impuesto y, de ahí, la continuación del divorcio entre el pueblo y el Ejército, tan negativa para ambos. En segundo término, porque en esas condiciones y en un plazo no largo, si antes no se hace el cambio democrático, se producirán en las Fuerzas Armadas desgarrones irreparables; el Ejército se romperá.

Los militares ultras están contra Juan Carlos. La Unión Militar Democrática ha manifestado ya su posición opuesta claramente a «un rey impuesto» y a favor de la alternativa democrática.

Las detenciones en los últimos tiempos de oficiales, la represión y sanción contra otros muchos, la reciente destitución de buena parte de los miembros del Consejo Supremo de Justicia Militar, dan idea de la medida en que el Régimen está atentando contra la integridad del Ejército. El continuismo agravará aún más las cosas.

La toma de conciencia de lo que el juancarlismo significa para el país y para el Ejército, de las situaciones graves a que puede conducir, facilitará que cada vez mayor número de oficiales, sin descontar a ciertos altos mandos, le nieguen su apoyo y se decidan por la ruptura democrática.

## LA SALIDA DEMOCRÁTICA

Sólo en torno a una solución auténticamente democrática, que no excluya a nadie, se puede agrupar a la ma-

yoría del pueblo y también de los militares. Sólo sobre la base de esa salida se pueden crear las condiciones para resolver los graves problemas que tenemos y afrontar las necesarias transformaciones en todos los aspectos y también, evidentemente, en el militar.

El sector más consciente de oficiales, la Unión Militar Democrática y los que están en torno a ella, lo han entendido así. La solución a sus problemas como profesionales la ven íntimamente ligada a la alternativa democrática; los intereses de la institución a que pertenecen, encuadrados en el interés nacional. Un planteamiento así es susceptible de ser apoyado por el grueso de las Fuerzas Armadas.

En la alternativa democrática el protagonismo corresponde al pueblo. El Ejército, apoyando esa alternativa, contribuiría así decisivamente a que se produzca con la menor violencia posible. El poder ha de pasar a manos del Gobierno Provisional, en el que estén representados todos los sectores y fuerzas sociales, de derecha e izquierda, sin discriminación alguna. El Ejército debe contribuir a establecer el Gobierno Provisional, en el que sería conveniente hubiese una representación suya. El instrumento para el cambio de poder, como propone la Junta Democrática de España, es la Acción Democrática Nacional, mediante la cual los diversos sectores sociales expresarán pacíficamente su voluntad de realizar el cambio, con formas variadas, de acuerdo a las características de cada uno. También las Fuerzas Armadas tienen en ella un papel importante, verdadera tarea patriótica. En primer lugar, confraternizar con el pueblo, en la acción que será expresión multitudinaria y pacífica de la voluntad soberana de éste. En segundo lugar, impedir que ningún grupo, dentro de las Fuerzas Armadas o fuera de ellas, se enfrente al pueblo con las armas y haya derramamiento de sangre.

Con el cambio democrático el Ejército no tiene nada que perder sino todo que ganar. En realidad, sólo en la democracia puede existir un Ejército capaz de cumplir su verdadera misión como tal. Las fuerzas democráticas somos plenamente conscientes de



que, en tanto existan en el mundo las condiciones actuales, es necesaria la existencia de ejércitos nacionales que cumplan la misión de defensa de la independencia y de la soberanía patrias, de la integridad del territorio. De otro lado, ya hemos dicho que el cambio democrático descarta toda idea de revancha y que nadie, tampoco los militares, han de temer represalias por su actividad política anterior. Se trata no de un ajuste de cuentas por responsabilidades pasadas, sino de una verdadera reconciliación entre los españoles. Por eso la primera medida del Gobierno deberá ser la de amnistía general.

## EJERCITO Y DEMOCRACIA

Solamente con la consecución de la democracia se podrá producir la necesaria reconciliación entre el pueblo y el Ejército, se podrá colmar el abismo abierto entre ambos por el golpe de 1936. Solamente entonces, cuando la sociedad civil sea plenamente soberana, el Ejército podrá estar en condiciones de cumplir su función en la defensa nacional y llegar a abandonar la de gendarme del pueblo que le hizo realizar Franco y a la cual le condena inevitablemente el continuismo juancarlista. Como dice en su IDEARIO, «La Unión Militar Democrática... aspira a que las Fuerzas Armadas se pongan exclusivamente al servicio del pueblo, recobrando su prestigio y dignidad.»

Un régimen democrático, fuerte por emanar de la voluntad popular libremente expresada y estar basado en un amplio consenso, podrá hacer del nuestro un país realmente soberano e independiente, podrá desempeñar en el mundo un papel digno, sacándolo de la ignominia en que le ha metido el franquismo. Un régimen así podrá elaborar una política de defensa, una estrategia militar, acorde a las condiciones de nuestro país y a una orientación internacional democráticamente establecida. Podrá poner en pie el Ejército que por su organización, la formación y el papel de sus cuadros, de sus soldados, de su armamento, esté en condiciones de garantizar la defensa nacional.

## EL EJERCITO Y LOS COMUNISTAS

El Partido Comunista de España, asumiendo desde el punto de vista del proletariado la defensa del interés nacional, viene luchando consecuentemente contra el régimen franquista y todo tipo de continuismo, por conquistar la democracia. Con ese fin hemos elaborado nuestra política de reconciliación nacional, de convergencia democrática (pacto para la libertad) y de Huelga Nacional (como instrumento para imponer el cambio). La práctica viene demostrando que nuestra política responde a las realidades y a las necesidades del país.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, consecuentemente con esa política, hemos rechazado toda actitud sectaria o la fácil trampa del antimilitarismo infantil, de considerar en bloque a los militares como fascistas. Hemos pensado, al contrario, que el Ejército, por mucha propaganda a que se le sometiese, por muy aislado que se le mantuviese, no podría dejar de ser sensible a las realidades del país, a los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española; en última instancia, estábamos seguros de que las Fuerzas Armadas, o al menos una parte importante de ellas, no permanecerían insensibles al interés nacional. También hemos sido conscientes de que los militares iban cada vez menos a permitir el rol siniestro que Franco asignó al Ejército; que iban a reaccionar ante el lamentable estado en que, desde todos los puntos de vista —armamento, organización, etc.— se encontraba éste; que iban a ir exigiendo la solución a sus graves problemas como profesionales y viendo poco a poco la relación entre la solución a sus problemas y la necesidad del cambio político; que iban a ir estableciendo, como ocurría con los demás estamentos sociales, la tremenda responsabilidad de Franco y su Régimen.

En esa dirección, de que los oficiales defiendan conscientemente sus intereses como profesionales y como ciudadanos; de apoyo a los soldados; de ganar al Ejército para la alternativa democrática y de acercarlo a la sociedad y a sus problemas; de conseguir



que en ningún momento el Ejército se enfrente en armas contra el pueblo, venimos trabajando con tenacidad.

**Para esta fase, no descartamos incluso, si las fuerzas reaccionarias consiguen retrasar la ruptura democrática, la posibilidad del cambio basado en una acción convergente del pueblo y el Ejército.**

Esta actitud nuestra de hoy hacia las Fuerzas Armadas no es táctica oportunista ni encubre el fin de desintegrarlas que nos atribuye el Régimen. Se encuadra en nuestra estrategia de fondo de socialismo en la democracia.

Nuestra política de vía democrática al socialismo conlleva una manera distinta de situarse ante el problema del Estado y, por tanto, ante el Ejército como parte fundamental del mismo. Ya no se trata en las condiciones de nuestro país de la destrucción pura y simple del viejo aparato del Estado de la burguesía para levantar en su lugar el Estado socialista. Se trata de establecer la hegemonía del proletariado por vía del consenso de la mayoría; de transformar democráticamente el Estado apoyándose en ese consenso hasta conseguir que, por su estructura y su funcionamiento, responda a los intereses de la mayoría, a los intereses del pueblo.

Al mismo tiempo, el socialismo en la democracia es viable en España precisamente porque, en las condiciones de nuestro país, la oficialidad del Ejército es susceptible de ser ganada para el socialismo, al igual que sucede con otros sectores del aparato del Estado, los profesionales y las fuerzas de la cultura. Y ello es así por una serie de factores nuevos: el cambio en el origen de clase de los oficiales, el efecto en su ideología de la formación que necesitan como profesionales, la influencia de las ideas del socialismo a escala mundial, etc.

Lo que no quiere decir que desconozcamos las limitaciones, dificultades y contradicciones que aparecen a la hora de traducir a la práctica este planteamiento genérico.

Hasta ahora, el paso al socialismo se ha hecho siempre mediante el asalto

al poder por la fuerza, en enfrentamiento armado con el poder de la burguesía y, por tanto, con el instrumento de dominación de ésta, el Ejército. De ello resultaba siempre la necesidad de destruir el viejo Ejército y de sustituirlo por un Ejército socialista; partiendo siempre de la base de la necesidad de los Ejércitos nacionales en tanto subsistan las coordenadas del mundo actual. La forma de conquistar el poder por el proletariado ya no es en los países capitalistas avanzados la de la toma del Palacio de Invierno.

En cuanto al Ejército, la vía democrática al socialismo significa su transformación de manera que pueda cumplir eficazmente su función en la defensa nacional, al mismo tiempo que se crean las condiciones para que exista una estrecha articulación entre éste y el pueblo, entre los intereses de ambos. Se trata de hacer del Ejército un baluarte en la defensa del consenso libremente expresado de la mayoría de los españoles.

Esas transformaciones en el Ejército, al igual que la elaboración de una política de defensa habrán de ser debatidas y realizadas democráticamente, con la participación de manera especial de los militares profesionales.

Comenzando a hacer nuestra aportación a ese debate los comunistas hemos elaborado ya, aunque de manera muy general, en nuestro Manifiesto-Programa, las bases que pensamos deberían presidir una política de defensa en la fase de democracia política y económica, hacia el socialismo. Y pensamos en lo inmediato desarrollar esa elaboración.

Necesitamos también profundizar la reflexión teórica en torno a los problemas de las Fuerzas Armadas, tratando de ir cubriendo el importante vacío que el marxismo tiene aún en ese campo.

Y todo ello hay que hacerlo sin descuidar lo más mínimo el trabajo práctico, que debe ser obra de todo el Partido junto con las demás fuerzas democráticas, para acercar pueblo y Ejército, para conseguir el apoyo decidido de éste a la revolución política que España necesita con urgencia.



# Los que no hicimos la guerra...

Hicieron un desierto y lo llamaron paz.

Tácito

**T**ODO parece indicar que salimos de una amortecida atmósfera, la que enrarecieron casi cuarenta años de terca y sangrienta dictadura. La muerte biológica —porque históricamente el dictador murió al iniciar su irracional designio de conservación social— esa muerte, de modo paradójico, no ha llegado con su acostumbrado cortejo de hedores; paradójicamente, el cuerpo putrefacto, diríase, ha arrastrado consigo los más nausebundos miasmas que sembrara en vida. También en esto se esclarece el carácter antinacional de la empresa francofascista porque detenido en la muerte ese corazón, laten de nuevo calles y regiones, y con más fuerza. Como si aquel cuerpo, mientras estuvo en pie, se hubiera alimentado de la sangre de todos. Bien puede aquí decirse el refrán popular «muerto el perro se ababó la rabia», matizándolo, es cierto, porque aún subsisten las secuelas. Parece no obstante que España, **casi toda**, haya tirado a un barranco de olvido y esperanzado desprecio la in-noble forma que gravitó sobre ella; forma de muerte. No en vano el franquismo definía su futuro como **continuación, continuismo**, repetición eter-

na del pasado, manifestando en ello su radical esencia deletérea porque sólo el cadáver será mañana lo que hoy; sólo él ignora el movimiento; también para el cadáver el futuro es simplemente el ayer. Quiso dejarlo todo «atado y bien atado», como se ata, apretando, un cuerpo en el garrote.

Sabemos muy bien que el futuro no existe sino en la tensión del hoy; que el presente no es más que la presión de la vida que, condensada en actos, engendra el tiempo. Por eso no queremos entregarnos a una morosa evocación de lo que fue, ya que todas las fuerzas ahora deben orientarse a provocar un nacimiento, a suscitar el brote y la sazón de lo que en España **no existe sino en la forma de oposición y lucha**. No queremos evocar —que los muertos entierren a sus muertos— pero sí **conocer**, saber lo que ha sido; elevar a reflexión la materia del recuerdo, borrando el recuerdo, para que quede la sustancia del pensamiento; captar el sentido de los hechos, generalizarlos, interpretarlos. Sólo cuando el pasado se eleva a conciencia (no a evocación), cuando lo que **es**, acoge en su proyecto actual la masa inerte de lo que fue, tanto el



proyecto como la evocación empiezan a ser reales; porque el fantasma, en tanto que sabido, es primero olvidado, y ensancha luego el presente, lo fortifica para que se adentre en lo que aún no existe y lo produzca más densamente. No habrá, pues, aquí evocación, sino recuerdo activo; los estadios anteriores el individuo los contempla sin quedarse en ellos; los ve como «figuras arrumbadas y etapas de un camino». Por ello el núcleo de la rememoración es la tensión del presente en marcha, el rodeo que el hoy hace por el ayer, para mejor ser su hoy.

**Q**UE ha sido para nosotros, —que ni hicimos la guerra ni nacimos durante la «paz» desértica de los años de paz, o de los lustros de «victoria» como puntualizó Dom Escarré— ese período de la «gracia de Dios» y del poder omnímodo? Mejor, ¿cómo en esos espacios, y por qué, levantamos primero una oscura repulsa y más tarde pasamos a una lucha que hoy está culminando y desemboca?

En la Castilla de los «burgos podridos» algunos de nosotros, vástagos de los vencedores, vivimos los primeros meses de guerra en un confuso sobresalto: aún hoy es difícil definir la naturaleza de aquella agitación. Eran años de «heroísmo positivo», de tráfico incesante, calles acicaladas con colgaduras, hormigueantes de zaraüelles. La burguesía se exaltaba y segregaba ramplones ensueños de regeneración. Nosotros, enrolados en la O.J. desfilábamos con fusiles de palo y cascos de cartón. ¿Qué sentido tenía la guerra? Las explicaciones que por aquel entonces se nos daban nunca fueron más allá del insulto, de la denigración: «Azaña homosexual, Casares sadomasoquista». Hoy se desvela el significado profundo de aquellas «explicaciones»: un pánico palurdo a cualquier cambio, un terror agresivo, la intolerancia destructora que arran-

caba de cuajo lo diferente. No había en todas aquellas elucubraciones justificativas nada que pudiese llamarse «pensamiento». En lo que concernía al otro bando ...ni siquiera era un bando, una facción, una parcela. La personalidad autoritaria y el fascismo (Adorno) perciben al «otro» no propiamente como «otro», sino en tanto que «mal absoluto»; en él proyectan, lo que en sí rechazan. Por eso el adversario no es exactamente adversario ni pertenece al mismo género o a idéntica especie; es «untermensch», infra hombre; peor aún: es **ROJO**. «Rojo» es el contenido de una sensación ocular; detrás de esa propiedad no se designa una sustancia (hombre, español) que la soporte. Así se borra su sustrato y se disuelve todo posible fundamento de identificación. «Rojo» es, por un lado «cosa» o «inorgánico»; como tal no es sede de derechos; por otro es caracterización «física» no política; vibra ante el ojo, no ante el pensamiento. La guerra así se vaciaba de sentido; no era la última «ratio» en un proceso político-social, ni el choque de dos opciones, de dos mundos; era más bien el enfrentamiento entre un **mundo** y un **in-mundo** sin localización histórica, sin lugar alguno en la esfera de lo humano. No era guerra; podía ser «cruzada». Ni siquiera contra el infiel; contra un NO simplemente. Un NO indeterminado. La guerra, paradójicamente, se justificaba sin justificación; era un cataclismo en que se hacían frente el SI absoluto y el NO. Lógica que llevada a culminación grotesca —ya en un plano de reflexión más inmediata— tenía que afirmar que España luchaba con la Anti-España o con algo venido del «frío», del exterior absoluto.

La colérica irracionalidad fascista, tras haber eliminado todo posible interrogante, pretendía a sus ratos articular un lenguaje que no fuera de puros monosílabos o de insultantes interjecciones. Hablaba entonces jergonza: los 27 puntos de la Falange. Hoy recuerdo que aquellos enunciados



me producían la impresión de mascar, no palabras, sino una materia viscosa de significación opaca. Eran presencias fónicas de concepto arcano. Ya entonces los asimilaba a experiencias vividas en el confesionario: en la sombra, una voz desgrana una melopea amodorrada que apenas se entiende.

Todo se había simplificado y España era un magma compacto; ser sin pensar, mundo mudo y pesado, sofocante. Estábamos hundidos en una realidad maciza y pegajosa como la siesta; ni interrogantes ni dudas. La prensa era más bien un cartelón de plegarias. Los discursos del «campidoctor» (doctor en campañas, nuevo Cid) diseñaban «destino», invocaban «ejecutorias», contaban toneladas de garbanzos y conjuraban el espíritu de aquellos monarcas que con lucidez expulsaron al pueblo «deicida» (discurso de final del año, 1940). La masa indisociada, totalizada, de la sociedad española escalaba cumbres imperiales. Eruditos de pan y ajo celebridades de parroquia, cubrían de sarcasmos el gran «engañabobos», novedoso y frívolo novelero, Picasso se entiende. Era el triunfo total y aplastante de lo que «siempre ha sido». Un cielo cargado de tradición nos cubría, y el tiempo se había detenido, o agotado. Paradójicamente, para siempre. Los años se iban y retornaban en ciclos incambiables. Y en el centro del mundo sólo una voz, sólo un proyecto: la pirámide jerárquica, la autoridad. Todo se resumía en dos conceptos: mando y genuflexión.

**P**ERO aquel universo positivo y sin huecos rezumaba su escondido secreto: brutalidad e hipocresía. El choque era inmediato apenas afloraba la curiosidad, reprimida en el acto, sin miramientos y con gesticulación trágica; como si un simple interrogante rompiera, sacrílego, el velo que cubre las sagradas evidencias. En el Colegio

provinciano confiscaban las Afinidades Electivas y el teatro de Esquilo. Las mentes habían de forjarse en los libros de texto y en los azucarados e insípidos devocionarios. El interés por la filosofía trascendental era objeto de averiguación y pesquisa; Kant, corifeo del ateísmo moderno, ponzoña de costumbres (es bien sabido); irreconciliable adversario de la fe, quien en el prólogo a la gran Crítica con tanta nitidez ha expuesto sus objetivos últimos: «Tenía, pues, que suprimir (aufheben) el saber, para dejarle espacio a la creencia (un sum Glau-ben Platz zu be kommen)». Por primera vez oí entonces equiparar «inteligencia» y «corrupción y peligro».

La realidad maciza del ser totalitario e inmóvil expulsaba de sí o estrangulaba la sinuosa espiral ligera del pensamiento. Principios y normas de determinada tradición centenaria volvían con el ciclo de los tiempos: más tarde he leído los documentos del proceso contra Fray Luis de León, y en cartas y papeles reconocí actitudes, métodos y hasta expresiones oídas en los consejos de disciplina o de familia. La España que se decía «bastión del espíritu», «baluarte frente al materialismo marxista» no sólo acosaba a los intelectuales en carne y hueso; urgaba en los recovecos de las mentes, en las correspondencias censuradas, husmeando la presencia evanescente del «maligno»: el «pensamiento». Vi entonces romper, en aras de las sanas costumbres, el **Discurso del método**. ¿Delirios de ignorancia? No; algo más sutil y ponzoñoso. No se trataba de simple cerrazón, incompreensión puramente negativa e inerte; había en todo aquello una lúcida voluntad de regreso a la caverna, y una plena conciencia de que duda y reflexión y pregunta estaban aún calientes bajo la ceniza. Era una deliberada voluntad de no saber y de que nadie supiera. Por ello no les bastaba la ingenua plegaria del que ignora o se arrodilla ante lo hermético, del que adhiere a su ignorancia, sin



distanciarse ni conocerla. Ellos sí la sabían; la afirmaban; desesperadamente la imponían. Era un oscurantismo militante y sagazmente represivo.

No se sofoca el espíritu sin atentar también contra la carne. Así como la intolerancia es consciente de la «verdad peligrosa» que anida en lo que sofoca, así la prohibición sexual va acompañada de un deseo no suprimido, sino sólo entendido (y amado) como **mancha**. Los fascista-anacoretas tenían el sexo en coto cerrado. Prostituido entre cortinas, podían refocilarse en una carne despreciada achacosos adultos, los mismos que alumbraban en procesiones y en los años del hambre chalaneaban con harina y chatarra. Se anudaban represión del espíritu y del cuerpo, y también —por antítesis— las demandas de un pensamiento abierto y de una piel dignificada y desnuda.

Así es como en nosotros plasmaba una repulsa de doble vertiente; doble como la autoridad clerical-fascista; una reivindicación que exigía libertad y presente; que rechazaba una tradición momificada, corrompida, compendio apenas de fórmulas huera.

Había entonces una esperanza; yo, al menos, la acaricié unos meses. En el reducto universitario imaginé podría hallar una comunidad pensante que se aventurase en lo no dado, ni dicho ni sabido, que horadase de algún modo la cárcel asfixiante. Algunos, en efecto, cultivaban el jardín de Epicuro, y el simple contacto con la «conversación» libre platónica o con la fresca plástica de Homero abrió de par en par un universo claro y sin pecado, fluido y en perpetuo movimiento, lanzado a «Más allá» o anclado en luminosidad. El «primer motor», ¡por fin!, no era un «padre eterno». ¡Corta luna de miel! Había algo mezquino en aquella erudición que, provinciana, se figuraba tanto más vasta cuanto más alejada de las realidades «globales». Encogidos y timoratos universitarios

que, a fuerza de retirarse a pretendidas alturas y rigores, se convertían en impotentes monjes laicos. La inteligencia provinciana tenía —y tiene— a honor y galardón ignorarlo todo en materia política, «mundana». De manera inconsciente reproducían en su supuesto mundo aislado las estructuras imperantes en las tinieblas exteriores; aquí también lo esotérico era simple inversión de lo exotérico. A la brutal realidad sin pensamiento, le hacía frente un pensamiento sin realidad; a la materia informe, la forma sin materia. Pensamiento desvinculado que, en nombre de su autonomía y altura, rechazaba cualquier compromiso, todo «engagement» limitativo y concreto. Pero en ello mismo se perdía como pensamiento auténtico porque sin sustancia y sin raíz, sin incidencia en el curso histórico, dejaba propiamente de pensar para convertirse en un espectro de saber sin más contenido ni meta que las «oposiciones». El radicalismo (ni eso) intelectual aislado concluía su farsa en una carrera por el escalafón burocrático. Era, en efecto, la universidad una modalidad de la sustancia burocrática general; como ésta, era sólo «el formalismo de un contenido que yacía fuera de ella» (Marx). Por eso fácilmente perdió su virginidad política: cuando en 1948 ó 49 Franco fue investido «doctor honoris causa» de la Universidad de Salamanca sólo un biólogo, Galán, se negó a asistir al siniestro aquelarre.

No era, pues, aquel «más allá», paliducho y miope lo que nosotros buscábamos. Queríamos el movimiento del concepto y la apertura dinámica, dialéctica, pero también deseábamos que **el avance racional trastornase los equilibrios históricos** en que estábamos hundidos. Los melindres latinos no bastaban. En cierta manera y sin saberlo hacíamos nuestra la demanda de Kierkegaard: «**conviene que los pensadores sean hombres**». Por eso huimos de la menuda e interiormente satisfecha inteligentzia universitaria.



**C**OMENZO entonces una búsqueda turbia: la de un saber libre y comprometido. Ello implicaba escapar al reducto aséptico y entrar en las antiacadémicas regiones de la calle. Fue un difícil, peligroso periplo.

Creo que entonces, lejos de la provincia protectora, conocí por vez primera bajos fondos de sordidez y miseria, la otra cara y el reverso del orden: un hormiguero de desarraigados y cesantes, de oscuros inhabilitados y silenciosos perseguidos políticos; flujos y mareas de la explotación brutal, de una acelerada acumulación del capital. Madrid paleta del smoking y de la reventa de los tiques de metro. Nos llegaron a las manos productos heteróclitos: el teatro de O'Neil, la **Peste** de Camus, **El concepto de la angustia** de Kierkegaard. Fueron revelaciones. Aunque en modos distintos habían en todos ellos formas y pensamientos que, como gritos de cólera, rompían la clasicidad armoniosa e inerte. Obras de patética rebelión, en las que la razón y el instinto poético chocaban contra la pared de lo absurdo y del dolor humano, levantando una ardiente protesta.

Fue central en aquel período la noción de «engagement». Le dábamos la vuelta a la evidencia cartesiana: existo, luego pienso. Sólo un pensar que **es**, es propiamente un pensar. La reflexión es flexión de lo que existe, retorno sobre sí, para elevarse a idea en el momento mismo en que se despliega viviente. Pensar en ese sentido, es **conciencia del acto**, y sólo una realidad activa y dinámica puede ser, a la vez, raíz y contenido del concepto. Para nosotros, ya entonces, la cuestión de **la verdad** era la de **lo verdadero**. Dicho de otra manera: el destino de la idea es su realización. Pero para ello el ideal habría de tener carne.

Más tarde lo leeríamos en Marx: «no basta que el concepto tienda a la realidad; la realidad debe tender hacia el concepto»; y en fórmula menos abstracta: «la filosofía tiene en el proletariado sus armas materiales; el proletariado en la filosofía sus armas ideales». El primitivo «engagement» de carácter ético devenía enraizamiento en la historia y en la política. La reivindicación de una **verdad existente** desembocaba en el proceso dialéctico de **la verdad pariéndose en la lucha de clases**.

El resto ya era claro. Buscábamos una zona del mundo en la que el pensamiento tuviese pies y manos; pies y manos pensantes. Ibamos casi sin saberlo hacia la clase que era negación de la realidad mentida y de la verdad sólo pensada. Todo esto ocurría al principio de los años cincuenta. En el 56 se produjeron grandes luchas obreras y universitarias.

De entonces acá ha corrido agua bajo los puentes. Muchas de las antiguas certidumbres se han desplomado al calor de nuestra propia auto-crítica. Pero entre tantos escombros hay algo que sigue en pie: el proyecto de darle cuerpo e inscribir a nivel mundo las promesas y contenidos de la filosofía; la seguridad y certeza de que la verdad no es sino el hombre hecho verdadero de que el proceso dialéctico es ante todo combate y negación histórica; conciencia plena de que la emergencia de lo racional es parto de lo real; **de que el espíritu, en tanto que crítica y negación, coincide con la clase que niega la propiedad privada**. En medio de tantas brumas e incertidumbres aferramos con fuerza la última tesis acerca de Feuerbach: «los filósofos no han hecho más que interpretar de modos diferentes el mundo; pero se trata de cambiarlo».



# Acentuación de la línea "bunkerista" en política económica



La economía española atraviesa uno de los momentos más críticos que jamás haya conocido. Las características más acusadas y, asimismo, más graves de la situación pueden resumirse en lo siguiente: Fuerte disminución del ritmo de actividad económica y, sobre todo, intenso descenso de la producción industrial y muy bajos niveles de utilización de la capacidad productiva. Inflación galopante que sitúa a España, en los doce meses terminados a fin de septiembre, en cuarto lugar, con un 17,3%, en el conjunto de la OCDE, cuya tasa es de 1,4% en los mismos doce meses. Sensible incremento del **paro** y disminución de las horas trabajadas. Deterioro creciente de la balanza comercial, aunque no se refleje plenamente en la cuenta corriente debido al intensificado endeudamiento exterior. Por otra parte, no se prevé la ansiada recuperación, sino más bien una acentuación de la situación recesiva.

Ante este grave momento se hacía sentir, cada vez con mayor intensidad, la necesidad de adoptar medidas urgentes que sacaran la economía de la crisis y la encauzaran por la senda de la reactivación y el desarrollo. Pero, al abordar los problemas coyunturales no pueden soslayarse los de carácter estructural, ni las transformaciones políticas de la sociedad, que en definitiva condicionan el desenvolvimiento económico interno.

El Consejo de Ministros celebrado el 15 de noviembre, bajo la presidencia de Juan Carlos, aprobó un «paquete» de medidas económicas que acentúan el «bunkerismo» en política económica. Grave es la responsabilidad de Juan Carlos, al hacer suya la política económica que preconizan los grupos más reaccionarios del capitalismo monopolista y que tan graves perjuicios ha de causar al país.

Las medidas han sido presentadas a la opinión pública de manera **engañosa**. Son significativas las palabras del ministro de Trabajo que afirman que les «**preocupaba más mantener los puestos de trabajo que atender a las reivindicaciones salariales**», cuando con otra política podrían conseguirse ambos objetivos.

Cabello de Alba de forma explícita ha declarado que «**debemos continuar la política definida el pasado abril**», que era de contenido estabilizador y ha reafirmado esta línea al presentar los presupuestos al afirmar que «**lo que demanda la economía española en estos momentos es un plan de estabilización**», subrayando la toma de posición «**bunkerista**»: «Una reactivación general e inmediata sería suicida».



En esta línea se ratifica el mantenimiento de los topes salariales establecidos en el mes de abril, pero permitiendo a las empresas variar los aumentos salariales entre las diversas categorías de asalariados, mientras el incremento global no supere el tope fijado. Con ello se pretende introducir un elemento de división y de discordia entre los propios trabajadores, que no tienen por qué cargar con una obligación que, corresponde a la propia empresa, pues es ella la que los explota. La contención salarial, que provoca tomas de posición contrarias incluso por los propios Consejos de Trabajadores, no podrá ser aplicada, si como muestran anteriores experiencias los obreros mantienen la unidad y combatividad necesarias para imponer salarios por encima de lo decidido arbitrariamente por el Gobierno.

Esta normativa afecta a los campesinos a los cuales se les fijan precios no rentables sin ni siquiera consultarles y a la chita callando están suprimiendo las primas y subvenciones a las producciones destinadas al mercado interior.

Más hondas repercusiones van a tener las subidas de precios, totalmente desmesuradas, que van desde los productos petrolíferos, pasando por la electricidad, el gas, el butano, los transportes por carretera de carga y de pasajeros, de los alquileres y se espera la del tren, transportes urbanos y un larguísimo etcétera. El aumento de los productos petrolíferos habría podido evitarse, pues el aumento de los crudos afecta sólo en 40 céntimos el litro y, además, se compensa parcialmente con el descenso de los fletes marítimos. El objetivo del aumento es incrementar los ingresos de la renta del monopolio. En cuanto a las tarifas eléctricas la incidencia del aumento de los crudos es mínima, pero con este pretexto lo que se pretende es hacer financiar una parte substancial de las inversiones del sector eléctrico a los consumidores. Ahora, bien, aumentos de las tarifas eléctricas del 18-20% para usos comerciales e industriales y del gas en un 25% para usos industriales desencadenarán efectos multiplicadores que se traducirán en sucesivas alzas de precios. A ello hay que añadir las repercusiones en la agricultura y pesca y la entrada en vigor a primeros de año de los nuevos impuestos municipales previstos en la reciente Ley de Régimen Local. No cabe duda, que el impacto global de las medidas que acabamos de reseñar es eminentemente restrictivo.

Se han dictado una serie de medidas de fomento de la inversión que, además de una financiación oficial a largo plazo y bajo interés, concede otros beneficios fiscales tales como amortización acelerada, reducción del impuesto sobre la renta del capital, expropiación forzosa, etc. Se conceden beneficios a las ampliaciones de capital, emitiendo acciones hasta un 30% completamente gratuito, estando estas operaciones desde ahora exentas de los tributos que les afecten.

Los 100.000 millones de pts que se destinan a relanzar la construcción de viviendas no deben engañar a nadie. Esa suma se divide en tres años. Por otra parte, el plazo de maduración entre la aprobación del Decreto-Ley y la colocación de los cimientos de las casas es suficientemente largo para que sus efectos se retrasen. Pero lo más importante consiste en que la mayor parte de la financiación ya está incluida en las asigna-



ciones presupuestarias y de crédito oficial normales de cada año. La financiación «nueva» es realmente insignificante.

Además de lo dicho, debe agregarse que para que la inversión diera sus frutos haría falta modificar el clima político y social, mejorar las expectativas económicas de futuro, lo que no es previsible hasta que no se perciba una línea clara y definida de auténtica democratización. Por ello, estas medidas, que pretenden como objetivo fundamental reducir el consumo, el clásico apretarse el cinturón, de las amplias masas para el trasvase forzoso a los sectores preferentes del capitalismo, monopolista, no pueden promover una reactivación, por el contrario, lo más previsible es que se incremente el paro, que desde abril ha aumentado en un 18%, y que se intensifique la inflación.

En el modo de producción capitalista no se produce por capricho, sino para vender y obtener beneficio. Todos los escalones de la producción dependen en definitiva del volumen del consumo final. Si éste no crece de forma que pueda absorber los incrementos de producción, se acumulan «stocks», se contrae la producción y se desencadena la crisis, porque, si nadie compra, la producción se hace innecesaria. Consecuentemente, baja la utilización de la capacidad productiva, pero los gastos generales y de personal, a precios constantes, no disminuyen en la misma proporción que la producción. Los costes unitarios aumentan de hecho y se trasladan al producto.

Para salir de la presente situación la reactivación económica es una necesidad política urgente. La reactivación, al promover un mayor grado de utilización de la capacidad productiva, disminuye los costes unitarios del producto. No es, por tanto, en estos momentos un factor inflacionista de costes, sino todo lo contrario.

Cabe preguntarse, si es posible una reactivación ahora. La respuesta es positiva. Puede conseguirse a través de un incremento del consumo personal y de inversiones que tengan eminentemente un carácter social y que no lancen nuevas mercancías al mercado interior, que éste no podría absorber y que agravarían la crisis de superproducción.

Las medidas más urgentes consistirían en establecer inmediatamente, y no para primeros de abril, el nuevo salario mínimo, que debería transformarse en **suficiente** para poder cubrir las necesidades familiares. Aplicar a todos los salarios, sueldos de funcionarios, militares y pensiones de los jubilados un aumento automático equivalente al encarecimiento de la vida desde la última elevación de sus ingresos, a cuenta de lo que se estipule en los convenios o acuerdos. Desgravar los ingresos de los trabajadores y campesinos que no excedan de las necesidades normales de una familia. Desgravar los pequeños ahorros de impuestos y compensarles la pérdida del valor de su dinero.

Promocionar un amplio plan de construcción de escuelas, jardines de infancia, parvularios, hospitales, casas de maternidad, etc. que cubran los déficits existentes. Mejora de los equipamientos urbanos y rurales. Desarrollo de un plan de viviendas sociales, sobre la base de que la casa sea para



el que la habita y que los préstamos, por plazos de 20 y más años, a módico interés, se concedan a los necesitados de vivienda y no a los promotores, que en muchos casos mantienen las casas vacías con fines especulativos.

Las inversiones productivas deberían orientarse fundamentalmente hacia la construcción de nuevas plantas fabriles, que en su primera fase exigen mucha mano de obra, materiales y maquinaria. En estos momentos, no es aconsejable estimular con financiación oficial la simple renovación de utillaje, pues significa lanzar más producción a un mercado que no va a absorberla, mientras se mantiene una capacidad de producción ociosa y a la vez condenar al paro a numerosos obreros.

Debería aprovecharse esta situación para favorecer una serie de producciones agrícolas y ganaderas deficitarias, estimular la mecanización de las explotaciones, impulsar el ragadío, la repoblación forestal, el saneamiento del Delta del Ebro, la mejora de carreteras y caminos rurales.

Se podría combatir el desempleo mediante la reducción de la jornada semanal de trabajo, dejándola en 40 horas, sin disminución del salario real, la supresión del pluriempleo y horas extra, mientras haya obreros en paro. Establecer un seguro de paro suficiente y que abarque a todos los parados sin excepción, incluidos los jóvenes que están en edad de trabajo y no encuentran colocación.

Todas esas medidas deberían acompañarse de una auténtica reforma fiscal que grave con escala progresiva las altas rentas y patrimonios de las personas físicas y los superbeneicios de las empresas.

Estas medidas no estimularían la inflación de costes, pues si bien se mejorarían substancialmente las bajas rentas, se compensarían con la disminución de los costos unitarios que promovería la reactivación y el impulso económico general que escalonadamente se promovería. Si el Banco de España en septiembre-octubre ha invertido a la chita callando 20.000 millones de pesetas para sostener las cotizaciones de los valores en Bolsa, bien merece un sacrificio mejorar las condiciones materiales de los hombres más modestos y sacar la economía de la profunda crisis en que se halla sumida.

Naturalmente, esto no puede lograrse con una política económica de acentuado carácter «bunkerista». Pero, para que sea factible aplicar otra política que responda a los verdaderos intereses del país, es imprescindible un cambio político, que rompa con la política de sumisión del país a los intereses de los grupos más reaccionarios del capitalismo monopolista. El refrendo juancarlista a la política económica «bunkerista», en el momento en que el tirano daba sus últimos suspiros, evidencia que no se vislumbra una política diferente a la del «continuismo». Para salir de la crisis, combatir el paro y la inflación no hay más camino que la ruptura democrática. A conseguirla debemos dedicar nuestros mejores afanes y nuestra participación activa.

**XX**



## *El 80 aniversario de Dolores Ibárruri*

---

### **UNA VIDA PARA UN PUEBLO, PARA UN COMBATE Y UN IDEAL**

El 14 de diciembre de 1975 celebramos en Roma —veinte mil personas, de las cuales cerca de dos millares de españoles— el ochenta aniversario de Dolores. Nació la presidenta de nuestro partido el 9 de diciembre de 1895, en la vizcaína localidad minera de Gallarta. «Nieta, hija, hermana y mujer de mineros» —recuerda ella misma— en una época y en un lugar en los que la vida de aquellos era «como un pozo profundo sin horizontes, sin perspectivas, adonde no llegaba el sol, y que a veces se iluminaba trágicamente con los sangrientos resplandores de la lucha que brotaba en llamadas de violencia, cuando la capacidad de resistencia al trato brutal llegaba a los límites de lo humanamente soportable» (1).

En Roma —precisaría Santiago Carrillo— «porque aunque Franco está muerto y enterrado, el franquismo no lo está todavía. Aún tenemos que darle fin. ¡Mientras Dolores Ibárruri no pueda hablar libremente en Madrid,

eso querrá decir que el franquismo no ha desaparecido!». En Roma, pero ya en víspera próxima de Madrid, en un momento en el que Dolores tiene «las maletas prestas» para el retorno al suelo físico del que fue arrancada en marzo de 1939.

Y en Roma, como en Ginebra y Montreuil, como muchísimos años antes en Toulouse (1947), como en 1936-1939 en España, asistimos —participamos más exactamente— a uno de esos excepcionales instantes plásticos y emotivos de fusión orador-auditorio, de personalidad-masa, podría decirse apurando más, puesto que, a partir de la plena madurez de la vida y la conducta de Dolores, la fusión precede incluso a la palabra. Esta no hace más que darle expresión concreta.

¿Misticismo revolucionario? ¿Condicionamiento psicológico creado por la leyenda y la propaganda? Algunos se lo preguntan y hasta lo afirman. ¡Que me disculpen si califico de bobas sus «búsquedas»! Lo que Pasionaria materializa, hace historia y vida, son sesenta años de la vida y la historia de la clase obrera y los pueblos de

(1) «EL UNICO CAMINO» (Dolores Ibárruri).

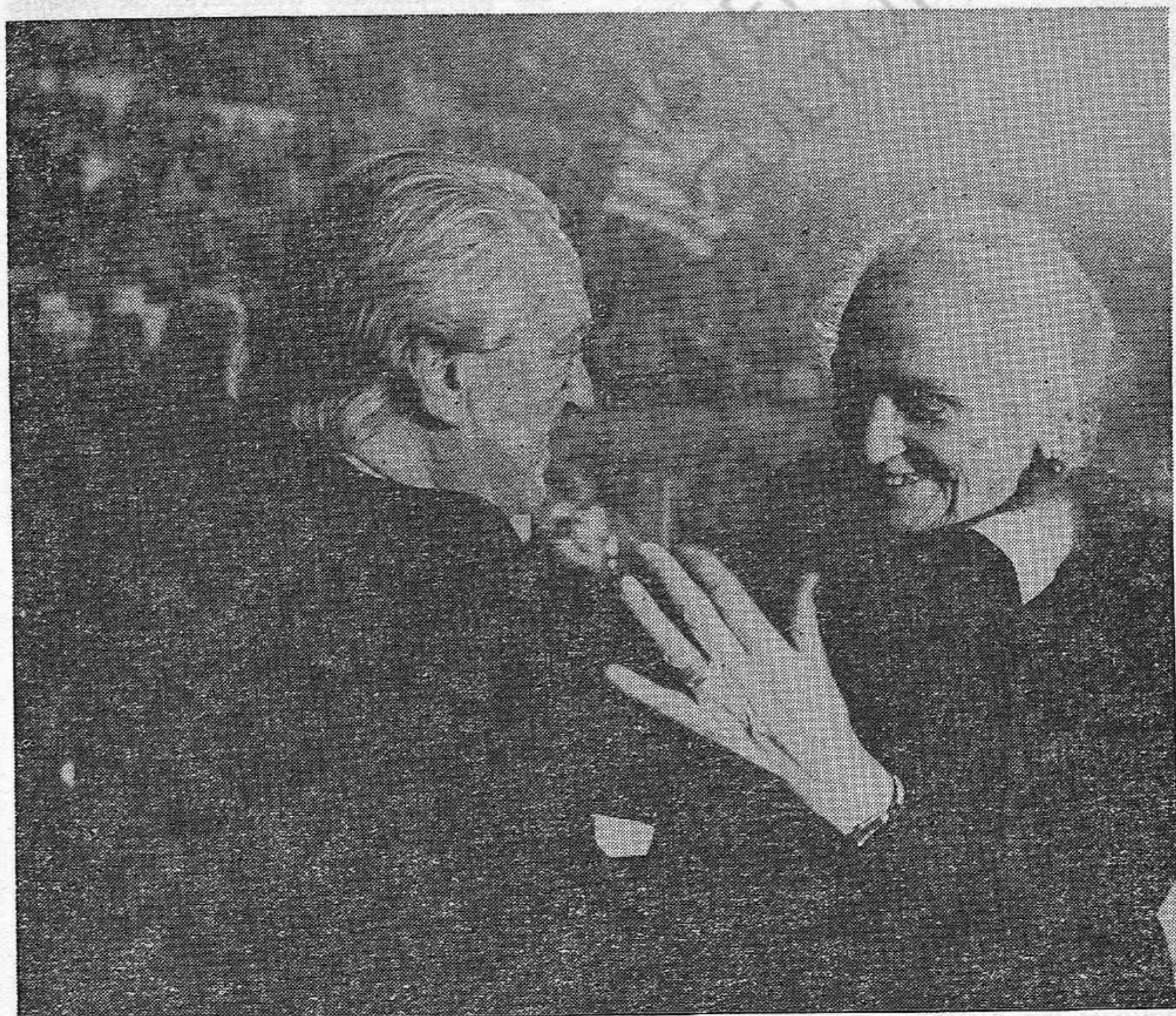


España. Entre 1917 (huelga revolucionaria en España y Revolución de Octubre en Rusia) a 1976 transcurre un proceso, aún inacabado, de combate por la conquista de las libertades democráticas y la emancipación de los trabajadores, proceso dramático en el que la clase obrera, primero, los intelectuales y otras fuerzas de la cultura, después, adquieren conciencia de que emancipación y libertades tienen una meta de llegada y un punto de arranque: el socialismo. Proceso dramático interpretado por las generaciones que se han sucedido entre esas dos fechas: 1917-1976.

Precisemos para los meticulosos. No quiero decir que todos los trabajadores españoles en esos 60 años de historia

han hecho suya la causa del socialismo. Pero sí aquéllos que han adquirido conciencia de que su explotación no es individual, no deriva del fatal triunfo del «mal» sobre el «bien», sino que es de clase y tiene su fin en la abolición de la sociedad de clases, a través de la lucha de clases. En España, gran parte de esos trabajadores son comunistas —organizados o no— o sienten que el Partido Comunista de España es, en definitiva, su representante. Porque, particularmente a partir de 1936, lo han vivido «de padres a hijos» —como antes en los oficios—. Y de padres a hijos lo han vivido con Pasiónaria.

La **personalidad** se ha forjado en este caso en el transcurso de sesenta



*Dolores Ibárruri y Rafael Alberti se encuentran en el mitin de Roma*



años de vida y combates comunes. ¿Qué joven trabajador revolucionario no haría suya hoy esta conclusión de Dolores en «El único camino» (p. 53)?: **«Como un poso amargo iba sedimentándose en mi alma de adolescente un sentimiento de rabia desesperada, instintiva, contra todo y contra todos (en mi casa me consideraban indomable), sentimiento de rebeldía que más tarde se haría conciencia».**

¿No es por ahí —sin que eso sea ni mucho menos todo— por dónde habría que comenzar a buscar la explicación racional de esa fusión personalidad-masa (dirigente-pueblo), que una vez más veíamos materializarse en el mitin de Roma? Y que se producía con un pueblo que en ese momento no era más que un diez por ciento español. Y que la entendía, la «sentía», aun hablándole en una lengua que no era la suya. Y que la entendía quedó mostrado en que las ovaciones con que fue cortando su oración surgían en momentos plenamente justificados.

He aquí una **personalidad** que no envejece; una personalidad que grandes multitudes identifican con la lucha del pueblo español y con la causa del socialismo. ¿La heroína y tribuna de la guerra antifascista? Sí. Pero más. La «Pasionaria» de 1936-1939 recibía en Roma el homenaje de los combatientes españoles e internacionales de aquellos años. El presidente del Partido Comunista italiano, camarada Luigi Longo —el comisario Gallo de nuestra guerra— se lo dijo en estos términos: **«Quiero traer a esta gran manifestación el saludo de los garibaldinos de España y de aquellos de Italia».** El saludo a Pasionaria, **«toda espíritu de sacrificio, toda modestia, toda fuerza revolucionaria (que) fue la bandera, la voz más alta y noble de aquella batalla».**

Y al tiempo, recibía el homenaje de los combatientes de ayer y de hoy a la combatiente de ayer y de hoy. Dolores Ibárruri, a los 80 años, no es una gloria del pasado, una **antigua combatiente**. La conexión con las nuevas generaciones no se ha establecido en el descubrimiento por éstas de la historia de la guerra sino en el curso de la lucha del Partido Comunista contra la dictadura fascista. Toda la política

del partido en las últimas décadas ha ido siendo elaborada con la participación activa de Dolores, no sólo en el debate y la decisión en los órganos de dirección, sino también en la tribuna y la prensa. (Incluso en la calle, añadiría yo, pensando en el incidente provocado hará unos dos años en Moscú por un grupo de irresponsables, en apoyo de su postura escisionista).

En el acto de Roma, Dolores dijo: **«Con toda la fuerza de mis convicciones comunistas, yo llamo a la Reconciliación nacional que ponga fin al estado de excepción y de división que la guerra y la dictadura franquista, levantándose sobre un millón de muertos, impuso a nuestro país».** Lo había dicho ya, con todo el partido, muchos años antes. El intento de algunas gentes de «utilizar» a Dolores, de especular con supuestas diferencias entre ella y el resto de la dirección del partido, de identificar en ella una «ortodoxia» vuelta de espaldas al presente nacional e internacional, en contraste con la línea general del partido, de los **nuevos enfoques** dados por el partido a los problemas de España y del socialismo a escala internacional, solo pudo albergar en cabezas que ignoraban totalmente que el **«sentimiento de rebeldía»** hecho conciencia de que Dolores nos habla, refiriéndose a su adolescencia, continúa siendo el rasgo más profundo de su personalidad. De tal forma que las nuevas generaciones **rebeldes y conscientes** que vienen al partido en los últimos años, y los revolucionarios que sin estar en el partido hacen suya su política, o incluso desde posiciones críticas se acercan a ella, tienen que enjuiciar a Dolores Ibárruri no sólo como figura histórica sino como dirigente político de hoy, responsable de sus posturas de hoy. De ahí que a la carga emotiva —indiscutible— del contacto con ella, al impacto en el público que la escucha de su figura y su palabra, se una compenetración consciente con el contenido de esa palabra.

Cuando Dolores habla en Roma de **«la España postfranquista a la que nos aproximamos»**, precisa no se trata de **«un retorno a 1931, ni tampoco a 1936 —ya que no es posible hacer retroceder la historia—, sino (de) un régimen democrático que corresponda al mun-**



do de hoy y a los cambios políticos que comienzan a tomar cuerpo en la entraña de nuestro país».

La frescura y juventud de su pensamiento político explican que su **presidencia** en el Partido no tenga un carácter formal, **honorífico**; sea real y activa. Y ello no en período de cielo sereno sino en plena época de tempestades, de debates polémicos, de creación marxista a fin de fijar la estrategia y la táctica, tanto nacional como internacional, del partido.

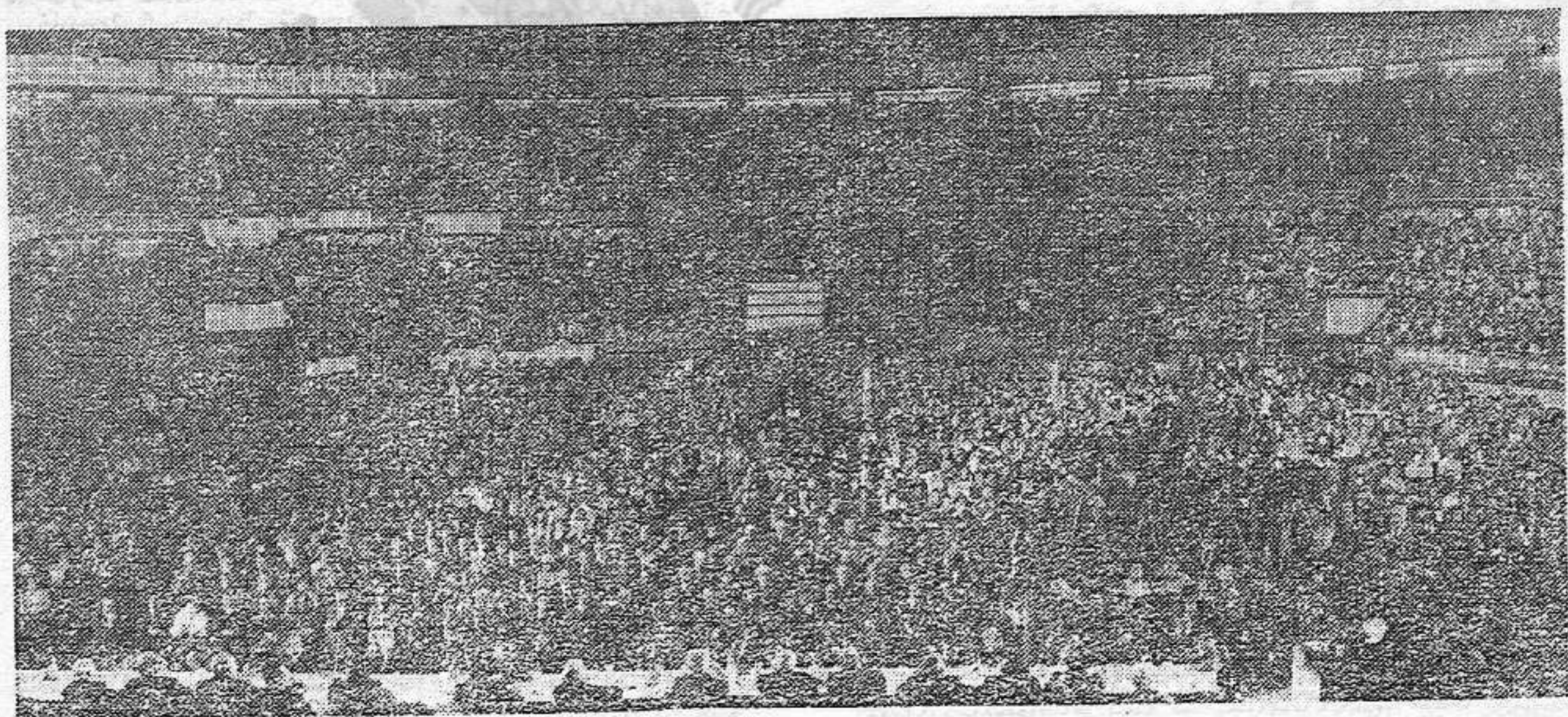
En declaraciones a Radio España Independiente, que hiciera a fines de mayo de 1975 (ver «Mundo Obrero», primera semana de junio de ese año), Dolores Ibárruri exponía vigorosamente nuestra política sobre problemas tan candentes como estos: **reconciliación nacional, Junta Democrática de España, alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura, comunistas y cristianos, pueblo y ejército, la unidad de los comunistas**. Y argumentando la fidelidad del PCE a la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, daba la clave del pensamiento colectivo de los comunistas —y del suyo propio— en los siguientes términos:

«El marxismo no es un dogma. Ateniéndonos a las condiciones del desarrollo histórico, político y social de nuestro país, atemperamos y atemperaremos nuestra política a los cambios que en España se han producido. Y si

nuestro partido ha podido transformarse en el gran partido que es ya hoy, se debe a su lucha contra el sectarismo, contra la estrechez dogmática; a su contacto con las masas y a su política auténticamente democrática, nacional y revolucionaria. En un esfuerzo de superación, de corrección de conceptos equivocados o desfasados, reafirmando la raigambre profundamente nacional, revolucionaria del Partido Comunista, acreditada en tantas y tantas luchas en la defensa insobornable de la independencia y soberanía nacionales».

Dolores Ibárruri no elude los problemas. Sabe descubrir por dónde trata de atacarnos el adversario. Y replicar contundentemente. Así, en esas mismas declaraciones leemos:

«Asistimos a un nuevo género de ataques contra nuestro partido, lanzándose insidias sobre supuestas disensiones en su dirección. No es casual que esta campaña se centre en nuestro secretario general, nuestro entrañable camarada Santiago Carrillo, cuya infatigable actuación es bien conocida, y que goza de la confianza y el cariño de todos los militantes, desde el más sencillo hasta los camaradas más responsables de cada organización, de cada célula. Donde esté Santiago



*Un aspecto del mitin de Roma*



**Carrillo está el Partido Comunista de España, guste o no guste a los Zoilos políticos».**

A los Zoilos, en efecto, no les gusta. Como no les ha gustado ni gusta el respeto y el cariño de que todo el partido rodea a Pasionaria.

La lectura íntegra de esas declaraciones me parece imprescindible para quienes seriamente quieran comprender la causa de la comunicación consciente que se establece entre Pasionaria y los auditorios revolucionarios que la escuchan, de la compenetración lúcida existente entre el partido y su presidenta.

En el acto de Roma, el camarada Santiago Carrillo destaca que «la labor renovadora» en la política nacional e internacional de nuestro partido se ha producido con «la participación personal» y el apoyo de Dolores Ibárruri. Nuestro partido ha sido objeto no sólo de críticas (derecho que practicamos por nuestra parte y aceptamos lógicamente), sino de ataques y conspiraciones foráneas, inspiradas con el manifiesto propósito de romper nuestra unidad. Práctica inaceptable. Dolores ha replicado con la máxima severidad. Y ha contribuido decisivamente a reafirmar la unidad atacada y a profundizar la política cuestionada.

De ahí que cuando Enrico Berlinguer, secretario general del P.C. italiano, se dirigía a ella en el acto de Roma, lo hiciera en estos términos:

**«En Dolores saludamos una combatiente indómita, una auténtica revolucionaria comunista, que ha dedicado y dedica todas sus energías a la causa de la liberación de toda la humanidad; una dirigente, una mujer sin igual en el mundo de hoy».**

Y es que el pensamiento de Dolores marcha al unísono del pensamiento marxista de nuestros días, del pensamiento de vanguardia, que el líder comunista italiano definía así:

**«Es preciso saber, con audacia e inteligencia, liberarse de toda aplicación escolástica de nuestra doctrina entendida como dogma, o de las orientaciones que ya no son adecuadas a las actuales condiciones históricas, para caminar,**

**par el contrario por vías aún en parte inexploradas de avance hacia el socialismo. Y ello sin dejarnos paralizar por los riesgos que todo desarrollo hacia lo nuevo entraña, riesgos que pueden ser superados cuando el valor innovador va acompañado por la reafirmación en nuestros grandes principios e ideales».**

**Reafirmación e innovación.** Ese es el camino seguido también por el Partido Comunista de España. Con José Díaz en los años del Frente Popular y la guerra del pueblo contra el fascismo. Con Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo en los de la larga marcha que a través de la clandestinidad nos conduce a la libertad recobrada. **EL UNICO CAMINO** por el que, desde 1917, marcha **Pasionaria**.

—o—

(APOSTILLA «INDISCRETA»)

Creo que la camarada Dolores me perdonará una «indiscreción» (aunque ésta la confirme en su aprensión a los periodistas). A ella no le gustan las ruedas de prensa. Y se resistía a comparecer ante los periodistas en Roma. Se habían retirado ya de su albergue provisional romano los camaradas que trataban de «convencerla» de que debía tener ese contacto con la prensa, previo al mitin, cuando con su joven rebeldía habitual dijo a alguien que la acompañaba: **«Además, sabes, he cumplido ochenta años y he decidido hacer lo que yo quiera de ahora en adelante».** No ostante, porque su rebeldía es, desde hace tantos años, consciente, estuvo con los periodistas. ¡Y como estuvo! Agil (en su fulminante respuesta del «pasaremos», a la pregunta de qué consigna daría en nuestros días); polémica (en sus réplicas a las insidias anti-comunistas); convincente (en la exposición de nuestra política). Y la generalidad de los periodistas asistentes, incluso los más lejanos a nuestras ideas, sintieron como en Ginebra, que habían conversado con una figura de talla excepcional. Uno de ellos escribiría (cito de memoria): **ante nosotros no estaba una vieja dama digna, sino una revolucionaria combatiente, PASIONARIA.**



---

# movimiento

---

# y

---

# organización

---

Con retraso nos llega este artículo sobre Comisiones Obreras, escrito antes de la primera fase de las últimas elecciones sindicales. No obstante, por los elementos de análisis que contiene, consideramos útil publicarlo.

EN el seno de Comisiones Obreras, por parte de sus elementos más activos, ha surgido a menudo la discusión sobre el carácter esencial de estas comisiones, acerca concretamente de si son una organización, un movimiento o más bien la síntesis de ambos. Lo que en principio podría parecer una polémica bizantina, separada de la lucha real de los trabajadores, esconde, sin embargo, ligada a aquélla, cuestiones importantes de orden práctico y teórico. Por otra parte, desde distintas posiciones se viene pidiendo una reflexión a éste respecto, debido a que se tiene la impresión de que al calor de la discusión florece la tendencia, a veces inconsciente, a adoptar criterios extremos que no ayudan a centrar el problema, sino más bien a situar los puntos de vista en posiciones irreconciliables. Por nuestra parte, no pretendemos decir nada nuevo con estas líneas; solamente tratamos de ordenar lo más claramente posible los términos del debate y señalar algunos de los criterios que se han ido deduciendo de la propia práctica de la clase obrera; criterios que, como veremos, han ido plasmándose cada vez con mayor pre-

cisión en documentos fundamentales de las propias Comisiones.

Las CC.OO. en su propio nacimiento, en su origen, surgen en el «movimiento»; como una forma peculiar, original, del movimiento de la clase obrera del Estado español en una fase determinada de su historia, como respuesta a una situación concreta específica, que no se había dado en el pasado ni en otras latitudes. En el documento «Ante el futuro del sindicalismo» (1966) se recoge esta idea cuando dice: «Las Comisiones Obreras, creadas por los propios trabajadores, son un movimiento indispensable sin subordinación a ninguna tendencia ideológica». Es interesante resaltar aquí la expresión «indispensable» ligada a la de movimiento pues, consciente o no, viene a resaltar ese carácter «necesario», a modo de fuerza natural desencadenada a que hemos hecho referencia en la primera parte de este trabajo. También se afirma una vez más que han sido creadas por los trabajadores y no por una u otra organización política. Cuestión ésta que ha sido reconocida, a pesar suyo y por la fuerza de la evidencia,



por los propios tribunales de la dictadura. Así en la calificación del Fiscal del Tribunal de Orden Público, en el Sumario 1001 del 72, se constata lo siguiente: «Las Comisiones Obreras fueron creadas, inicialmente, por los trabajadores con la finalidad primaria de promover en los centros industriales y fabriles la constitución de grupos con el nombre de Comisión que lucharán por conseguir en el ámbito laboral y al margen de la organización sindical reivindicaciones de tipo económico y social sobre todo con ocasión de la discusión de los llamados convenios colectivos». A la lectura de este párrafo no puede quedar la más mínima duda de lo que decimos acerca de las Comisiones como creación de los propios trabajadores, expresión de su propio movimiento. (La dictadura jamás habría reconocido esta pureza germinal si no fuera porque es un hecho conocido universalmente y aceptado como tal).

## DE LO FUGAZ A LO PERMANENTE

En junio de 1966, las CC.OO. de Madrid publican una declaración en la que perfilan algo más la línea anterior e intentan dar una contestación a la pregunta que entonces —y quizá ahora— se hacían los trabajadores y muchos españoles, ¿qué son las Comisiones Obreras? La respuesta, sencilla y clara, fue ésta: por un lado, son definidas como «una forma de oposición unida de todos los trabajadores...» y más adelante como «un movimiento independiente para la defensa de los intereses de la clase obrera». La idea de movimiento de clase, autónomo —mejor, independiente—, unitario, democrático, queda plasmado desde los primeros documentos y no sólo como la elaboración teórica de un grupo de militantes; era la deducción, lo que se desprendía de la propia lucha de los obreros. Mas en este escrito, de gran valor, si tenemos en cuenta la fecha en que se elaboró, aparece recogido un elemento nuevo que daría pie a futuras elaboraciones. Nos referimos a cuando, al hablar de la historia de Comisiones, señala: «Concretamente en Madrid, estas Comisiones nacían y morían con cada reivindica-

ción, hasta que después de múltiples acciones los militantes obreros más activos, que van formándose a través de ellas, comprendieron que no sólo era posible sino también necesario dar vida permanente a estas formas nuevas que en las actuales circunstancias toma el movimiento sindical de oposición a las estructuras oficiales». Podríamos decir que en este breve párrafo se resume una experiencia de años y se deja constancia, como resultado, de toda una auténtica revolución, de un salto dialéctico, de una transformación de la cantidad en calidad nueva; del paso o conexión del movimiento a sus primeras formas orgánicas. (A través de ese «dar vida permanente»).

La trascendencia de este salto, que se opera en distintos momentos en las diferentes fábricas, localidades o regiones —y que se sigue dando todavía hoy en numerosos lugares— no puede escapar a nadie que conozca el esfuerzo y sacrificio que ello ha costado. En ese «dar vida permanente», en aquella «extensión territorial», en facilitar una «coherencia teórica» de la experiencia de las propias masas hasta convertirla en universal, patrimonio de la clase en su conjunto, evitando localismos, corporativismos etc., se encuentra, a mi modo de ver, el mérito realmente histórico y de una trascendencia quizá hoy difícil de abarcar en toda su hondura, de los militantes obreros y organizaciones políticas que la han hecho posible, y de manera principal del Partido Comunista de España. Aquí tenemos un ejemplo bien contundente, pues, de en qué consiste esa tarea de dirección a la que hemos hecho referencia en otro lugar. La clase obrera —sus comisiones— que como tales empiezan a manifestarse como «puro movimiento», llega un momento, en ese proceso, que necesita pasar a un estadio superior para poder resolver las contradicciones que la lucha de clases le va planteando, obstáculos a los que no puede hacer frente desde la posición de simple movimiento; mas ese salto necesario a ciertas formas —por muy flexibles y primarias que en un principio fueran— de organización, difícil y limitadamente podía darlo la clase por sí misma, espontáneamente, sin la ayu-



da de los partidos y de otras organizaciones de diversa factura.

Más tarde, al calor de las luchas, a su extensión, al enriquecimiento de los contenidos reivindicativos, se irían presentando nuevos problemas y necesidades que la vanguardia con las masas irían afrontando y resolviendo, con mayor o menor acierto, en síntesis sucesivas: así surgirían las zonas, las provinciales, las coordinadoras regionales o nacionales; ante esa exigencia que sentía la clase obrera de extender y coordinar las luchas para conquistar objetivos cada vez más amplios y generales, siempre más decisivos. Por eso mismo, ya en el comunicado final de la 1ª Asamblea Nacional de CC.OO. (junio de 1967) se da un paso adelante en este sentido. Sin dejar de definir a Comisiones como un «**movimiento abierto**» y no como una organización a secas, se habla también de que son una «**fuerza coordinada**» (esa misma asamblea sería la expresión de esa coordinación, a nivel general, que iba construyendo el movimiento de Comisiones). Es también conocido que en el transcurso de los años sucesivos, las Comisiones irían perfilando formas cada vez más complejas de coordinación, de organización, sin abandonar en ningún momento, por lo menos con carácter amplio, esa característica esencial de movimiento.

## EL CONDICIONANTE REPRESIVO

Sin embargo, la realidad fue que después de un breve período de cierta «tolerancia» de la administración hacia las Comisiones —quizá con la ingenua intención, por parte oficial, de integrarlas de alguna manera con el fin de revitalizar el moribundo verticalismo —éstas empezaron a ser perseguidas sañudamente. Desde la sentencia del Tribunal Supremo de abril de 1967 contra la comisión provincial de Vizcaya hasta la brutal sentencia del T.O.P. contra los 10 del 1001, la represión ha ido in crescendo. Después de siete años de experiencia, la conclusión que se puede sacar es que esa política represiva, globalmente considerada, ha sido un

fracaso total, pues si bien ha creado aquí o allá, en un momento o en otro, serias dificultades, éstas han sido siempre coyunturales y el movimiento obrero ha salido de ellas cada vez con mayor rapidez, fortalecido, con más ímpetu que antes. La enfermedad crónica de la represión acentuada ha ido encontrando su antídoto eficaz: la creciente solidaridad proletaria, la amplitud de las movilizaciones, el caminar arropado con otras clases y sectores de la sociedad. Aquélla ha ido desgastando sus garras a medida que la clase obrera defendía más resueltamente a los despedidos y detenidos, a medida que sus golpes encontraban el vacío social y político más acentuado. Hoy las luchas están alcanzando cotas, en extensión, en combatividad, en contenidos reivindicativo y político, desconocidas anteriormente. Cuando escribimos estas líneas el país es un hervidero de conflictos, que se extienden por toda la geografía del Estado y en las propias crónicas de periódicos y revistas legales, las CC.OO. aparecen en el centro del torbellino, animando y dirigiendo, coordinando y extendiendo los conflictos. (La sentencia del Supremo en el sumario de los 10 de Carabanchel, confirma lo que veníamos diciendo y supone el ejemplo más clamoroso del fracaso de la política represiva de la dictadura contra el movimiento obrero).

Mas aunque a larga haya fracasado, la represión —que es la propia esencia del fascismo— ha estado ahí presente, condicionando la práctica de la lucha obrera y todavía sigue y seguirá haciéndolo hasta que no acabemos con la dictadura. No se puede olvidar los miles de hombres de Comisiones que han pasado por las cárceles en estos últimos 10 años; las decenas de millares de despedidos por la lucha obrera —solamente en el metal de Madrid alrededor de dos millares—; la lista interminable de procesados, multados, detenidos etc., etc. Sería un triunfalismo absurdo pretender que éste calvario, que éste auténtico infierno que ha sido para los obreros el régimen, no ha creado serias dificultades al nuevo movimiento obrero.

Las CC.OO. partían de una ense-



ñanza fundamental del movimiento obrero en las condiciones de una dictadura fascista: la imposibilidad de poner en pie a las amplias masas apoyándose únicamente en palancas clandestinas. La experiencia de organizaciones ilegales como la UGT, CNT y OSO había sido concluyente a este respecto, pues a pesar de su inmenso prestigio anterior a la guerra civil no habían logrado penetrar seriamente en los lugares de trabajo. El éxito de Comisiones consistió, por el contrario, en saberse mover desde el comienzo entre lo «lícito y lo legal», como se decía al principio; en combinar con inteligencia y audacia la lucha legal con la extralegal, como se expresará luego esa misma táctica. De ahí la enorme importancia de haber sabido librar y ganar entre las masas la trascendental batalla práctica y teórica por el aprovechamiento de las posibilidades legales; ello nos ha permitido hoy pasar a la nueva fase que se apunta de conquistar posiciones legales de hecho, de ocupar el sindicato vertical política y físicamente. En esa perspectiva están preparándose las próximas elecciones sindicales y la verdad es que muy pocas fuerzas se atreven hoy, abiertamente, a patrocinar el boicot a las mismas (Únicamente la UGT que nosotros separamos).

No obstante, el desarrollo de esta batalla no ha sido un camino de rosas. A poco de iniciarse el recrudecimiento represivo de los años 67-69 y como, por otra parte, era de esperar, se produjo una crispación en el seno del movimiento obrero, especialmente en los sectores de vanguardia, en la estructura organizada de Comisiones. Las tendencias hacia la clandestinización y a lo específicamente organizativa se acentuaron; el riesgo de una separación, de un despegue, de un descolgarse del movimiento —de los trabajadores— era real y, en ciertos lugares, entre ellos quizá Madrid en algunas ramas de la producción, adoptó perfiles peligrosos. Además del elemento material de la represión, en ciertos sitios jugaba también su papel el factor subjetivo de las posiciones izquierdistas en el seno del movimiento obrero; y no nos referimos únicamente a las débiles organizaciones que

se conocen con tal denominación, sino que incluimos a los militantes obreros que, sin pertenecer a aquéllas, adoptaron, de hecho, posturas similares ante la dureza real de la situación.

El primer toque de alarma, a nivel general, lo dio el comunicado de la 3ª Reunión General de CC.OO. en julio de 1968, que reflejaba las conclusiones a que habían llegado varios meses antes los sectores más conscientes del movimiento. En dicho documento fundamental, que aún hoy puede leerse sin desperdicio, se dicen cosas tan sustanciosas a este respecto como las siguientes: «No debemos olvidar que hasta ahora nos hemos movido una vanguardia numerosa, pero que aún tiene que movilizar tras de sí a millones de trabajadores... Ante el recrudecimiento de la represión hay que evitar a toda costa volver a la clandestinidad. Y ésta la tenemos que romper diariamente abriéndonos más en las empresas, convirtiendo las fábricas en auténticas fortalezas del movimiento obrero. Para ello será necesario combatir la idea de que las CC.OO. somos un grupo cerrado que sólo las componemos los que asistimos a las reuniones. Las Comisiones han nacido en las empresas y a ellas pertenecemos todos los trabajadores, aunque a las reuniones periódicas sólo asistamos la vanguardia más combativa. Hay que encontrar formas nuevas y flexibles para vincular a todos los trabajadores a las tareas de Comisiones, es decir, a la lucha obrera». Si nos permitimos esta larga cita es porque creemos que refleja exactamente las preocupaciones de aquel momento y recoge aspectos sustanciales y permanentes del quehacer de Comisiones sobre el problema que estamos tratando.

## **CONTRA LA REPRESION: SOLDAR MOVIMIENTO Y ORGANIZACION**

En primer lugar, se recuerda una vez más una idea central de Comisiones: la necesidad de movilizar a millones de trabajadores si se pretende conseguir los objetivos reales y generales de la clase obrera. Es decir, se trata de realizar la huelga



general en el marco de la acción cívica nacional y de la alternativa democrática y no una acción de la vanguardia, por muy combativa que ésta sea. Y este objetivo, ya de por sí enormemente difícil en cualquier situación política, en las condiciones de la dictadura adquiere una complejidad mucho mayor. Cualquier planteamiento simplista, inmaduro o ingenuo —rasgos todos ellos del llamado izquierdismo— conducen a un callejón sin salida cuando no a serios retrocesos en la lucha. La Coordinadora es consciente del peligro, en un momento de crecimiento de la represión, y lanza una llamada de atención: **«hay que evitar a toda costa la clandestinidad»**, volver a las catacumbas como se decía. Porque, ¿cuál es el objetivo fundamental de la represión? ¿Cuál es el sentido más profundo de los despidos o los encarcelamientos? Para nosotros la respuesta es clara: por un lado, romper la unidad, la cohesión, el nexo entre el movimiento —la clase en su proceso— y su parte organizada, consciente (vanguardia); por otro atemorizar a los trabajadores en su conjunto con el fin de que no **«generen»** organización (se conformen con la que se les impone desde fuera) y disuadir a los ya organizados de que abandonen su puesto.

Cuando se despide a un obrero de la empresa, lo que pretende el patrón es separarle físicamente de sus compañeros, para que deje de ser un elemento **«productor de conciencia de clase»**, de organización, al tiempo que intenta disuadir a los demás para que no sigan el mismo camino. (Este es ni más ni menos el significado de la postura de aquel patrón metalúrgico madrileño que pagó varios millones de indemnización con tal de deshacerse de unos cuantos obreros de su fábrica, y cuando otros de su misma camada se lo criticaban por lo abultado de la suma pagada que podía servir de mal ejemplo les contestó: **«Me parece barato pagar X millones si con ello expulso al comunismo de mi fábrica»**. Lo que se le olvidó añadir al previsor empresario es que expulsaba al comunismo por una temporada, pues al poco tiempo volvía a tener al **«comunismo dentro de casa»**).

Cuando el régimen, a través de la

policía, de los tribunales (TOP) detiene y encarcela a los luchadores más destacados o más combativos, busca el mismo objetivo, a un nivel más elevado si se quiere, pues cuenta con diversas gradaciones, desde la multa a la prisión de uno o dos meses hasta los 20 años. En ambos casos el fin es el mismo y suelen darse combinados: romper esa unidad dinámica entre movimiento y organización que es la clave del éxito en la lucha de masas. Como dice muy felizmente la Junta Democrática en el documento de la Reconciliación, esa es **«la invariante social del régimen»**.

Por lo tanto, ¿Qué quiere decir **«evitar a toda costa la clandestinidad, salir a la superficie, trabajo abierto»** etc?, ¿Por qué asusta tanto, por qué critican tanto ciertos grupos minoritarios este planteamiento?, ¿Por qué interpretan falsamente su significado, afirmando que el salir a la superficie, el trabajo abierto de masas facilita el descabezamiento de las CC.OO., cuando una larga experiencia ha demostrado todo lo contrario? La cuestión a nuestro entender es la siguiente: La existencia de la dictadura, con su negación de las libertades públicas y su aparato represivo obliga al movimiento obrero a vivir en una constante contradicción, que no tiene solución más que acabando con la propia dictadura. Esta contradicción consiste en que por un lado, para desarrollarse, el movimiento obrero necesita abrirse, romper continuamente el estrecho corsé de la legislación fascista, **«negar»** permanentemente la clandestinidad que aquél pretende imponerle en su afán liquidador, con el fin de que no salga de su impotencia; ya que es inconcebible un movimiento de masas clandestino. Pues una de dos, o es lo primero y entonces deja de ser clandestino, o es lo segundo y en ese caso no es movimiento de masas. Mas, por otro lado, la parte organizada, la estructura de dirección y coordinación necesaria al movimiento (que éste mismo segrega) sigue sufriendo los efectos de la persecución política y no tiene más remedio, mientras la situación política no cambie, que aportar, en determinada esfera de trabajo y en un gradación que sigue a los propios cambios de la situa-



ción, criterios conspirativos, eficazmente clandestinos.

Esta es sin duda una de las tensiones permanentes en la que vive inmerso el militante obrero de nuestros días. Sería ingenua la pretensión de facilitar recetas acabadas; solamente la práctica con las experiencias que aporta puede enseñarnos el camino. Y la práctica de estos años ¿qué nos dice? Desde luego que la solución no está en la «clandestinización» de las Comisiones, pues éste es el mayor error, el peligro mortal de un movimiento como el de CC.OO. Pretender convertir la lucha en las empresas o fuera de ellas en un torneo entre las artes conspirativas de grupos reducidos de vanguardia contra las técnicas represivas de la policía es un camino peligrosísimo por el que las Comisiones no van a circular jamás. Sería negar la propia «esencia» de Comisiones, sería transformar éstas en un grupo sindical clandestino más, con el resultado que ya conocemos por la experiencia de otros. Además, esta «clandestinitis» no solamente conduce a la inoperancia y a la desmovilización, sino que facilita enormemente las tareas represivas. Una experiencia «universal» de todos estos años, —y diría que de todos los movimientos antifascistas habidos, si exceptuamos quizá aquellos desarrollados en las condiciones de la lucha armada— enseña que la mejor manera de protegerse contra los embates policíacos es trabajando fundido con la clase obrera, siendo conocido por ésta como un luchador consecuente, hablando en las asambleas, utilizando las posibilidades legales, es decir, apareciendo como un líder natural en la empresa donde se trabaja o en la rama a la que se pertenece. A las técnicas represivas —manifestación del ser político fascista de la dictadura— no se las vence únicamente con habilidades conspirativas (aunque haya que dominarlas en alto grado) sino ahogándolas en la lucha de masas, echándolas encima todo el inmenso peso de la solidaridad proletaria y popular, de las acciones multitudinarias en las que participe toda la clase y todo el pueblo.

Los trabajadores se mueven, paran, hacen colectas, arrancan la libertad o consiguen la readmisión de los com-

pañeros que conocen, que han actuado abiertamente, que «han dado la cara» ante la dirección, en las asambleas etc. Pero normalmente no mueven un dedo por aquéllos que son tan clandestinos que no saben ni si trabajan en su empresa, que no aparecen por parte alguna, por muy «revolucionarios» que que crean ser, por muchas octavillas que tiren o por muchos conciliábulos a los que asistan cada semana (y no nos referimos, por supuesto, a los que realizan un trabajo político directo, que es esencial, sino a los que se mueven en el ámbito laboral o sindical). Y esto es así, porque la lucha contra la represión, parte del combate más general contra la dictadura, no es nunca una batalla «técnica» sino «política», que únicamente se puede ganar movilizándose ampliamente a los trabajadores, echándolos encima de la dictadura, soldando permanentemente a la organización con el movimiento.

¿Quiere decir lo anterior que neguemos la necesidad del trabajo clandestino o conspirativo? Realmente sería una verdadera «ingratitude» por nuestra parte. Y bien decimos que sería una ingratitude, pues es una buena ocasión para recordar que si la lucha avanza, si el movimiento obrero crece y se desarrolla, se debe en gran parte a esos militantes, obligados a la más estricta clandestinidad, que nunca aparecen públicamente si no cuando son detenidos por la policía y que garantizan con su arduo, constante y callado trabajo el funcionamiento del conjunto de las fuerzas que se oponen a la dictadura. Diríamos aún más; la necesaria salida a la superficie del movimiento obrero sólo es posible si se cuenta con una sólida y segura infraestructura de militantes clandestinos. Por otra parte, hemos dicho muchas veces que hay determinados aspectos del trabajo de Comisiones, especialmente en su estructura de coordinación, que deben de regirse por criterios de seguridad, serios y eficaces, como si se tratara del partido más clandestino. Lo que ocurre es que pensamos que ésta parte de nuestro trabajo debe de ser la mínima necesaria en cada momento para asegurar el funcionamiento del conjunto y evitar estrangulamientos o falta de coordinación en el movimiento. ¿Quién puede negar la necesidad de reuniones



regulares de coordinación o la conveniencia de una propaganda asidua y abundante? Nadie; pero pretender reducir Comisiones o ver el aspecto más importante de ellas en las reuniones regulares o los grupos de octavilleros es una auténtica aberración. Además, desde un punto de vista dialéctico, las contradicciones no se resuelven en la práctica incidiendo unilateralmente en uno de sus aspectos —esto sería enmascararla, pero no resolverla—, sino en ambos a la vez, llevándolos a sus extremos, a su exasperación y punto de choque, sobre la base de desarrollar al máximo el elemento resolutivo, en este caso el movimiento de masas, abierto, enfrentándolo con la legalidad fascista —la clandestinidad— para así ir superando dicha contradicción a medida que se van conquistando nuevas parcelas de libertad, si bien sólo será resuelta definitivamente en la nueva situación concreta que se creará como consecuencia de la entronización de las libertades democráticas plenas.

### COMBINACION Y TRANSFORMACION DE FORMAS ORGANICAS

En el documento que comentamos se reafirma una vez más que las Comisiones no son un grupo cerrado, compuesto por los que asisten a las reuniones periódicas, sino un movimiento abierto en el que participan los trabajadores a través de las asambleas en la elección de enlaces o delegados, es decir, en todos aquellos actos que componen la lucha en la empresa o fuera de ella. El contenido de Comisiones es, pues, éste movimiento organizado sociopolítico de los trabajadores, que se traduce en los distintos programas reivindicativos a diferentes niveles —de empresa, rama, nacional— y con los puntos que en cada momento interesan a un sector concreto de trabajadores. La forma coordinadora u organizativa que adopta tiene necesariamente una expresión flexible, en función del contenido de la lucha en cada momento.

La experiencia enseña que en las condiciones de la dictadura —y quizá también con las libertades democráticas— es un error pretender encor-

setar al movimiento obrero en formas rígidas de organización y encuadramiento. Estas por el contrario deben de ser flexibles y encerrar en sí la posibilidad de pasar de unas a otras, combinar unas con otras con fluidez, con elasticidad; es decir, en el transcurso de la lucha todo el arte radica en saber pasar continuamente de los más restringido a lo más amplio en los momentos de flujo, de ofensiva y en lograr estabilizar las formas más adecuadas en los de reflujo, de retirada ordenada del movimiento; en combinar, igualmente, las formas legales —enlaces, jurados— con las ilegales y con otras múltiples formas de coordinación que van apareciendo y que son difícilmente catalogables, pues en los momentos de grandes luchas las fronteras de lo legal e ilegal se desvanecen un tanto y se amplía, por el contrario, el campo de lo necesario, de lo lícito, de lo legal de hecho, de la nueva realidad impuesta por los obreros en lucha.

Es normal que en los momentos de retirada, de calma relativa o inestable, se vuelva de nuevo a las formas orgánicas más restringidas, menos numerosas, en las que participan los obreros más militantes; está claro que no se pueden hacer asambleas todos los días; las «zonas de libertad» conquistadas en los momentos álgidos de la lucha vuelven a perderse en parte cuando ésta cesa, si bien la situación nueva que se crea ya no es igual que la anterior, de la que se partió pues contiene generalmente nuevos elementos que la colocan a un nivel superior.

El error de los que adoptan posiciones derechistas o izquierdistas en el seno del movimiento obrero, radica precisamente en no captar el carácter específico de ésta dialéctica interna de la lucha en las condiciones de una dictadura fascista; este paso continuo de unos contenidos reivindicativos a otros; de las formas menos amplias, propias de los momentos de estabilidad, a las más abiertas y masivas de las fases de lucha aguda, cuando toda la clase está en acción y se manifiesta no sólo a través de éste o aquel organigrama más o menos preestablecido, sino que crea otros nuevos según las necesidades que imponen los acontecimientos.



El análisis concreto de las grandes luchas de estos años, de las que actualmente estamos viviendo, es precisamente eso lo que nos enseña. Cuantos errores no se han cometido en nombre de Comisiones Obreras por pretender mantener con criterio inflexible determinadas estructuras propias de los momentos de «normalidad» cuando la nueva situación de «anormalidad», exigía pasar a otras formas más amplias o abiertas. Y estos errores se cometen cuando se cree o pretende que las CC.OO. son únicamente esas reuniones restringidas a las que asisten nada más que los representantes, la «vanguardia». Estas coordinadoras o estructuras, si bien deben de procurarse un determinado grado de estabilidad, no pueden perder de vista su insuficiencia congénita y estar siempre alertas y trabajando para provocar, aprovechar la coyuntura que les permita, con la movilización de los trabajadores, romper los estrechos moldes de la ilegalidad y pasar a formas más amplias, asamblearias de coordinación y dirección.

Es ingenuo pretender la coordinación y orientación de grandes movimientos de masas por medio de estructuras restringidas; cuando se intenta tal cosa, sólo se logra una labor agitativa —generalmente propaganda— pero el movimiento real no se controla, ni se determina su trayectoria, ni se incide en él de manera sensible. Son necesarias plataformas abiertas, en las que el mayor número posible de trabajadores participen en la discusión y toma de decisiones y acuerdos. Unas veces será una asamblea de representantes —enlaces y no enlaces— en los locales sindicales comarcales o centrales; otras en un solar o descampado en medio de varias obras o fábricas en huelga; en un polígono industrial, en el campo de fútbol de una localidad determinada; o en un centro religioso, o iglesia, u otras decenas de ejemplos que podríamos poner pensando en las luchas que se están dando. Sin olvidar que la mayoría de las veces se presentan combinaciones de varias formas y que en cuestión de horas se pasa de unas a otras, al calor de la inagotable creatividad y originalidad de las masas en movimiento.

La gran tarea de las estructuras estables de Comisiones, de la vanguardia, —de fábrica, zonas, provinciales, intereses etc.— es precisamente saber propiciar todas estas formas, animarlas, combinarlas, unas con otras, cohesionarlas y dirigirlas hacia el objetivo marcado, como quien dirige una orquesta procura que cada instrumento emita el sonido que le corresponde y del conjunto emerja una melodía y no ruidos inconexos.

## HOY Y MAÑANA: MOVIMIENTO ORGANIZADO

En Comisiones funcionan, y es bueno que así sea, hay formas de coordinación estables a diferentes niveles que garantizan la continuidad del movimiento, que evitan hasta cierto punto los «vacíos», que preparan las acciones, que orientan permanentemente a los trabajadores, que extienden las experiencias y organizan las luchas. Esta tarea es insustituible y nadie niega su valor. Pero no se puede reducir Comisiones a ésta estructura. No obstante, la crítica de esa tendencia no nos puede hacer caer en el extremo opuesto, pues tampoco nos parece justo. El concebir Comisiones solamente como movimiento, como las asambleas y nada más. La frase «la comisión es la asamblea» puede conducir a confusión si no se explica y, en nuestra opinión, es incorrecta en el fondo; sería tanto como llegar a la conclusión de que en una empresa, en los períodos en que no hay asambleas, la comisión no existe o pretender que es posible la asamblea permanente.

Es interesante a este respecto una de las conclusiones a las que llegaba la Inter de Madrid, dada a conocer en un documento de noviembre de 1969. Al referirse a la representatividad decía: «...Uno de los problemas que existen al hablar de CC.OO. es el tender a destacar un solo aspecto de su carácter. Así, por ejemplo, se afirma muchas veces que «somos un movimiento y no una organización» o viceversa, sobre todo por nuestros detractores. Nosotros rechazamos tales posturas, pues ambas cosas son aspectos inseparables del mismo fenó-



meno y afirmamos que somos un movimiento con el nivel de organización indispensable para desarrollar nuestras tareas bajo las condiciones que la dictadura nos impone». Y más adelante, continúa diciendo... «Consideramos que el fortalecimiento del movimiento y de la organización son inseparables. Si el movimiento de masas se frena, se retrasa, respecto de la organización hay el peligro de una dirección burocrática, separada de la realidad. Si es la organización la que se desarrolla con retraso, el movimiento, actuando espontáneamente, es un barco a la deriva». Quizá sea éste el documento en el que Comisiones plantea más claramente el problema movimiento-organización y sus relaciones recíprocas, dando a nuestro entender una solución, en general, correcta.

Movimiento y organización, en Comisiones, forman una unidad dinámica; no son sólo una u otra cosa, sino el conjunto de sus relaciones recíprocas en el proceso de la lucha. Ello no quiere decir, por supuesto, que en ocasiones cada uno vaya por su lado; en ese caso hay que corregir el tiro y volver por todos los medios a establecer la conexión. Así pues CC.OO. son el conjunto de delegados o representantes elegidos, ya sea por la vía legal o ilegal; las comisiones elegidas en las asambleas o de cualquier forma y esas mismas asambleas como expresión del movimiento. Todo eso es el movimiento organizado que conocemos con el nombre de Comisiones Obreras.

Ahora bien, las tendencias izquierdistas, de variado signo, que pululan en nuestro país, suelen oponer a este carácter original de CC.OO. la tesis de que éstas son una organización a secas, lo que creen les facilita la deducción posterior sobre la necesidad de la clandestinidad y el mayor «revolucionarismo» de dichas Comisiones. Oponen, pues, en una polémica bizantina y ajena a los trabajadores, las comisiones organización a las comisiones movimiento (emulando con ello, dicho sea de paso, a los discutidores procuradores en Cortes respecto al Movimiento); como si la primera formulación fuese de contenido más «radical»

que la segunda. No se dan cuenta en su inexperiencia y crasa ignorancia de lo que es y ha sido el movimiento sindical, que con esa opinión, con ese intento de convertir a Comisiones en una organización de militantes, de «afiliados», las desnudarían de toda su originalidad, de toda su garra, de todas sus posibilidades renovadoras, en una palabra, las matarían como tales Comisiones, para dejar un cascarón vacío, que en el mejor de los casos parecería como una organización sindical tradicional —coincidiendo así con las posiciones de derecha— y en el peor de los supuestos en una reedición de los fracasados intentos pansindicalistas de corte anarquista de otros tiempos. En realidad, tanto una como otra, posiciones «derechistas», de vuelta atrás tanto en la teoría como en la práctica. Precisamente lo que define el contenido superador, nuevo y original de las Comisiones Obreras es su carácter de movimiento organizado sociopolítico, que en cada momento adopta las formas organizativas adecuadas y necesarias a los objetivos que tiene delante la clase obrera como tal y en la concordancia con las variables situaciones en que tiene que moverse.

Hoy en día en las condiciones de la dictadura, la indisoluble dinámica movimiento-organización adopta formas diferentes, sin duda, a las que un día tendrá que tomar con las libertades democráticas. Como se señala en el «Hacia el postfranquismo»: «...En el futuro cabe prever que a medida que la situación se abra, que las zonas de libertad se extiendan, que las luchas legales se amplíen, las estructuras de Comisiones Obreras irán reforzando su composición democrática y modificando su contenido, con la tendencia a devenir cada vez más, de órganos impulsores y coordinadores, auténticos órganos dirigentes. Pero esto no puede ser un proceso mecánico, voluntarista...»

Es decir, la dinámica movimiento-organización está indisolublemente ligada a la más amplia dialéctica libertad-dictadura; digamos que aquélla vive y se desarrolla en el seno de ésta. Lo que no sería correcto, o por lo menos precipitado afirmar ya desde



## MOVIMIENTO DE DELEGADOS- ORGANIZACION DE AFILIADOS

Hoy por hoy, las Comisiones Obreras está claro que no son una organización de afiliados sino un movimiento organizado de elegidos, de delegados o representantes, de participantes en asambleas, acciones etc. A las CC.OO. no se pertenece, no se entra o se sale como en un partido político o una organización sindical; en las CC.OO. se participa —en las asambleas en las acciones— como movimiento o se sale elegido para la comisión al nivel de que se trate. Esta es una de las diferencias esenciales entre un movimiento organizado como el de CC.OO. y una organización sindical de tipo tradicional, como las que hemos conocido hasta ahora. Por ejemplo, en la SEAT de Barcelona o en la Pegaso de Madrid no se puede decir que CC.OO. tenga tantos o cuantos afiliados, como en cambio si se podría señalar para la CGT en la Renault de Billancourt. En la SEAT como en otras muchas empresas, las Comisiones se expresan como movimiento a través de las asambleas —de taller o generales— y su estructura organizada (siempre teniendo en cuenta los vaivenes de ésta a consecuencia de la represión) está formada por los delegados elegidos democráticamente en los talleres, o por los representantes tácita o expresamente designados por los compañeros o por los enlaces y jurados representativos cuando los hubiere.

Refiriéndose a la última huelga de la SEAT, escribía el «Mundo Obrero» de noviembre del 74: «**El 11 de noviembre ante el taller nº 1 los trabajadores procedieron a la elección de delegados por talleres que dirigieran y coordinaran las acciones. Sentados formaban una inmensa rueda. Se gritaba el número del taller, sus componentes se ponían en pie (en el fondo era como si todos los presentes se comportaran como «afiliados», apostillamos nosotros) y designaban sus representantes. Así fueron elegidos los 120 delegados de la SEAT.**» Una experiencia extraordinaria, a pesar de los despidos posteriores, que confirma todo lo que venimos sosteniendo en Comisiones desde hace años y que anuncia con más elocuencia que cual-

ahora, es la idea de que Comisiones es hoy solamente un movimiento y mañana, con las libertades se transformará en una organización a secas. Es claro que a medida que los trabajadores vayan imponiendo su legalidad, y no digamos en el momento de la ruptura democrática, en que se conquista la plena libertad de asociarse, las CC.OO. articularán (junto con todas las fuerzas válidas que existan en el seno de la clase obrera) formas de organización —de dirección democrática— mucho más acabadas, perfeccionadas, amplias y generalizadas de las que puedan tener hoy, constreñidas por la represión dictatorial. Y no se tratará solamente de un cambio de cantidad, sino que se producirá un auténtico salto. No obstante, no creo que por ello, la futura confederación unitaria o lo que resulte en ese momento, deba de perder en ningún momento su actual carácter de movimiento organizado; que por el hecho positivo y necesario de que la organización se desarrolle y articule impulsada por la libertad, tenga que romperse esa unidad dinámica que en todo momento deben formar el movimiento y la organización.

Hasta ahora los sindicatos obreros han sido únicamente organizaciones de clase, formados por afiliados, en los que en el mejor de los casos se inscriben un % de los trabajadores. ¿Tendremos nosotros que pasar o volver a esta experiencia de «**organización únicamente de afiliados**», que se está intentando superar en otras latitudes. ¿Se convertirán CC.OO. con las libertades, en una organización a secas, al lado de otras de diverso signo? ¿Convivirá CC.OO. como movimiento organizado, con organizaciones sindicales tradicionales? Estas y otras son preguntas que ya se hacen muchos militantes del movimiento obrero. Responder a estas preguntas no es fácil y quizá sea prematuro, sobre todo si se pretende zanjar o dogmatizar acerca de ellas. Mas no creemos sea nocivo reflexionar en voz alta, sin pretender cerrar puertas, que sería por lo demás inútil, pues en el fondo será el transcurso de los acontecimientos y la voluntad democrática de los trabajadores quienes dirán la última palabra.



quer libro el prometedor futuro de las CC.OO. ¡Qué no harán los obreros de la SEAT con las libertades si son capaces de un acto así —profundamente renovador— en las condiciones del fascismo! Este ejemplo de la SEAT con ser quizá uno de los más acabados, no es ni mucho menos el único. En la Pegaso de Madrid, Casa de Getafe, en Telefunken o Standard, en Isodel también se eligen representantes por talleres o secciones, por lo que se ha venido en llamar grupos obreros homogéneos. En la última huelga de Hauser y Menet, empresa de artes gráficas de Madrid con unos 1.100 obreros la plantilla, se eligieron dos delegados por cada una de las 22 secciones en que está dividida la empresa. Estas Comisiones de delegados que surgen en las asambleas o reuniones de talleres o secciones, en relación permanente con ellas, más lo organizado a todos los niveles fuera de las fábricas, es lo que llamamos también el movimiento organizado de las CC.OO.

En el sindicalismo europeo, con variaciones de unos países a otros y con alguna excepción, la situación, muy resumida, es la siguiente. Por un lado están las organizaciones sindicales, generalmente varias, formadas por un número determinado de afiliados y que se expresan en el interior de las empresas a través de sus respectivas secciones etc. (Ahora algunos verticalistas y la propia CNS como tal empieza a hablar de crear aquí la sección sindical, el delegado sindical etc., con el fin, imaginamos, de homologar la semántica, porque lo que es otra cosa...) A estos sindicatos se adhieren libremente los trabajadores, en un acto de voluntad individual, en función de su conciencia de clase, de sus preferencias ideológicas o intereses profesionales. La estructura, tanto territorial como de rama de producción, del conjunto de la organización, descansa en estos afiliados y secciones, que son los que eligen a los cuadros y dirigentes, en el mejor de los casos, a diferentes niveles por medio de congresos, conferencias etc. Se trata, pues, de una auténtica organización que funciona sobre la base de sus estatutos respectivos, cotizaciones y otras obligaciones y derechos.

No obstante, a nivel de empresa existen también otro tipo de instituciones que no son propiamente la organización sindical, sino más bien la expresión del movimiento, de la clase en su conjunto, formados por delegados o representantes elegidos por todos los trabajadores que quieran participar en las elecciones convocadas periódicamente y por ley al efecto. Estos organismos, por otra parte, son elegidos, en ocasiones, sobre la base de listas electorales presentadas por las organizaciones sindicales existentes, en competencia entre ellas. De otro lado, son organismos establecidos por ley, cuya composición no suele reflejar la organización interna de la unidad productiva —empresa— de que se trate, sino que se establece sobre la base de otros criterios inorgánicos; no tienen poder de contratación con la patronal, pues éste radica en el sindicato; su tarea consiste principalmente, en el control y aplicación de lo acordado por aquél; quedan reducidos al ámbito de la empresa sin proyección hacia el exterior, es decir, no se coordinan entre sí fuera de la fábrica y no forman por consiguiente una estructura desde la empresa hasta el nivel nacional, confederal etc. Todo ello conduce a que su papel, sin ser en absoluto desdeñable y en general la tendencia es a que jueguen cada vez un papel más importante y decisivo, aparezca en lugar secundario con respecto a los sindicatos, que son los que realmente dirigen la lucha, discuten con la patronal etc. Por último y aún cuando, como es lógico, están controlados por los sindicatos o el sindicato, no son parte de él. Así pues en estos países, junto a los afiliados que integran la organización sindical, tenemos a los elegidos, delegados de todo el personal; se da en cierta forma también la dinámica movimiento-organización, pero a nuestro entender se produce a la inversa, como dialéctica organización-movimiento y además muy limitadamente, reducida al ámbito de la empresa y no en conexión permanente e interna del conjunto que es lo fundamental.

Entre nosotros, en CC.OO., se plantea seriamente, cara al futuro, la necesidad de que el movimiento sindical supere de alguna manera la tradicio-



nal separación entre afiliados y no afiliados sin caer, por supuesto, en la actual afiliación obligatoria de corte corporativo-fascista. En algunos documentos fundamentales de CC.OO. está ya implícita esta idea. Por ejemplo, cuando en varias ocasiones se propone la celebración de un congreso sindical constituyente en el que se decida el futuro sindical de nuestro país, se expresa claramente que deben de ser todos los trabajadores, desde la base, en asambleas y votaciones, quienes discutan las diferentes propuestas y elijan libremente a los delegados que vayan a participar en dicho congreso al nivel que corresponda. En nuestra opinión, el éxito de un Congreso de este tipo vendría notablemente facilitado si se diera un previo acuerdo de las distintas tendencias sindicales actualmente existentes en el marco de la alternativa de ruptura con la actual dictadura. En cualquier caso, el problema de la separación entre los afiliados —que pertenecen al sindicato— y la mayoría que queda fuera, hay que resolverlo de otra manera a como se ha venido haciendo.

Hasta ahora, los sindicatos han sido organizaciones y nada más; no han podido en unos casos o no se han planteado en otros asumir el movimiento como una parte permanente de su funcionamiento interno; entre otras cosas porque esto solamente puede lograrse sobre la base de la unidad sindical, aunque ésta no sea la condición única. Es decir, las estructuras que el movimiento crea no han sido salvo raras excepciones, asumidas por el sindicato como la otra componente esencial de su dinámica interna; las contempla, por el contrario, como entes al margen de él, como algo que no es el sindicato propiamente dicho. Únicamente en el caso de los consejos obreros italianos, los sindicatos han animado y terminado por reconocer a estas nuevas formas como expresión de su unidad dentro de las empresas y a otros niveles —zonas etc.—, en un proceso complejo que no ha terminado todavía. Desde ese momento, el sindicato, que se renueva en el propio proceso y que pasa por diferentes fases de transición en las que conviven diferentes formas, ya no es únicamente una organización de afilia-

dos, sino también un movimiento de elegidos, de delegados, de asambleas. Empieza a caminar sobre dos pies; comienza a establecer una relación dialéctica movimiento-organización y, con ello, se renueva completamente. Desde esta perspectiva, la afiliación tradicional cambia de sentido. Todos los trabajadores, sin excepción, estén o no afiliados a la Confederación unitaria resultante, tienen derecho a elegir y ser elegidos como delegados o representantes y participar en las asambleas de sección o generales de empresa; a discutir los programas y los planes de lucha, pues el movimiento son los propios trabajadores en cuanto tales.

De entrada, ello significa ya una enorme fuerza de encuadramiento, pues no tenemos más que imaginar que si con el actual sistema electoral, con las artificiales y estrechas divisiones entre cualificados, no cualificados, técnicos y administrativos salen elegidos unos 300.000 cargos sindicales, ¿cuántos delegados podrían salir en unas elecciones libres sobre la base mucho más amplia y real de elegirlos en función de las secciones, talleres, departamentos, grupos obreros homogéneos? Superarían quizá el medio millón y formarían, a partir de las empresas, el formidable y fundamental armazón de ese sindicato renovado y unitario, independiente y democrático que todos queremos. ¿Desaparecería con ello la figura del afiliado, del activista sindical? Ni mucho menos, sino todo lo contrario. Sería utópico o ingenuo pensar que toda la clase, en todo momento participa en la actividad sindical, mucho menos en los momentos de reflujo del movimiento. En las empresas, aparte de los que salen elegidos —que forman una minoría reducida del personal 1 por cada X número de obreros— siempre hay una proporción determinada de trabajadores, que varía de unas empresas y ramas a otras, que tienen una conciencia más elevada, que sienten la lucha social y quieren participar en ella, que son auténticos militantes obreros, activistas sindicales, que juegan un papel esencial de movilización y organización. No se limitan sólo a participar en el movimiento— elecciones, asambleas o acciones cuando las hay— sino que trabajan asiduamente, con mayor



o menor dedicación, en las tareas organizativas, propagandísticas, en reuniones a diversos niveles, colectas etc., tanto dentro como fuera de la fábrica.

Hoy en España existen ya miles y miles de estos hombres que no han sido elegidos a la comisión ni asisten a las reuniones de comisiones, que tampoco son cargos sindicales y, sin embargo, desarrollan una actividad reivindicativa ligados a esas comisiones o a esos cargos sindicales cuando éstos son representativos; representan, en cierto sentido, entre nosotros y con las particularidades propias de la situación, la figura del afiliado voluntario a la organización obrera; es ese trabajador que «**está con comisiones**» pero no se organiza hoy formalmente. En el supuesto de conquistarse la libertad sindical, serían sin duda miembros del sindicato democrático que se formase.

## LOS AFILIADOS SON NECESARIOS

La cuestión radica, pues, en encontrar la forma de que la futura confederación unitaria ensamble en un conjunto armónico su carácter de movimiento de delegados —comisiones, comités, consejos— con el de organización voluntaria de afiliados; en una síntesis de la experiencia sindical organizativa y la movimentista de los consejos. Ahora bien, ¿por qué insistimos en la necesidad de este segundo «**elemento**» de los afiliados, cuando hemos criticado la separación clásica entre aquéllos y los no afiliados? Porque creemos que ante todo hay que partir de lo que existe con realismo, aunque sea en embrión, y vislumbrar las posibles tendencias futuras; porque en la larga experiencia del movimiento sindical hay aspectos bastante claros que no conviene olvidar.

Es evidente que a la hora de construir una nueva Confederación unitaria de los trabajadores del Estado español, no podremos ni queremos basarnos en la pertenencia obligatoria a la misma. Comisiones Obreras siempre ha pregonado la unidad pero en la libertad; la adscripción futura a la confederación de que se trate ha de ser voluntaria, como libre es el acto de asistir a las asambleas o elegir a los delegados de las empresas.

El volumen de la afiliación debe quedar, pues, a la capacidad de persuasión y convencimiento, a la eficacia de la propia formación obrera.

Por otra parte, hay quien podría pensar en un «**puro**» desarrollo de lo que hoy son las Comisiones, desde las empresas hasta la cúspide, es decir, una confederación que estuviera únicamente formada por los elegidos —delegados, por ese medio millón de representantes que podrían elegirse en los lugares de trabajo, lo mismo que hoy se eligen los enlaces, pero cambiando el sistema. En nuestra perspectiva está claro que esa masa de delegados, a partir de las secciones etc., elegidos por los trabajadores que quieran votar en elecciones libres y periódicas, ha de constituir el armazón básico de la futura entidad sindical unitaria; y un armazón que partiendo de la empresa, se eleve en sucesivos escalones a través de las zonas, localidades, ramas de producción, provincias y regiones hasta las nacionalidades y el conjunto del Estado. Esos delegados, pues, no deben de quedar encerrados al nivel de la empresa, como si el movimiento sólo llegara hasta las cancelas de las fábricas. Esta puede ser sin duda una tentación en la que caigan algunos y hasta una situación de hecho transitoria que deba de sufrir la clase obrera si no se logra un entendimiento entre las diferentes corrientes del movimiento obrero o no se tiene la suficiente fuerza como para facilitar ese entendimiento. Es decir, una situación en la que hubiera, como ocurre en no pocos países, un organismo de base —comisión, consejo o lo que fuere— formado por delegados elegidos por el conjunto del personal de las empresas y a partir de ahí, hacia arriba, una o varias organizaciones sindicales de tipo tradicional con sus formas afiliativas correspondientes (un poco la situación actual de Francia, por ejemplo). Ya digo, que esta solución no es la nuestra, mas no podemos olvidar que cara al futuro no sólo vamos a jugar nosotros y es difícil ya desde hoy vaticinar con exactitud cuáles van a ser las posiciones de cada uno cara al problema de la unidad. En cualquier caso, y en el supuesto de que a la salida de la dictadura no



se pudiera crear una central única, porque haya fuerzas que no estén dispuestas a ello, lo más probable es que Comisiones continuase con sus actuales características de movimiento organizado ya en la libertad, con sus delegados y sus afiliados propiciase en todo momento la unidad de acción con los demás y contribuyese con todas sus fuerzas a madurar las condiciones para que la unidad orgánica fuese total.

En el extremo opuesto, se situaría la otra tendencia, es decir, la que pretendiera que la estructura organizativa fuese la «pura» expresión del movimiento, desde la fábrica hasta la cúspide. (Delegados de fábrica, zona, provincia etc., sin contar para nada con el elemento afiliado permanente). A nuestro entender y aún cuando en principio pudiera parecer una posición «ideal», los peligros de esta posición son varios. Por un lado, podría fomentar las tendencias corporativistas, localistas —de sindicalismo de empresa, de sección etc.— siempre latente en la clase, sobre todo en sus destacamentos menos conscientes, si no está compensada por el conjunto del movimiento consciente y militante organizado a nivel sindical, en este caso. Aquí no nos referimos a los partidos políticos, aunque su papel de creadores de conciencia es insustituible).

Por otro lado, no podemos imaginar un movimiento sindical teniendo en la cabeza únicamente los momentos de flujo de la lucha, sino también los de reflujo, pues son inseparables y continuamente se está pasando de unos a otros; en los períodos de calma relativa del movimiento, al nivel que sea, es fundamental la permanencia militante, activa, de los elementos organizados, que eviten la desmovilización completa; por otra parte, imprescindibles igualmente en los momentos de ofensiva de clase. Por último, tenemos la represión y las propias necesidades de funcionamiento de un sindicato moderno. Mientras subsista el capitalismo, los hombres más destacados de la lucha obrera, a millares, correrán el riesgo de ser despedidos y encarcelados. Las crisis económicas, igualmente, dejan a millares de trabajadores en paro. Una confederación

unitaria que represente los intereses de millones de trabajadores de las más variadas ramas de la producción o regiones industriales, necesita para su funcionamiento miles de permanentes sindicales a medio o pleno rendimiento; técnicos entendidos en los diversos aspectos que interesan a la compleja lucha obrera —economía, estadística, leyes, propaganda etc.— ¿Podría funcionar una institución de este calibre basándose únicamente en los elegidos desde la empresa, todos ellos trabajando en la producción ocho o más horas diarias? Pretender tal cosa sería desconocer los rudimentos del funcionamiento sindical.

## REPRESENTATIVIDAD Y REVOCACION

Otra cuestión es la forma en que deberán ser elegidos esos permanentes, cuadros y dirigentes sindicales. En CC.OO. esto está muy claro desde hace tiempo. Todos los puestos deben de ser elegidos democráticamente y cuando la mayoría de la base lo disponga revocados en cualquier momento; así quien lo cubre tiene carácter representativo. Ahora bien, sobre esto de la representatividad conviene aclarar algunos aspectos. Ya en CC.OO. concretamente en el metal de Madrid, se dio y discutió este problema con cierta virulencia y quizá haya sido, al no resolverse en su momento satisfactoriamente, uno de los que más daño ha hecho al movimiento obrero. Se formulaba de la siguiente manera: dado que la presentatividad tiene que venir dada desde la empresa y a partir de ahí hacia arriba —zonas, provinciales, interés etc.— los despedidos y encarcelados (a miles) dejan de ser representativos y mientras no tengan trabajo no pueden acudir a los órganos coordinadores o de dirección de comisiones; todo lo más se condescendía a que fueran en calidad de «parados», en nombre de comisiones de parados o cosas por el estilo.

Aunque parezca mentira este aberrante planteamiento penetró en algunos sectores y creó serias dificultades durante varios años. El fondo de la cuestión, en muchos casos, era que como los represaliados, en su mayoría,



solían ser de un determinado color, era la manera de que los competidores se pudieran hacer con los mandos de los órganos de dirección. Hoy creemos que está superado el problema con carácter general, si bien todavía enseña la oreja por algunos sitios. Ya entonces, en noviembre de 1969 las Comisiones de Madrid, después de una larga discusión, en la que participó toda la estructura de Comisiones, dio una opinión al respecto. La resolución de la inter de Madrid fue la siguiente: **«Sería un error dar de lado a los compañeros despedidos o parados como consecuencia de la represión, con el pretexto de que ya no están en contacto directo con los compañeros de su empresa. Caer en él sería hacer el juego a la policía y a los patronos, poner en sus manos la dirección del movimiento obrero, descabezarlo, ya que encarcelan y despiden a los más lúcidos y combativos. En unos momentos en que todos somos necesarios no podemos prescindir, por un simple formalismo burocrático, de la presencia activa de nuestros mejores compañeros que están pagando con su sacrificio y entrega el desarrollo del movimiento obrero. La situación de parados o de cambio de trabajo no puede ser un argumento válido contra su permanencia en los órganos de Comisiones Obreras».**

No creemos que este texto necesite mayores comentarios en estos momentos; lo que interesa resaltar es que no se trata solamente de un problema de hoy, sino también para mañana. ¿De dónde creen algunos que salen los dirigentes y permanentes sindicales de las organizaciones y movimientos de todo el mundo y de toda la historia del sindicalismo de clase? Precisamente de los represaliados de las grandes luchas; de los trabajadores más combativos, conocidos, incluidos por la patronal en todas las listas negras y que las organizaciones, en los Congresos, o de otras maneras liberan del trabajo productivo para que se dediquen a organizar y movilizar a la clase en su conjunto. Lo que interesa es garantizar, por medio de mecanismos idóneos, el que los trabajadores participen en la elección y control de esos permanentes y dirigentes sindicales a todos los niveles, y

puedan revocarlos cuando la mayoría así lo quiera. No se trata de contratarlos como si fueran managers de una empresa, sino que su elección ha de responder de alguna manera a ese carácter bifronte o mixto de la Confederación unitaria; es decir que sea expresión del movimiento —de los delegados elegidos desde la fábrica hasta la cúspide— y de la organización —de la masa de afiliados voluntarios— al mismo tiempo. En cierto sentido, los dirigentes y cuadros de comisiones de hoy, reciben ya esta doble representación. Es previsible que se acentúe en el futuro.

Hoy en día, en el sindicalismo que conocemos, salvo algunas excepciones, la pieza clave a nivel de la empresa, como decíamos es el afiliado y la sección sindical correspondiente. En el sindicalismo que vislumbramos pensamos que la pieza clave a nivel de empresa será el delegado y el organismo que reúna unitariamente al conjunto de éstos —comisión, consejo etc.—; ambos, delegados y comisión, arropados en su representación unitaria por la masa de afiliados voluntarios a la nueva Confederación que se construya en la libertad.

De esta manera, los sucesivos órganos de dirección desde la fábrica hacia arriba estarían elegidos a través de un doble sistema de representación; de un lado, por los delegados obreros, a los que se reservaría una mayoría de los puestos a cubrir, y de otra por los afiliados a la Confederación. Este sería a nuestro entender un posible sistema, si bien es aún muy pronto para determinar nada en este sentido. Para que se vea más claro, pongamos un ejemplo. La dirección sindical de una rama de producción de una localidad determinada estaría compuesta por un número mayoritario de trabajadores elegidos por los delegados de las empresas de dicha rama y una parte minoritaria elegida por el conjunto de afiliados a la Confederación de esa rama de producción en esa localidad. De esta manera, los órganos de dirección serían la expresión tanto del movimiento como de la organización en todos sus escalones y reflejarían en su interior la permanente dinámica que debe darse entre ellos en el transcurso de la lucha.



---

# El agónico mester de clerecía

---

El clérigo español de los últimos decenios ha sido un permanente motivo de críticas, de polémicas y, para los católicos a la violeta, de escándalos. Primero fue asunto más bien fenoménico: los clérigos se echaron, en moto, a las carreteras; luego se apañaron incluso un seiscientos; un cura, Martín Descalzo, se lleva el premio Nadal con la novela «**La frontera de Dios**», entre escabrosa y pusilánime; las sotanas —al igual que millares de imágenes y enseres litúrgicos— pasan a manos de los anticuarios; el latín rústico y culinario del culto cede ante el romance...

Pero de los hábitos se derivó a los actos, de lo fenoménico a lo nouménico, a las ideas, a las mismísimas creencias. El clérigo se enfrentó al poder. Empezaron algunos por renunciar al sueldo del Estado; se continuó ejerciendo profesiones tan plebeyas y tan dignas como las del albañil o barrero; vinieron, posteriormente, las diatribas y los ataques desde Montserrat; cartas pastorales; encerronas en seminarios, templos, nunciaturas; cárcel de Zamora...

La rebelión de inició en el estado

llano, en la plana menor de la clerecía. Pronto se les adhirieron algunos purpurados. La actitud ante el poder —que empezó siendo de incienso y tedéum a la cruzada— se enfrió después, se tornó recelosa y crítica, y ha terminado siendo de confrontamiento y oposición.

Los pacatos se llevan las manos a la glándula pineal. Y, amigos de aspavientos y de lo estentóreo, no vacilan en afirmar que los curas de hoy son unos ateos, que los actuales curas acaban con lo poco que queda de religión y religiosidad. La reacción de los católicos a la violeta es inequívoca, yendo desde «¡**abajo los curas!**» hasta el cruento «¡**Tarancón al paredón!**». (La ultraderecha de la Alemania Occidental forjó un slogan pintiparado: «**Brandt an die Wand!**»). Así responden los ultracatólicos cuando no se les predica «su» evangelio, el evangelio protector de sus intereses y privilegios.

A estos escandalópatas no les vendría mal una inyección de perspectivas —no espaciales o aéreas— sino históricas, de centurias. No es que **todos** los clérigos, **siempre**, y **en todas**



las latitudes, hayan sido los más denodados y acérrimos apologetas de la justicia. Pero, también en la clerecía, nos encontramos con ejemplares de tal estirpe y coraje.

No pretendo, ahora, trazar una estadística meticulosa y exhaustiva. Pero imprescindible es comenzar con Bartolomé de las Casas (1474-1566), «honor del género humano», como le llamó Gabriela Mistral, por otra parte tan poco sospechosa de izquierditis. En 1552 aparece la obra de Las Casas «Brevisima relación de la destrucción de las Indias» que tantas iras y tantas apologías había de provocar hasta el día de hoy. Se proponía nuestro obispo, y ello contra Juan Ginés de Sepúlveda, «probar que no debía aplicarse a los indios la opinión de Aristóteles, según el cual había hombres esclavos por naturaleza» (1). Pero eso no constituía sino el postulado, el punto de partida. La conquista de América —no el descubrimiento— es un robo camuflado. Bajo pretexto de predicar el avangelio a los indios, se les esclaviza y se les despoja de sus propiedades. Injusta es, pues, la conquista e injusta la guerra que se hace a los indios: «El Señor Obispo [Las Casas] defiende la [parte] negativa, diciendo que no tan solamente no es expediente [la guerra], mas no es lícita, sino inicua y contraria a nuestra cristiana religión» (2).

Tres vienen a ser, pues, las tesis del obispo de Chiapas:

1ª. La conquista de América —como todas las demás conquistas— es injusta: «que, contándole a vuestra alteza [el príncipe Felipe II] algunas particulares hazañas de ellos, no podría [Las Casas] contenerse de suplicar a Su Majestad con instancia oportuna que no conceda ni permita las que los tiranos inventaron, prosiguieron y han cometido que llaman conquistas. En las cuales, si se permitiesen, han de tornarse a hacer, pues de sí mismas (hechas contra aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden), son inicuas, tiránicas y por toda ley natural, divina y humana, condenadas, detestadas y malditas» (3).

2ª. Los españoles deben poner en libertad a los indios esclavizados devolverles las tierras y bienes robados, y restablecer en el mando a los antiguos señores: «Su Majestad es obligado de precepto divino a mandar poner en libertad todos los indios que los españoles tienen por esclavos» (4). Y los obispos de las Indias «son de precepto divino obligados por consiguiente de necesidad a insistir y negociar importunamente ante Su Majestad y su Real Consejo, que mande librar de la opresión e tiranía que padescen los dichos indios que se tienen por esclavos y sean restituidos a su prístina libertad, e por esto, si fuere necesario, arresgar las vidas» (5). En efecto, «cualesquier naciones y pueblos, por infieles que sean, poseedores de tierras e reinos independientes, en los que habitaron desde un principio, son pueblos libres y que no reconocen fueran de sí ningún superior, excepto los suyos propios, y este superior o estos superiores tienen la misma plenísima potestad que los mismos derechos del príncipe supremo en sus reinos, que los que ahora posee el emperador en su imperio» (6). Y Lewis Hanke resume: «Tampoco le es difícil [a Las Casas] mostrar que el rey de España y los españoles tienen sus tierras y minas en el Nuevo Mundo contra la voluntad de los reyes indígenas. Los españoles no han entrado en aquellos reinos de la manera que la ley natural y divina requieren. El rey por lo tanto debería devolver la propiedad a sus dueños legítimos aunque los encomenderos se rebelasen y tuviese que matar a algunos de ellos» (7).

3ª. La conclusión es diáfana. Si los españoles no devuelven la libertad y los bienes robados, los indios tendrán el inalienable derecho de sublevarse, de hacer guerra a los españoles «hasta el día del juicio».

Tales lindezas decía Las Casas a su príncipe, luego Felipe II. Y ello en la España de 1552, oficialmente triden-



tina e inquisitorial. Conste que lo mismo decía al Emperador Carlos, a los indios, a la humanidad. Y Carlos V, impresionado por los argumentos de Las Casas, «planteó ante sus consejeros el problema de abandonar el Perú restituyéndolo a los indios» (8).

Los enemigos de Las Casas habían de proliferar. El último, Menéndez Pidal, —de otro lado, tan antipatriotero en «Españoles en la historia»— no había de recelar en tachar a nuestro obispo de tarado mental. Ello porque se fijó únicamente en las exageraciones, imprecisiones, inexactitudes y peccata minuta de la «Brevísima relación», y dejó de lado la cuestión de fondo, la motivación, la causa y la finalidad que impulsaba a Las Casas: la lucha por la justicia, a cuyo servicio han de ponerse todos los medios, como diría José Martí:

«¿Del tirano? Del tirano  
dí todo, dí más, y clava  
con furia de mano esclava  
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error  
dí los antros, las veredas  
oscuras, dí cuanto puedas  
del tirano y del error».

Es sintomático que, el mismo año en que aparecían en Sevilla los tratados de Las Casas, «unos indios del pueblo de Texuco presentaron una petición al Ayuntamiento pretendiendo que gran parte de México pertenecía aún a los indios, punto de vista nada grato a los padres de la ciudad» (9). No es de extrañar que el Ayuntamiento regalara joyas y ropas mejicanas, por valor de 200 pesos, al justificador y apologeta de la conquista, Sepúlveda (10). Así eran, ya entonces, de cordiales enemigos el dinero y la justicia.

Y, dando una zancada, a caballo de los siglos XVI y XVII, nos hallamos a otro clérigo sin pelos en la pluma, al P. Mariana (1536-1624). Aquí, en esta ciudad de Colonia en donde ahora escribo, se publicaron, en 1609, los «Tractus Septem», en donde Mariana arremetía contra la acuñación de moneda de baja calidad, contra la corrupción de los gobernantes, contra las arbitrariedades de los funcionarios. En el tratado «Sobre la moneda» no se arredra en escribir: «Vemos a los mi-

nistros salidos del polvo de la tierra, en un momento cargados de millares de ducados de renta; ¿de dónde ha salido esto sino de la sangre de los pobres, de las entrañas de negociantes y pretendientes? Muchas veces, visto este desorden, he pensado que, como los obispos entran en aquellas dignidades con inventario de sus bienes a propósito de testar de ellas y no más, así los que entran a servir a los reyes en oficios de su casa o en consejos y audiencias lo hiciesen, para que al tiempo de la visita diesen por menudo cuenta de cómo han ganado lo demás» (11).

Diez años antes, en 1599, recién subido al trono Felipe III, de quien Mariana había sido preceptor, había aparecido su obra «Del rey y de la institución real», el libro «más notable y audaz que posee la literatura política en España», como ha dicho Cirot y, sin lugar a dudas, también el más audaz de la literatura política europea.

A los usurpadores del poder les dice Mariana: «En primer lugar, tanto los filósofos como los teólogos están de acuerdo en que si un príncipe se apoderó de la república a fuerza de armas, sin razón, ni derecho alguno, ni el consentimiento del pueblo, puede ser despojado por cualquiera de la corona, del gobierno, de la vida» (12).

Al gobernante, que degenera en tirano, se le dice: A este tal se le ha de amonestar, exhortar, conminar. Si no se corrige, se le depone. Y, si se teme que ofrezca resistencia, entonces se puede y debe «matar a hierro al príncipe como enemigo público y matarle por el mismo derecho de defensa, por la autoridad propia del pueblo, más legítima siempre y mejor que la del rey tirano» (13). ¿Cuándo, empero, se puede colegir que el gobernante es un tirano? Cuando «le pregonen como tal la fama pública y sean del mismo parecer los varones graves y eruditos» (14).

Aun siendo partidario de la monarquía, Mariana no oculta sus simpatías por la democracia: «Mas no son tampoco escasos los [argumentos] que se presentan en favor de las formas democráticas. La prudencia y la honradez en que estriba la salud pública y



por las cuales se gobiernan felizmente los estados son indudablemente más fáciles de encontrar en muchos que en uno solo, pues cabe suplir lo que a uno falta por lo que a otros sobra, como suele acontecer en una comida en que se reúnan muchos para pagar a escote» (15).

Pero no sólo contra la rapiña de los ministros, la corrupción de los funcionarios y contra la tiranía escribió el benemérito jesuita. También contra la injusticia social alzó su voz y su pluma aquel P. Mariana, calificado por Lope de Vega, de «insigne honor de nuestra nación»: «En una república en que unos rebosan de riquezas y otros carecen de lo necesario no puede haber paz ni felicidad posible... Los lobos, cuando hambrientos, invaden la vida; lo que acontece a los demás animales ¿no ha de acontecer mucho más al hombre?» (16). Tales injusticias se basan en la propiedad privada, que no es el estado original del hombre, sino un estado surgido de la humana codicia: «Es en nosotros deber de humanidad abrir para todos las riquezas que hizo Dios comunes a todos los hombres, pues a todos dio en patrimonio la tierra para que, con sus frutos, viviesen todos indistintamente, y sólo la desenfrenada codicia pudo vindicar para sí ese don del cielo, haciendo propiedad suya los alimentos y las riquezas que no podían ser sino propiedad de todos» (17).

Nada sorprendente que la Compañía, la Inquisición, los potentados y sus adláteres prendieran, persiguieran y calumniaran a tan justo varón. El rey, Felipe III, se dejó decir tales alulayas. En cambio, el Parlamento de París quemó solemnemente el «De rege et regis institutione» ante la iglesia de Notre Dame.

No se extinguió, con los Austrias, la dinastía de clérigos intrépidos. En el siglo XVIII nos sale al paso un benedictino orensano, el eruditísimo Feijóo (1676-1764), a quien su rey, Fernando VI, hubo de poner a salvo, por real orden, a él y a sus escritos, de las furias de la Inquisición.

Antes que Unamuno y, sin duda, con más eficiencia, trabajó Feijóo por sacudir a España del sopor, de la modorra en que yacía. De ahí su lamento:

«El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele».

Contra las guerras, internacionales y civiles, dice Feijóo: «La guerra más feliz es una gran desdicha de los reinos. Mucho más importa a la república las campañas pobladas de mieses que coronadas de trofeos. La sangre enemiga que las riega, las esteriliza, cuánto más la propia» (18).

Su actitud ante el poder nos la expone en su discurso «La ambición en el solio»: «porque verdaderamente esos grandes héroes que celebra con sus clarines la fama nada más fueron que unos malhechores de alta guía. Si yo me pusiese a escribir un catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alejandro Magno y Julio César» (19). ¿A quién pondría Feijóo, de vivir hoy, en último lugar? Y aún continúa: «Pero descártense del número de los héroes esos coronados de tigres, que se llaman príncipes conquistadores, para ponerse en el de los delincuentes. Derríbense sus estatuas, o trasládense sus imágenes del palacio a la casa de las fieras, porque esté siquiera la copia donde debiera haber estado el original» (20).

Pero nuestro benedictino sabía bien a qué se expone quien denuncia al tirano, al delincuente, encumbrado, bajo capa de héroe, al solio: Nadie escribe contra la tiranía, reinando un tirano; nadie contra la ambición, dominando un ambicioso; nadie contra la avaricia, imperando un avaro. Cuan-  
tas máximas se imprimen opuestas a las que practica el gobierno existente, se reputan sátiras contra el gobierno. Así el autor incurre en la indignación del príncipe, sin aprovechar al público. El escrito se suprime como ofensivo: con que totalmente se pierde el trabajo porque ni entonces ni después se logra fruto» (21). Y ¿qué acontece cuando a la injusticia del gobernante siguen el rigor y la crueldad?: «Que los vasallos se quejan y el príncipe, mirando la queja, por sumisa que sea, como agravio, empieza a decretar castigos. Veisle ya puesto en el rigor. A los castigos se sigue, que suenan más altos los clamores de las quejas; y, como el grito del oprimido en los oídos del príncipe tiene eco rebelde,



aumentándose con color de justicia el rigor, asciende al grado de crueldad. En caso que no se llegue a estas extremidades, porque el miedo les sofoca a los afligidos la voz dentro del pecho, ¿qué mayor tormento que tener sobre los hombros un pesado yugo, y juntamente al cuello un lazo que les impide del desahogo del gemido? Siendo éste, pues, un gran martirio, no puede la opresión que le induce dejar de ser una gran crueldad» (22).

Nuestros niños, nuestros bachilleres, nuestros universitarios siguen, a dos centurias de muerto Feijóo, llamando héroes a los ladrones y forajidos de la ralea de Alejandro y César.

Y no deja de ser desconsolador que en un diccionario que «se llama» —no es— «enciclopédico» e «ilustrado», como el publicado bajo la dirección de José Alemany (en 1951) se haya de leer: «FEIJOO (Fray Benito Jerónimo). Gran crítico y literato español, cultivador y propagador de la cultura enciclopédica. Se ha dicho de él que se le debiera erigir un monumento y quemar al pie del mismo sus numerosos escritos. (1676-1764)». El «se ha dicho», más lo que le sigue, no sólo execra al tal Alemany sino a cuantos componen diccionarios «enciclopédicos» e «ilustrados» como el suyo. Así responde la España de charanga y pandereta ante quienes, como Carlos III, les quieren lavar la cara: con la hoguera.

De un obispo a un jesuíta, de éste a un benedictino, y, como colofón, un clérigo que, según las investigaciones hasta ahora llevadas a cabo, sólo recibió las órdenes menores, José Marchena y Ruiz (1768-1821), conocido comúnmente bajo el nombre de «Abate Marchena». Modelo de honestidad, de incorruptibilidad —eso se lo reconoció hasta su máximo detractor, Menéndez Pelayo— Marchena, escribió todo un manifiesto, «Aviso al pueblo español», dirigido, no al rey, ni al príncipe, sino al pueblo. Es el pueblo quien deberá protagonizar y realizar su propia liberación, y ello tanto de los tiranos como de los explotadores. El pueblo ya no es sencillamente el objeto de su propia liberación, como se había propugnado con la revolución desde arriba de los ilustrados y del

despotismo ilustrado, sino también su sujeto.

Es preciso acabar con la opresión de que el pueblo es víctima «puesto que la naturaleza no destinó al hombre a ser esclavo del hombre» (23). Y esto no lo demanda ya sólo la naturaleza, el derecho natural, sino incluso el creador de la naturaleza, Dios. Ha de reinstaurarse el orden original, quebrantado. Y a ello tiende el verdadero cristianismo: «Si la religión de Jesús es sistema de la paz y de la caridad universal, ¿quiénes son los verdaderos cristianos? Creo son los que socorren a los hombres como buenos hermanos, y no los que persiguen y matan porque no adoptan sus ideas religiosas. Cristo no vino armado para inculcar su religión, predicó sus doctrinas sin forzar los hombres a seguirlas, y vuestra Inquisición no cesa de abrir sus cavernas espantosas para llenarlas de aquéllos» (24).

No es precisa una revolución para hacer de España un país de hombres dichosos y libres. «La España no necesita más que de una renovación» (25). Tal renovación habrá de empezar, como hicieron los revolucionarios franceses, por «destruir los tiranos que, no trabajando, aspiran a hacer usos y disponer de las propiedades y del trabajo de los pobres a su fantasía, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en forjar hierros para aprisionar a los hombres, a quienes para engañarlos los llaman queridos hijos y vasallos» (26). Una vez destronados los tiranos, se habrá llegado al estado ideal: «Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles, éste es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que algunos perversos os hacen mirar como unos monstruos» (27).

Un obispo, Las Casas, condena la conquista de América, y toda conquista. Un jesuita, Mariana, sanciona como justo el tiranicidio y la rebelión del pobre contra el rico. Un benedictino, Feijóo, condena las guerras, civiles e internacionales, y llama forajidos a los tenidos hasta ahora por héroes. Un abate exhorta a los españoles a que se alcen contra tiranos y explotadores... y se alista en las filas de la Revolución Francesa.



Cuatro hombres insignes que ponen bien de manifiesto que el mester —el oficio, la función, el deber— de clerecía no cuajó únicamente en los versos de Berceo. A lo largo de los siglos, y en todos los pueblos occidentales, ha habido clérigos —pocos, pero, sin duda, los óptimos— que, oportuna e importunamente, pese a amenazas y castigos, han dado testimonio de la necesidad, y también de la posibilidad, de restaurar a la comunidad de los hombres en su original estado de justicia. Unos terminaron su vida en prisiones. Otros fueron llevados al cadalso. Y ello no por robar, no por matar. Sino simplemente por denunciar, por esforzarse en convertir en un hecho real lo que Cervantes esbozó en el capítulo once de la primera

parte del Quijote: «Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes».

Y ese «mester» de denuncia, de protesta, de insurrección sigue, todavía hoy, en pugna inconciliable con la clerecía adaptada, oportunista, chaquetera. Es, en suma de cuentas, la «agonía» que dijera Unamuno entre el «Cristianismo apocalíptico» y el «cristianismo constantiniano» de que ha hablado Garaudy.

## NOTAS

(1) Lewis Hanke: «La actualidad de Bartolomé de Las Casas», en «Tratados», I, (prólogos), de Fray Bartolomé de las Casas, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1965, 1ª ed., pág. XII.

(2) Fr. Bartolomé de las Casas: «Tratados», I, pág. 229.

(3) Ibid., pág. 11.

(4) Ibid., pág. 595.

(5) Ibid., págs. 606-607 (El subrayado es mío).

(6) Fr. Bartolomé de las Casas: «Tratados», II, pág. 1255.

(7) L. Hanke: «La lucha por la justicia en la conquista de América», Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1949, pág. 393.

(8) A. Rumeu de Armas: **Historia de España moderna**, I, Anaya, Salamanca-Madrid-Barcelona, 1964, 3ª ed. revisada, Pág. 235.

(9) L. Hanke: «La actualidad de Bartolomé de las Casas», pág. XIV.

(10) Ibid. Sepúlveda llegó a la «catolicísima» ocurrencia de que los indios no eran totalmente hombres, «superiores a los monos sí, pero indignos de ser considerados en la misma clase que los españoles» (Ibid. pág. XVIII).

(11) P. Juan de Mariana: «Obras», II, («De la alteración de la moneda»),

Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1909, pág. 592.

(12) Ibid., («Del rey y de la institución real»), pág. 482.

(13) Ibid.,

(14) Ibid., pág. 483.

(15) Ibid., pág. 470.

(16) Ibid., pág. 563.

(17) Ibid.

(18) Fr. Benito Jerónimo Feijóo: «Teatro Crítico Universal», VIII, («Honra y provecho de la agricultura»), por Blas Román, Impresor de la Real Academia De Derecho Español y Público, Madrid, M.DCC.LXXXI, nueva edición corregida y aumentada, pág. 463.

(19) Ibid., III, («La ambición en el solio»), pág. 316.

(20) Ibid., pág. 321.

(21) Ibid., pág. 338.

(22) Ibid., págs. 331-332.

(23) Tomado de: Marcelino Menéndez Pelayo: «Estudios de crítica literaria», 3, Sucesores de Rivadeneyra (Col. de Escritores Castellanos), Madrid, 1900, pág. 226.

(24) Ibid., pág. 227.

(25) Ibid., pág. 231.

(26) Ibid.

(27) Ibid., pág. 228.



# *LA LUCHA*

## *DEL PUEBLO SAHARAUI*

### *POR SU INDEPENDENCIA*

#### **DECLARACIONES DE UN CUADRO DEL FRENTE POLISARIO PARA NUESTRA BANDERA**

El Sahara occidental es más que nunca sujeto de dramática actualidad. El Gobierno español había prometido descolonizar, de acuerdo con las propuestas de la ONU, y devolver el Sahara a sus habitantes para que decidieran libremente de su destino. En el último momento, un poco antes de la marcha verde, violando sus promesas, vendió la colonia al anexionista Hassan II contra una participación en los fosfatos, la pesca y el mantenimiento del estatuto actual de Ceuta y Melilla.

Nada asegura que Hassan II cumpla sus compromisos en este comercio: hace unos días barcos pesqueros españoles fueron expulsados de las aguas del Sahara por un barco de guerra marroquí. Disculpas por el «error» totalmente incomprensible. Y el precedente ya está sentado.

El pueblo saharauí está demostrando de manera incontestable su intención de no aceptar la vergonzosa venta de que ha sido objeto. Oprimidos desde hace 100 años, no aceptan una nueva ocupación.

Nuestro colaborador Miguel Cocol ha vivido varios días con los guerrilleros en la zona de combates, donde un cuadro del F. Polisario contesta a sus preguntas y cuyas respuestas publicamos íntegramente.

#### **PREGUNTA:**

— El 20 de mayo 1973 fue creado el F. POLISARIO, abriéndose con ello una nueva fase en la lucha contra el colonialismo español. Y, más tarde, contra la invasión militar marroquí y Mauritania. La historia del pueblo saharauí y de sus luchas hasta esta época es menos conocida. ¿Podrías exponérmola?

#### **FRENTE POLISARIO:**

— La revolución del 20 de mayo del 73 no es más que un eslabón de la

cadena de las luchas que nuestro pueblo ha llevado durante siglos para defender la patria y preservar la unidad del pueblo de Uad Draa, al norte, hasta Cabo Blanco, al sur.

Estas luchas ininterrumpidas no han cesado de desarrollarse hasta el 20 de mayo, su más alta expresión. La historia de nuestro pueblo es rica en luchas que le han permitido defender su patria de todas las formas de ocupación extranjeras hasta el comienzo de este siglo, y lo atestiguan las guerras libradas contra los colonialistas



portugueses que utilizaban el Río de Oro como puente para el tráfico de esclavos, así como las libradas contra los ingleses que intentaban ocupar el lugar de los portugueses.

El congreso de Berlín de 1884 relativo al reparto de las zonas de influencia de las potencias coloniales concedió Saguia el Hamra y Río de Oro a España que por un decreto real subordinaba en 1885 la administración a las autoridades Canarias. Así desde 1885, las fuerzas españolas fueron instalándose en las costas de nuestra patria.

A principios de este siglo los ejércitos coloniales franceses llevaban una campaña de gran envergadura contra los países vecinos, intentando someterlos a la dominación francesa, y así, los patriotas mauritanos llamaron en su ayuda al pueblo saharauí, entonces unidos bajo su poder popular AIT-ARBAIN (asamblea de los cuarenta) que estaba siempre presto a acudir en ayuda de los vecinos y sacrificar sus mejores hijos por cumplir con el deber de vecindad.

Es así que las batallas sucesivas fueron llevadas por el pueblo de Saguia el Hamra y Río de Oro contra las fuerzas francesas, tanto es así que la situación se desvió del verdadero marco ya que los ataques se iban introduciendo más y más en territorio mauritano pasando a ser el colonialismo francés el enemigo principal y el colonialismo español el enemigo secundario. Esta parte de nuestra historia ha conocido duras batallas, en las cuales cayeron muchos hijos de nuestra patria, y el ejército francés sufrió grandes pérdidas que todavía recuerda (UM-TUMSI 1932) además de numerosas batallas llevadas bajo el mando de Brahim Salem Maychan, Ali Meyara, Ahmed Hamuadi, Smail el Bardi y otros (1920, 1930, 1935).

España aprovecha la desviación de la guerra de su verdadero marco para reforzar su influencia en nuestro país, y así reunió algunos jefes de tribu en 1934 con los que firmó un tratado de protección. Apenas la segunda guerra mundial terminada, los pueblos colonizados entraron en una nueva era la de las revoluciones y guerra de liberación. Es en este cuadro que nuestro

pueblo emprende la búsqueda de su vía y constituye el ejército de liberación cuya dirección era marroquí y le impulsó a repetir el mismo error de luchar sin distinción ninguna contra el colonialismo español y el francés lo que causó la operación **Ecouvillon** coordinada entre España y Francia para quebrantar el avance fulminante de este ejército que entre otras cosas ha conseguido brillantes victorias en las batallas de ERGAIBA, TEGGUEL, STAL, TUAREF, UAD ICHIAF, LAGLAT, EL ARGUB, ED-CHERA, etc...

Todo esto se acabó en 1959 por las intrigas coloniales reaccionarias que se proponen la liquidación del ejército de liberación y la alianza de la reacción con el colonialismo para ocupar con fuerza nuestra patria. La lucha de nuestro pueblo no cesaba, aunque necesitaba una dirección nacional que surgiera de aquél capaz de organizarlo y dirigirlo en este laberinto donde no se distingue al amigo del enemigo.

Es esta necesidad de lucha de un pueblo lamentablemente solo frente a los enemigos la que crea el Movimiento para la Liberación de Saguia Hamra y de Río de Oro en 1967, empezando así una nueva página de la historia de nuestro pueblo en lucha. En efecto, representaba la primera organización popular después de la liquidación de Ait Arbain en 1936. Este movimiento convocó en el barrio de Zemla (Aaiun) el 17 de junio de 1970 una manifestación para hacer fracasar la maniobra colonialista de hacer de Saguia Hamra y de Río de Oro una provincia española. Las fuerzas coloniales dispararon indiscriminadamente contra hombres, mujeres y niños, causando más de cuarenta muertos y numerosos heridos; desde este día no se ha vuelto a saber nada sobre Basiri, líder de dicho movimiento.

La experiencia del Movimiento para la Liberación de Saguia Hamra y de Río de Oro tenía sus puntos positivos y sus puntos negativos; entre los positivos citamos los siguientes:

- El descubrimiento de la fuerza de las masas.
- Desenmascarar el verdadero rostro del enemigo.



— **Demostrar que la libertad no se otorga sino que se arrebatada.**

Y entre los negativos:

— **La limitación a ciertas capas del pueblo.**

— **Falta de profundidad en la toma de conciencia política.**

La carnicería de Zemla paralizó la organización durante un cierto período, pero a principios de 1971 ésta tomaba una nueva forma extendiéndose para englobar a los refugiados en los países vecinos. A principios del año 72 se vio obligado a cambiar de nombre por el de movimiento embrionario para la liberación del Sahara, volviendo de nuevo a introducirse con profundidad, a crecer su conciencia y a poder desenmascarar las desviaciones y los objetivos de las organizaciones fantoches sin lazos con las masas.

El movimiento embrionario para la liberación de Sahara continuó su tarea hasta el 1973, año de la fundación del Frente Polisario. El 20 de Mayo de este año se llevó a cabo el ataque del puesto (aldea) del Hanga inaugurando con ello una nueva era en la dolorosa historia de nuestro pueblo, adoptando la guerra popular de largo aliento como medio más propio al alcance de nuestro pueblo para arrebatarse sus derechos usurpados, mediante la confianza en sí mismo y en la propia fuerza. También se adoptó el análisis científico como principio fundamental para conocer al enemigo y para hallar la vía a seguir para lograr vencerle; del mismo modo se insistió en la poli-

tización y organización de todas las capas de población incluso aquéllas que el colonialismo utilizaba para reprimir las aspiraciones de nuestro pueblo. Para evitar la espontaneidad, que había profundamente marcado las luchas anteriores de nuestro pueblo, el F. Polisario califica de necesidad imperiosa la unidad y la organización del pueblo en un solo cuadro para dirigir con mayor eficacia los golpes contra el enemigo.

**P.:**

—¿Cuál es el programa del F. Polisario?

**F.P.:**

—Del 25-8-74 al 31-8-74, se llevó a cabo el segundo congreso del F. Polisario bajo el nombre del mártir **ABDERRAHMAN ABDALH**, y el slogan «la guerra de liberación la garantizan las masas». En el cual se doptó el programa de acción nacional a largo y a corto plazo.

**A CORTO PLAZO:**

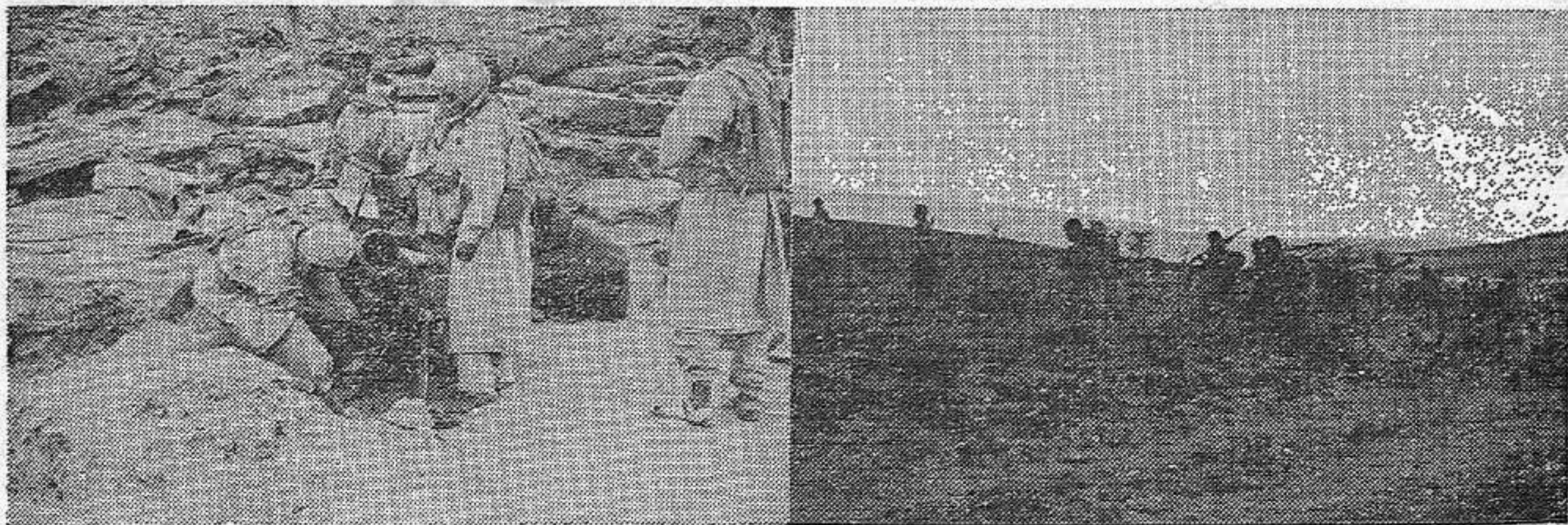
a) **Politizar, organizar y encuadrar las masas en F. Polisario.**

b) **Movilización continua de las masas a fin de estar en condiciones de enfrentar cualquiera maniobra.**

c) **Reforzar los lazos entre la revolución popular en SAGUIA DE HAMRA y RIO DE ORO y sus aliados a nivel árabe, africano y mundial.**

d) **Reforzar las estructuras esenciales de POLISARIO rápidamente.**

e) **Reforzar el Frente interior de forma que pueda afrontar todas las eventualidades.**



*Combatientes del Frente Polisario*



f) Crear un equilibrio a nivel nacional.

g) Colocar a las fuerzas nacionales y democráticas, sobre todo en los países vecinos ante su responsabilidad histórica de defender la revolución popular en SAGUIA HAMRA y RIO DE ORO y asegurar su continuidad.

#### A LARGO PLAZO:

a) La liberación nacional de todas las formas de colonialismo y la realización de una independencia completa.

b) Creación de un régimen republicano nacional con la participación respectiva de las masas.

c) Realizar la auténtica unidad nacional.

d) Garantizar a los ciudadanos las libertades fundamentales.

e) Crear una economía nacional complementaria:

—nacionalizar los recursos mineros;

—seguir una política de industrialización;

—dar su importancia a los recursos animales;

—necesidad de proteger los recursos marítimos.

f) Movilización de las masas y liberación de sus iniciativas en la construcción económica.

g) Justa distribución de los recursos, aminorar las diferencias entre las ciudades y el campo.

h) Anular toda forma de explotación.

i) Garantizar una vida digna a todo el pueblo.

j) Asegurar un hogar a todo el pueblo.

k) Interesarse por la familia y elevar su nivel a todos los planos.

l) Restablecer todos los derechos políticos y sociales de la mujer y abrir ante ella todas las perspectivas.

m) Anular las causas de la degradación moral y social.

n) Conservar nuestra civilización y la herencia religiosa.

o) Llevar una política de enseñanza árabe, generalizar la enseñanza obligatoria gratuita en todas las etapas y a todo el pueblo.

p) combatir las enfermedades y construir hospitales: cura gratuita.

#### RELACIONES EXTERIORES:

a) Cooperar con todo el mundo sobre la base de los cinco puntos de coexistencia pacífica.

b) Formar parte de la revolución árabe y del movimiento de liberación y democrático mundial.

c) Considerar la ayuda mutua con la revolución argelina, en una fase transitoria, como elemento para hacer fracasar las maniobras sobre el tercer mundo.

d) Sostener a todos los pueblos que luchan contra el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo, el sionismo y el racismo.

#### P.:

—El 1 de noviembre de 1975 se firma en Madrid un acuerdo tripartito entre Marruecos, Mauritania y España, que entrega el Sahara Occidental a los dos primeros. ¿Cuál es la situación sobre el terreno tras esta venta?

#### F.P.:

Tras una larga guerra contra el colonialismo fascista español nuestra patria se enfrenta hoy con la situación más crítica de su historia; es víctima de una maniobra colonial-reaccionaria-imperialista que abarca todos sus órdenes. Los gobiernos de Madrid, Rabat, y Nuakchott se disponen a liquidar sistemáticamente la existencia y la integridad de nuestro pueblo, golpeando directamente su vanguardia revolucionaria el F. Polisario.

El colonialismo español desde su instalación en nuestro territorio, ha ido recortando metódicamente todos los medios de existencia como la ganadería, el cultivo, la pesca, la caza... De esta forma nuestro pueblo se encontró en una situación sin alternativas, obligado a trabajar en unas condiciones infrahumanas, para subsistir. Los salarios eran mínimos y los precios elevadísimos.

La gran sorpresa del colonialismo fascista, fue contemplar que las respuestas de nuestro pueblo a todos sus planes, hayan sido siempre una resistencia heroica, con una capacidad de sacrificio que desbarató todas sus maniobras. Ante tales respuestas, el colonialismo quiso cambiar sus planes, fomentando la clásica política de te-



rror y división. Nuestro heroico pueblo respondió con una increíble toma de conciencia, demostrando una vez más que su revolución es irreversible, destruyendo todas las bases en que descansaba el colonialismo (PUNS, y todos los lacayos). Así nuestra revolución golpeó al colonialismo fascista, derribando sus pilares.

Ante tal situación las fuerzas coloniales tuvieron que replegarse de sus posiciones, quedando en lo que ellos dieron en llamar fronteras militares (VILLA CISNEROS, AAIUN, BU CRAA, y SMARA). Al mismo tiempo llevaron a cabo una evacuación forzosa del personal civil español, empresas particulares que ocupaban la mayor parte de la mano de obra barata, empresas comerciales y agencias de transportes. A nivel laboral el colonialismo hizo un despido general de todo el personal saharauí que abarca todos los sectores, militar, administrativo, obrero, poniendo a nuestra patria en una situación de desafío general e intentando fomentar el odio entre el pueblo español y el saharauí. En cada noticia publicada en la censurada prensa española, intentaba dar una imagen falsa de nuestro pueblo y de sus sentimientos hacia el pueblo español.

Dentro de esta política de hambre, de intriga y de complot, continuó el gobierno fascista su desafío, cortando el combustible y proclamando el toque de queda en todo el territorio nacional bajo su administración, a la vez cerró todas las comunicaciones con el exterior. Esto hizo que el nómada, que antes recibía víveres mediante el transporte terrestre, se encontrara desamparado. Es en este momento cuando comienza la colaboración trilateral a cuenta de nuestro pueblo y su vanguardia revolucionaria. Mauritania expulsa a los refugiados saharauis del país, previa confiscación de todas sus propiedades, Marruecos amenaza con la Marcha Verde, mientras ataca con su ejército, a la par que tortura y reprime a nuestros compatriotas. El Gobierno Arias coordina el complot desde dentro, completando la maniobra con una política de hambre, de represión y de abandono. ¿Cuál fue la actitud de nuestro pueblo frente a semejante monstruosidad? Ha sido vol-

carse definitivamente en las filas de su vanguardia revolucionaria y disponerse inquebrantablemente a continuar la lucha popular de liberación, rechazando toda agresión interior y exterior al precio que sea, y proseguir la lucha que comenzó el 20 de mayo de 1973.

**P.:**

—Cuando toda la opinión pública tenía fijada su atención en la Marcha Verde «pacífica» las Fuerzas armadas marroquíes invadían el Nordeste del Sahara ¿Cómo se produce esta agresión?

**F.P.:**

—Después del fracaso del régimen marroquí en su intento de invasión de nuestro territorio mediante la marcha verde, lanza más de la cuarta parte de su ejército apoyado por tanques, carros de combate, aviones y unidades de paracaidistas, a un ataque a nuestra patria.

Nuestro pueblo empuñó las armas para arrebatarse su libertad e independencia y juró no deponerlas hasta repeler toda invasión, cueste lo que cueste. Este pueblo está decidido a imponer el respeto y el cumplimiento de los principios y resoluciones internacionales y derrotar a los enemigos de los derechos humanos.

Este pueblo combatiente que rechaza toda ocupación extranjera es víctima desde el 31-10-75 de una guerra de exterminio con métodos nazis por parte del ejército expansionista marroquí. En ella, utiliza las armas más sofisticadas tanto ligeras como pesadas contra nuestras masas en las ciudades o en el campo. Las fuerzas invasoras han asesinado a más de 200 personas en Echederia y Farsia. Las víctimas se contabilizan entre mujeres, niños y ancianos todos ellos desarmados. Esto hizo que los habitantes de dichas zonas abandonasen sus hogares ante tal genocidio, prefiriendo vivir a la intemperie antes de someterse a ninguna invasión cuyos ejemplos quedaron bien patentes en todas sus acciones. Por una parte quemaron más de cincuenta jaimas con todo su contenido a lo largo de Saguia el Hamra, y colocaron artefactos en los distintos caminos que conducen a Smara, cuyo



alcance ha sido la voladura de dos vehículos de transporte, que portaban patriotas inocentes huídos del exterminio y de los que sólo se encontraron restos desparramados.

Por otra parte el 23-11-75 las tropas invasoras confiscaron los alimentos y ganados de los nómadas que transitaban por la región de Saguia el Hamra. Este salvaje ataque es una ofensa a la conciencia humana y viola todas las resoluciones internacionales, especialmente aquellas que reiteraron el derecho de nuestro pueblo a la libre autodeterminación e independencia, que han sido apoyados aparentemente por España, Mauritania y Marruecos.

En esta cuestión se destaca el principio de respeto a las fronteras heredadas del colonialismo, aplicado en todas las resoluciones de l'O.U.A. y base de la existencia legal de los países que la integran.

La resistencia creciente de nuestro ejército popular de liberación y las milicias populares ha causado grandes pérdidas a las fuerzas marroquíes y ha impedido su penetración en profundidad en el territorio nacional. Ante tal situación, el Gobierno de Madrid hizo intervenir a sus fuerzas para que facilitaran el transporte y la cobertura aérea a los invasores con el fin de instalarles en las ciudades de SMARA y AAIUN.

Toda esta maniobra conjunta, demuestra la incapacidad del ejército marroquí para llevar a cabo tal operación. A pesar del elevado número de soldados, así como de sus modernas y diversas armas, su fracaso queda palpable ante las fuerzas de un pueblo poco numeroso, pero dispuesto al sacrificio para arrancar su independencia y libertad, por más que persista el gobierno de Madrid en seguir los planes trazados por el desaparecido dictador fascista Francisco Franco.

Esta colaboración triangular que lleva a cabo Madrid, Rabat y Nuakchott contra nuestro pueblo indefenso y pacífico que resiste a toda invasión, provocará consecuencias en el Noreste africano, occidental árabe. En la lucha que llevó el ejército invasor a nuestra patria caen víctimas diariamente. Pero pone en evidencia la inquebran-

table decisión de nuestro pueblo de no rendirse ante cualquier presión venga de donde venga. También la incapacidad del ejército invasor de romper la resistencia firme de nuestro ejército popular de liberación y las milicias populares.

Nuestro pueblo está decidido a limpiar su territorio de toda invasión, y proseguir la larga lucha popular de liberación, sin importarle todos los problemas, obstáculos que se alzan en su camino hasta la consecución de su libertad e independencia.

El ejemplo del pueblo Vietnamita, de nuestros hermanos en Mozambique y Guinea Bissau son lecciones para nuestro pueblo, promesas de que, irreversiblemente, se forzarán otras victorias en las luchas de otros pueblos.

Nuestro pueblo proseguirá la lucha hasta la derrota de todos sus enemigos.

El intento de dominar nuestro pueblo en nombre de la religión, bajo el slogan de la unión, es una maniobra pobre y será condenada por la conciencia humanitaria, la historia y todos los pueblos amantes de la democracia y la libertad.

**P.:**

—Según nos ha afirmado vuestro secretario general el Ouali, el gobierno español le había prometido su apoyo para garantizar, en el cuadro de la descolonización, la libre autodeterminación de la población saharauí. Estas promesas, provenientes del entonces ministro de Asuntos Exteriores, han sido olvidadas y en el acuerdo tripartito se dice, para que la contradicción con las exigencias de la ONU sea menos flagrante, que el pueblo saharauí será consultado a través de la YEMAA. Esta consulta, ¿va a tener lugar?

**F.P.:**

—En efecto, uno de los puntos fundamentales en los cuales se apoyaba el acuerdo de Madrid era que la población saharauí sería consultada a través de la Asamblea (YEMAA). Con esto querían camuflar a nivel internacional la invasión que los tres gobiernos pactaron. Este pacto recibió un duro golpe, ya que la mayor parte de la asamblea general saharauí ha pa-



sado a engrosar las filas de POLISARIO.

En el documento de Guelta, hecho público el día 6 de diciembre en Argel, en el curso de una rueda de prensa, mantenida por los miembros de las Cortes de la Yemaa y de los chiuuj, se declaró ante los miembros de Yemaa y miembros de las Cortes Españolas que a consecuencia de la traición del gobierno español, la Yemaa ha sido disuelta y se ha constituido un Consejo Nacional Provisional saharauí.

El documento ha sido echado el 28 de noviembre de 1975 en la localidad de Guelta por 67 miembros de la Yemaa entre los cuales tres eran miembros de las Cortes Españolas y más de 60 chiuuj y notables de las tribus saharauis. Ha sido aprobado por otros miembros de la Yemaa que no han podido alcanzar las zonas liberadas, y que han delegado en sus representantes en Guelta. El Consejo se compone de 41 miembros.

El documento reconoce que la única y legítima autoridad es el POLISARIO reconocido por la ONU, como único y legítimo representante del pueblo saharauí, conforme a la conclusión de

la misión visitadora de las Naciones Unidas.

El documento indica que el Consejo lanza un vibrante llamamiento a las organizaciones internacionales para que tomen sus responsabilidades históricas cara a la inhumana invasión que sufre el pueblo saharauí. El documento indica que ha sido remitido este documento al secretario general de la ONU, al presidente en ejercicio de los países no alineados y al secretario general de la Liga Árabe así como al Alto Comisario de la Cruz y media Luna Roja y a la Liga de los Derechos Humanos.

**P.:**

—En este recorrido por las zonas de combates hemos podido ver centenares de guerrilleros armados con fusiles y metralletas. También hemos visto algunos, pocos, morteros, bazookas y minas. ¿Cuál es la fuerza militar del POLISARIO?

**F.P.:**

—La fuerza del POLISARIO es la fuerza del pueblo saharauí. Hoy en Sahara todo hombre que puede sostener un arma de lucha contra la invasión extranjera lo hace.

## **RIQUEZAS DEL SAHARA OCCIDENTAL**

La declaración del INI anunciando el descubrimiento de grandes cantidades del mejor fosfato del mundo en el Valle de Bucraa (a 110 km de Aaiun) cuya extensión es de 1.200 km, fue el aviso para los monopolios occidentales. El INI anunció también la existencia de otros minerales, lo que aceleró la llegada de los monopolios a la zona: Transamérica, Transahara, KRUPP, TEXACO, ATLAS, CGG, etc... La CGG descubrió grandes cantidades de petróleo en FUEIM LUAD, y gas natural en UDELAT MRAKBA y hierro en ZMEILAT AKRASA. KRUPP construyó las cintas transportadoras de fosfato.

(Las reservas de fosfato se calculan en 1.700 millones de toneladas lo que supondría un período de explotación de 170 años, a un ritmo de 10 millones de toneladas anuales; el Sahara occidental es el 4º productor mundial).

Intervienen en la explotación de Bucraa los siguientes capitales: INI, KRUPP, Banco de PARIS, Banco ROTCHILD, Banco de Los PAISES BAJOS, etc...

Otra riqueza de gran importancia es la pesca. A lo largo de los 1.500 km de costa que tiene el Sahara con el Océano Atlántico, el Sahara posee uno de los bancos pesqueros más importantes del mundo, tanto en cantidad como en calidad y variedad de especies. Durante muchos años fue explotado este banco por compañías extranjeras, sin ningún control de la potencia administrativa.







## SUSCRIPCION ANUAL (5 números)

España, Portugal, Argelia y Marruecos .....	205	Pesetas
Francia .....	18	Francos
Bélgica .....	180	Francos
Suiza .....	13,50	Francos
República Federal Alemana .....	12,50	DM
Holanda .....	13,00	Florines
Inglaterra .....	1,80	Libras
Suecia .....	18	Coronas
Dinamarca .....	27	Coronas
América y resto del mundo .....	4,50	Dólares

Gastos de expedición, superficie o aéreo, por cuenta del suscriptor.

### **CORRESPONDENCIA Y GIROS**

Mme. Louviau E. Elisabeth  
Dwarsstraat 19  
B-9470 DENDERLEEuw (Bélgica)  
CCP 000-08843.75-26



MINISTERIO  
DE CULTURA





## P R E C I O :

España .....	45	pesetas
Francia .....	4	francos
Bélgica y Luxemburgo .....	40	»
Suiza .....	3	»
República Federal Alemana .....	2.50	DM.
Holanda .....	2.60	florines
Inglaterra .....	0.40	libra
Suecia .....	4	coronas
Dinamarca .....	6	»
América .....	1	dólar
Australia .....	1	»